

40 textos bellos

La belleza

en 1000 palabras

Edición / Francisco Garzón Céspedes / José Víctor Martínez Gil



COMOARTES
ediciones

40 textos
bellos

La belleza
en
1000 palabras

Edición
Francisco Garzón Céspedes
José Víctor Martínez Gil

COMOARTES
ediciones

- © De la edición: Francisco Garzón Céspedes / José Víctor Martínez Gil
© Ediciones COMOARTES
Colección Los Libros de las Gaviotas
© De los textos, los autores

Los textos, premiados o finalistas, se publican amparados por las Bases del Concurso "La belleza en 1000 palabras" / 2015 de la CIINOE y Ediciones COMOARTES convocado en 2014 por el 25 Aniversario de La Cátedra.

De este libro: todos los derechos reservados

Toda reproducción de este libro debe contar con permiso escrito previo
ciinoe@hotmail.com

Edición digital: Madrid, España, 2015/2018

Foto de la portada: José Víctor Martínez Gil
Diseños: Francisco Garzón Céspedes

40 textos bellos
La belleza
en
1000 palabras
Prosa

Alemania / Argentina / Bolivia / Chile / Colombia / Costa Rica
Cuba / España / México / Perú / Puerto Rico / Venezuela

Introducción

LA BELLEZA ES...¹

La belleza es plenitud de la luz. La belleza es en la valoración de cada quien. La existencia de la belleza es la que alguien le otorga como gradación del amor o de lo bienhechor o de la perfección o de la hermosura o de la metáfora. La belleza como dimensión tiene una única magnitud en sí misma, a la par que desde su singularidad son sus dimensionamientos pluralmente multifacéticos, disímiles, fugaces, y aún en su fugacidad cada vez de un valor infinito y de una permanencia infinita. / *Francisco Garzón Céspedes (Cuba/España)*

La belleza es una piedra pulida. / *Silvia Braun (Argentina)*

La belleza es vibración armónica manifiesta. / *Mar Pfeiffer (Argentina)*

La belleza es aquella sutil certidumbre de que el arcoíris permanecerá con nosotros, aun siendo de noche. / *Segundo Antares (Chile)*

La belleza es la iluminación del alma humana. Debería iluminarla siempre, por eso quiero que dentro de mí emerjan islas. La vida es la expansión de lo bello. / *Mayda Bustamante Fontes (Cuba/España)*

La belleza es alcanzar la armonía entre los seres humanos. / *Nicolás Dorr (Cuba)*

¹ Para la Introducción de este libro Francisco Garzón Céspedes escribió una definición de la belleza y a continuación pidió expresamente a escritoras y escritores publicados por Ediciones COMOARTES, y casi todos amigos de muchos años, una definición partiendo de "La belleza es..." Las firmas, todas prestigiosas, incluyen desde el de la Presidenta de la Academia Paraguaya de la Lengua hasta los de la Directora de Ediciones Cumbres / Ediciones Bagua / Huso Ediciones y del Director Ejecutivo de la CIINOE y de Ediciones COMOARTES, junto al de personalidades condecoradas, premiadas, reconocidas... con responsabilidades culturales, universitarias...

La belleza es rebasar el horizonte de todo lo tangible, de todo lo aparentemente cierto y volar. / *Pedro Mario López Delgado (Cuba/Colombia)*

La belleza es un juego de ajedrez sobre un tablero de oro, donde la reina y el rey de cada bando, hacen juntos el amor. / *Thelvia Marín Mederos (Cuba)*

La belleza es la estación de partida de la superación espiritual del ser humano. / *Magaly Sánchez Ochoa (Cuba)*

La belleza es la generadora de la ilusión creadora. / *(Josefa) Pepa Aurora Rodríguez Silvera (España)*

La belleza es mujer, es goce inmenso fuera del tiempo, instantes de éxtasis en las curvas de su cuerpo. / *Guadalupe Flores Alatorre Ricalde (México)*

La belleza es la mirada entre dos sin un solo parpadeo. / *José Víctor Martínez Gil (México)*

La belleza es el resplandor de un alma buena. / *Renée Ferrer (Paraguay)*

Armando José Sequera

(Venezuela)²

NUBES EN EL CIELO

Donde Pedro vivía no llegaba el agua por tuberías.

Era un lugar muy alto en la montaña. Tan alto que al pueblo lo llamaban El Cielo.

El nombre era irónico: en El Cielo había mucha pobreza y demasiado frío. Nada de la calidez celestial que creemos hay en ese oasis que llamamos *Paraíso*.

La neblina envolvía a El Cielo por las tardes, las noches y las primeras horas del día como un abrigo pero, en vez de rechazar al frío, era ella quien lo llevaba.

Pese a las bajas temperaturas, sus habitantes debían levantarse temprano para acarrear agua desde cientos de metros más abajo, donde el líquido formaba un manantial.

Un sábado, habiendo amanecido Pedro con sus padres en la calurosa ciudad entre la montaña y el mar, vio que de los aparatos de aire acondicionado que había en las casas y apartamentos brotaban gotas de agua.

Estas gotas corrían por mangueras y formaban charcos en el suelo. Charcos grandes o pequeños, según el tiempo que los aparatos estuvieran encendidos.

Pero la gente de la ciudad, a la que el agua le llegaba por extensas redes de tuberías, no la valoraba. Preguntando, Pedro averiguó que se trataba de agua pura, como la que fluía de las nubes.

En su casa no se precisaba un aparato de estos sino otro que extrajese el frío estancado bajo la piel como un lagarto dormido. Y, aunque lo hubiesen necesitado, eran tan pobres que no podían comprar uno.

Pensando esto, a Pedro se le ocurrió una idea. Su abuelo había trabajado en una hacienda ganadera y le había enseñado cómo usar una soga para enlazar novillos y potros.

Él no había ido nunca a una hacienda ganadera y sólo había enlazado al perro, al gato, a maderos inmóviles, a sus amigos y al propio abuelo.

² Premio Internacional "La belleza en 1000 palabras" 2015, convocado en 2014 por los 25 años de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE) y otorgado en el 2015 por los 40 años del Movimiento Iberoamericano de Narración Oral Escénica (MIBNOE).

Recordó que, en algún lugar de la casa, se guardaba una sogá.

Se acordó también que, por las noches y en las mañanas muy temprano, las nubes pasaban por los costados de su casa y a veces ante la propia puerta.

Al regreso, por la tarde, cuando encontró la sogá, hizo un lazo en un extremo y practicó un rato atrapando a su hermana, al gato, al perro y a su mamá.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, se colocó su único abrigo y, pese al frío, se apostó en la puerta de la casa.

Tiritaba.

Cuando al fin vio venir hacia él a una nube redonda, suavemente blanca, cargada del agua más pura del mundo, le salió al paso.

Levantó la sogá lentamente y, aprovechando que la nube viajaba desprevenida, la capturó por uno de los muchos salientes que presentaba.

La nube dio un chillido, como el de un pájaro que choca contra una telaraña, pero se quedó quieta.

Luego se dejó conducir por Pedro hasta la parte trasera de la casa.

Desde ese momento, la familia de Pedro no tuvo que bajar por agua al manantial.

Todas las mañanas ordeñaban la nube, como a una vaca, y el agua que ella les proporcionaba bastaba para toda la familia.

Muchos vecinos quisieron tener también su propia nube, pero a partir de que Pedro capturara una, las demás se cuidaron de pasar por las calles de El Cielo.

Una madrugada, a Pedro lo despertó un ruido raro. Un lamento –lo había oído en una grabación– como el que hacían las ballenas.

Pedro se levantó y descubrió que el ruido o lamento provenía de la parte posterior de la casa. Del lugar donde se hallaba la nube.

Hacía muchísimo frío. Se puso su abrigo y salió.

Cuando me contó su historia me dijo que, de inmediato, supo que quien producía el ruido era la nube y que en verdad se trataba de un lamento.

La nube lloraba y, al hacerlo, destilaba agua por un costado.

No supo cómo pero en su mente aparecieron sucesivas frases, igual que los subtítulos de una película, y se enteró que la nube estaba triste porque había perdido su libertad.

–¡Pero te necesitamos! –exclamó Pedro–. Tú nos das el agua que usamos.

–Cuando estamos libres –dijo la nube en la mente de Pedro–, damos agua. Si estamos prisioneras, lágrimas. Lo que ustedes beben son mis lágrimas.

A Pedro se le hizo un nudo en la garganta y se estremeció, tanto de frío como de vergüenza. Pensó que si él estuviera prisionero también echaría de menos su libertad.

–No sabía eso –se excusó.

Sin pensarlo mucho, fue hasta el costado de la nube aprisionado por la soga y la liberó.

–¡Gracias! –dijo ella, no en la cabeza de Pedro sino con su voz líquida–. No te preocupes por el agua que, de ahora en adelante, mientras estés aquí, nunca te faltará.

Esa es la razón por la que en casa de Pedro y en el pueblo de El Cielo ya nadie baja hasta el manantial a buscar agua.

¡Pero me falta cuento!

He olvidado contar que, desde ese episodio, la nube pasaba todas las mañanas por la casa de Pedro y descargaba el agua que la familia requería.

Al ver esto, los vecinos hablaron con la mamá de Pedro y ella con su hijo y éste con la nube para explicarle que la falta de agua no era sólo un problema de su familia.

La nube habló con sus parientes y amigos y por eso, si usted alguna vez pasa por el pueblo de El Cielo, tendrá la visión más maravillosa del mundo.

Todos los días, mientras el sol se despereza y junto a cada casa, cientos de personas reciben el agua que voluntariamente les proporcionan las nubes.

Algunas familias han puesto tanques en el techo y otras han hecho pozos subterráneos para que las nubes no tengan que visitarlos a diario, aunque igual casi todas lo hacen.

En El Cielo ya no son pobres porque el que tiene agua y es amigo de las nubes cuenta con las mayores riquezas que existen: la amistad y el amor de la naturaleza.

Javier Ignacio Cortés Echeverría

(Chile)³

EL CUARTO TONO DE LA NIEVE

Me preguntas si las he reservado mientras buscas tu sombrero blanco en mi cuarto. Siempre ha sido igual contigo. Como esa vez en el departamento de Matucana, décadas atrás, faltando cuatro para las ocho; olvidando que la cena de titulación de tu hermano comenzaba en cuarenta minutos más; olvidando mi camisa gris en la lavadora y el flan de vainilla que habías dejado en el congelador. Me acerco a ti y tiro la sábana. Tu desnudo está desparramado, medio a medio enredado en nada. Sam, oye. Pero nada. Te tomo de los brazos y te tiro hasta la puerta del baño, arrastrando del velador mis lentes y los anillos que te había regalado el enero pasado. Caes de rodillas, rezongas, te agarras a mis piernas y con tu boca juegas a arrancarme los trapos, como si fuera una amenaza. Te gusta mucho dormir. Te tomo el mentón, te levantas y me distraes los labios un momento. Tus manos me los bajan de una vez, pero no, no, esta vez no Sam. Solo tres minutos, no tenemos más. Nos vamos a la ducha. Me miras con tus ojos mojados, asustados por la espuma. Cantas, como si no estuviera allí robándote entero. Repaso el final de tu espalda y dejo la esponja para abrazarte y enredar mis manos en tu vientre. Y te siento. Siento querer quedarme así la noche entera. El agua continúa escurriendo tras las grietas y entibia los horizontes que hemos disfrutado juntos. Cierro los ojos mientras friegas tu cabeza. Sueño el momento mientras anochece afuera. Ben, dijiste solo tres minutos. Te suelto. Te volteo. Conectamos nuestras miradas; respiramos frente a frente sobre nuestras dos traviesas sonrisas...

Las ocho y diez. Nos secamos, salimos del baño y vuelves a recortar tres o cuatro vellos de tu barba mientras recojo lo que está repartido en la alfombra. Mi camisa está en la lavadora y tu flan probablemente está congelado. Con la siesta hemos olvidado la tarde por completo.

Ya pronto atardecerá. Bien, escucha, Sam. La nieve contempla al menos treinta gradaciones distintas, lo que pasa es que no somos capaces de verlas. Tú tienes cuatro a lo largo y ancho de tu cuerpo. Mira, primero el blanco de tus

3

Premio Extraordinario "La belleza en 1000 palabras" 2015.

montes (que contrasta muy bien con mis tierras pardas). Segundo, el suave blanco de tu pelo, aunque ambos sabemos que sigues teñido en rincones como este, ¿no, viejo? Ya, el tercero es el blanco que relucen tus dientes. ¡A esta edad imposible! ¿Ves? Quedas perfecto de blanco, no hubo elección más natural. No sé de qué otra manera expresarte que eres el caballero más apuesto del barrio. Serás el copo de nieve más bonito en la oscuridad. Me abrazas. ¿Qué cosa? Ah, el cuarto tono: es ese blanco que me visita a veces por las noches. Me aprietas, me revuelves, nos caemos a la cama. Son casi las seis.

Cerramos la puerta, bajamos las escaleras acomodándonos las corbatas y levantamos la derecha al conserje. Son las ocho y veinte. Comienzas a reclamar que llegaremos atrasados, que por qué no anticipamos un radiotaxi. Pero lo sé, te conozco bien, por eso pedí uno mientras dormías. Brillas. ¿Cómo no entretenerme cada vez que pasa esto?

Te acomodo el sombrero. La función es a las seis y treinta, alcanzamos. ¿Y si no quedan entradas? Ben, debemos reservarlas. En este punto Dios sabe que cada día seguirá siendo igual contigo, Sam, ¿no me escuchaste antes? ¡Las reservé la semana pasada! Dejas de gruñir por tu ropa, por la hora y por tus zapatos tan bien lustrados. Caminamos. El parque se ve lleno. Dos niños corren uno tras otro mientras dura el día. Uno de ellos cae al pasto y el otro tropieza con él. Nadie los atiende. Se enfrentan, dan vueltas y no paran de reír. Se levantan y siguen, atravesando el resbalín azul. Parecen felices.

Buscas algo. Conozco tus manos y tus dedos e incluso sé qué anillos se deslizan en cada uno de ellos. Toma, los tuve conmigo desde que salimos del baño. Sonríes. Se escucha la radio de fondo. Oye, ¿se espantará si te doy uno aquí? No lo sé, no lo creo. Mira, tenemos el dinero. Lo más grave que pudiese suceder es queuviésemos que bajarnos y esperar otro auto. Mi hermano me mata si no llegamos. Ya, pero eso no sucederá, Sam, tranquilo. Espero que no, Ben. ¿Pero reclamarías si nos bajásemos? Sabes que lo haré. ¿Pero te enojarás conmigo o no? Y me dijiste que mientras estuviésemos juntos todo iría bien. Y me acerqué, olvidándome del taxista. No se detuvo; nadie nos echó a la calle. Nos quedamos en silencio observando las luminarias pasar, imaginando en el retrovisor todo lo que hemos recorrido hasta ahora.

Así que disfruta la orquesta, viejo mañoso. Lo haré, gracias Ben. ¿Y gracias por qué, Sam?

Porque simplemente eras tú. Porque cuando imaginé que planeábamos en círculos sobre las olas en pleno verano, me tomaste de la mano y me llevaste corriendo hacia las aguas para situarme justo debajo de esa imagen. Ben, me hiciste mirar al cielo, ver las gaviotas sobre nosotros planeando en círculos e imaginar y fue tan simple y tan torpe a la vez, que jamás desperté... no, jamás lo hacía si no eras tú el que me molestaba cada mañana.

Eras tú quien cruzó la calle primero y me tendió la mano. Viste al infractor que venía por la retaguardia pero no retrocediste. Avanzaste para evitar que yo cruzara la avenida hacia donde estabas tú.

Ben, no me hablaste del blanco de las lágrimas. Las tonalidades se han secado, como la nieve que resiente el inminente cambio de temporada...

Guardo en tu cuarto mi sombrero, mis anillos y las entradas que habías reservado a mi nombre. Cierro la puerta. Pero todo sigue impregnado de nuestras poesías.

Oye, Benjamín. Me he quedado dormido. Pero he soñado que cruzaba para abrazarte. Y nevaba, nevaba mucho. Y no parábamos de reír porque decías que ahora era un verdadero copo de nieve.

Trinidad Pinazo

(Almería, Andalucía, España)⁴

PIRATAS DEL CARIBE

Se acabó. Ahora lo sabes.

Te diriges en silencio hacia el coche, sin poder explicarte por qué, las manos, aún temblándote. Te encierras dentro de él, como si cerrando la portezuela pudieras refugiarte del dolor, del exterior, del mundo. Apenas logras discernir lo que ocurre a tu alrededor. Y no te importa. Solo esa idea obsesiva de que vas a recordarlo siempre: este lugar, esta situación absurda, este momento.

Dentro, en la sala, Jack Sparrow lucha por salvar su alma, mientras tú sabes que la tuya anda definitivamente perdida, a la deriva.

Te preguntas si tiene algún sentido que todo esto haya tenido que pasar ahora. Tu mente empieza a poblarse de pensamientos turbios, torbellino de imágenes y de ideas inconexas. Y empiezas a entender que no va a haber vuelta atrás. Que esta vez, lo quieras o no, todo ha terminado. Esperas, consciente de que las próximas horas van a ser intensas y durísimas.

La niña. Cómo decírselo. Cierras los ojos y ves su carita de escasos siete años. Y Javier, qué va a pensar Javier.

En esos primeros minutos ya tomas la determinación de no llorar. Es lo que todos esperan que hagas y tú no soportas hacer precisamente lo que los demás quieren. No vas a llorar. Ni siquiera una lágrima. No vas a llamar a nadie y no vas a compartir este trance. Es tuyo.

Más tarde, cuando el calor sofocante de la tarde de agosto haya pasado, cuando acabe la película y tú ya no tengas más remedio que ponerte en marcha, todo será sencillo. No tendrás que pensar. Es lo bueno de los finales que ya están escritos.

Puedes adivinar tu despedida. La niña, de pie, refugiada en el regazo de la abuela, prometiéndote que va a ser buena. El abuelo, esforzándose en buscar

4

Premio Extraordinario "La belleza en 1000 palabras" 2015.

las palabras adecuadas que no va a encontrar, sencillamente porque no existen. .

El aeropuerto.

La carretera.

Luego vas a recordar con sorprendente nitidez los kilómetros que pasan, como lápidas mortuorias blanquísimas, recortándose sobre el negro intenso del paisaje. No te acuerdas del avión. De eso no. Como si no hubiera existido. No sabes ni a qué hora salió, ni dónde ni con quién ibas sentada. No tienes ni idea de la compañía, del color de los asientos, de si pasaste frío o calor.

Km 724, 723, 722... Cada uno, un nuevo escalón en tu descenso hacia la nada.

No te puedes dormir, no te lo perdonarías. Prefieres no mirar hacia el asiento de atrás porque temes que Javier te defraude, que no quiera o que no pueda acompañarte en tu vigilia. Lo imaginas abstraído.

Durante unos minutos dejas de darle conversación a Manel, que conduce a tu lado, y te permites divagar acerca de la película que habrías tenido que ver hace unas horas con las niñas. Abres completamente tu ventanilla y el aire fresco de la madrugada, una violenta bocanada de aire húmedo de noche mediterránea, te hace cerrar los ojos. Entonces te conviertes en Johnny Depp y navegas a bordo de La Perla Negra hacia el destino inevitable que te aguarda.

Los llanos levantinos se han transformado en suaves ondas azuladas de un mar en calma que te intriga.

Te esperan.

¿Cómo escapar a los brazos que esperan abrazarte? ¿Qué decir que no suene a epitafio de muerte, a palabra huera, a desencanto? Te humedeces los labios mientras sigues atrincherada en tu tozudez de conjurar el llanto. Y cantas. Mientras sigues en dirección a la estrella del sur, empiezas a tararear esa canción: *La lista de la compra*. Primero a media voz, luego hacia adentro, para ti.

Manel conecta la radio del coche y enciende otro cigarrillo. No te molesta. Te sorprende que fume allí, porque sabes que hace meses que no lo hacía, pero entiendes que esta noche es distinta. Lo miras de soslayo y ves algo de dignidad en ese hombre que comparte su vida con tu hermana y que nunca te ha gustado del todo. Te fijas en sus ojos vidriosos, en el finísimo trazo de sus labios, en la nuca, que muestra intermitentemente, cada vez que se gira hacia la ventanilla para soltar el humo.

Javier sigue ausente. Y casi lo prefieres.

Aprovechas para volver a zarpar en tu bajel imaginario y te sientes capaz de desafiar a la muerte, de escapar al armario de Davy Jones, de salir ilesa de escaramuzas imposibles y encontrar soluciones ingeniosas para situaciones de extrema dificultad. No sabes qué demonios se habrán inventado esos de Dis-

ney para esta entrega, pero tú ya te creas tu propia película. Varias películas. Te entretiene. Piensas que este viaje se te va a hacer menos tedioso gracias a ese ridículo subterfugio. Y, en cierto modo, funciona. Inexorablemente van pasando los minutos y vas acercándote al final.

Con precisión matemática, a la hora prevista, empiezan a dibujarse los contornos conocidos de tu ciudad. Casitas bajas coloreadas de añil en el tímido despertar del día. Eriales, más secos aún en las postrimerías del verano. Aceras descarnadas y polvorientas. Puertas cerradas y ventanas abiertas a la brisa de la alborada. Y enfrente, el mar. Mate, todavía sin el brillo del reflejo del sol. A tus espaldas, el marrón profundo de los cerros que se desperezan.

Poco a poco el paisaje se vuelve más urbano. Emergen los semáforos. Empieza a haber más tráfico. Adivinas que algunos de estos vehículos con los que te cruzas vuelven de la feria, que se celebra estos días. Y ese pensamiento te da risa y tristeza.

“Una mano pide al cielo, la otra en el cajón del pan...” Dichosa canción: no te va a abandonar en las próximas horas.

Inevitablemente surge, terrible, en un verde neón amenazante, el letrero que anuncia el tanatorio.

Luego la ves.

No ha perdido el color ni la belleza de sus rasgos.

No parece haber sufrido.

Su tez, aún más morena, envuelta en el cándido sudario.

Madre...

“... me quedo aquí a tu lado y el mundo me parece más humano, más amable, menos raro.”

Salvador Robles Miras

(Murcia, Comunidad Murciana / Bilbao, País Vasco, España)⁵

LA CALLE DE LA METÁFORA

Los viejos más viejos de Villahermosa de los Amaneceres, Cristina Frutos y Sebastián Ponce, residían en un edificio antiguo de la calle de La Metáfora desde hacía casi tres cuartos de siglo, al año justo de ser presentados por un conocido de ambos. Mañana, tarde y noche, Cristina y Sebastián, transitaban por tan singular calle, de doble dirección según ellos, si bien los coches sólo podían circular por una.

—¿Radica el secreto de su longevidad en el deambular infatigable por su calle, de nombre tan literario? —les preguntó Alejo Santullana, el periodista que los entrevistaba en el domicilio de la pareja, dando muestras de su ignorancia en los asuntos capitales de la existencia, a pesar de ser una firma consagrada en escribir sobre temas humanitarios, los que estaba persuadido de que pronto le conducirían a la gloria de su profesión.

—Esta calle, sí —respondió Sebastián—, la misma en la que nació nuestro hijo, que en paz descansa. El pobre falleció, en vísperas de cumplir los setenta, en una playa mediterránea. Una muerte gloriosa. Después de salvar de morir ahogado a un niño pequeño, tras poner a la criatura en los brazos de su madre, nuestro Rafael cayó fulminado en la arena. Había exigido demasiado a su corazón enfermo —Cristina, quien contemplaba los ojos vidriosos de su marido con un fulgor insólito, como si viviese la primavera de su existencia, se llevó la mano al corazón al par que hincaba la barbilla en el pecho—. Como le decía, paseamos por la calle de la Belleza y el Amor, mañana, tarde y noche. Cristina toma la dirección de la izquierda; yo, la de la derecha. Cuando llegamos a ambos extremos, desandamos el trecho recorrido caminando el uno hacia el otro,

5

Premio Extraordinario "La belleza en 1000 palabras" 2015.

mirándonos desde la lejanía, hasta que nos juntamos en la cercanía, en la belleza del amor, y me importa un bledo parecer sensiblero.

–Pero esta calle se llama de La Metáfora –objetó el periodista, quien se había pellizcado ya una decena de veces para convencerse de que tenía ante él a una pareja de nonagenarios, y no a un hombre y una mujer de sesenta y tantos años como mucho. Sus contactos le habían advertido de que se sorprendería al ver a los viejos... ¿Sorprendido? Estaba perplejo. Una perplejidad creciente.

–Calle de La Metáfora, calle de La Belleza o El Amor, da igual –repuso Sebastián.

–¿Da igual amor que metáfora? Acláreme este extremo, por favor.

–Tenga paciencia, se lo aclararemos en los próximos minutos. Hace cinco lustros, cuando cumplí los setenta y dos, o los setenta y tres –dijo Sebastián–, me hubiese dado mucho reparo contestar a su pregunta con las palabras que lo voy a hacer ahora, unas palabras que, a causa de la charlatanería vana que se vierte a troche y moche en la opinión pública desde periódicos, libros, tribunas y púlpitos, han sido desposeídas de su sentido fundacional. Pero ahora, con la sabiduría que dispensa el tiempo y la experiencia, me he liberado de los reparos, de estos reparos, sí –el viejo hizo una pausa para tomar un sorbo del extraño brebaje de color rojizo que había colocado delante de él Cristina, una anciana menuda e increíblemente ágil para la edad que se le atribuía: noventa y cuatro años.

–¿Qué palabras? –inquirió el periodista, mirando con aprensión la esfera del reloj. Dentro de dos horas salía su vuelo a la capital, y el aeropuerto estaba en las afueras de Villahermosa de los Amaneceres. Como el viejo no se centrara en la médula de la historia, difícilmente podría confeccionar el reportaje que se merecían sus decenas de miles de lectores.

–¿Le apetece tomar un zumo de granada y grosellas? –preguntó Cristina, retirando por unos instantes los ojos de los ojos de Sebastián.

–No, gracias.

–¿Y de naranja?

–¿Tiene una Coca-Cola?

–¿Coca-Cola? En este hogar no se practican esas cosas –dijo la mujer haciendo un ademán con el brazo, como si el reportero hubiese proferido una blasfemia–. Somos muy antiguos –agregó para suavizar su comentario irónico.

–Entonces, si no le importa, beberé agua.

–¿Con unas galletas artesanales?

El periodista denegó con la cabeza.

–¿Y unas almendras?

–Agua sola –respondió Alejo, en un tono en el que traslució su impaciencia.

Cristina se dirigió a la cocina con un sincronizado y desenvuelto caminar; se notaba a la legua que el discurrir continuo por la calle de doble dirección había obrado sendos milagros en sus articulaciones y músculos.

–¿Qué palabras? –insistió Santullana, al borde de la irritación, dirigiendo una mirada ansiosa al viejo.

–Cristina se las dirá. Ella, cuando se trata de nuestro tema estelar, el que ha caracterizado nuestra larga y fructífera convivencia, habla con mucho más sentimiento que yo.

Un minuto después, la anciana regresó al salón con una bandeja en la que campeaban una jarra de agua y un vaso.

–¿A qué palabras se refiere su esposo? –preguntó Alejo.

Cristina, en cuanto miró a Sebastián, supo lo que tenía que decir.

–La calle en la que hemos vivido Sebastián y yo en los últimos setenta y tantos años, de nombre La Metáfora, es para nosotros la calle del Amor con mayúscula. Das el amor que recibes, y recibes el que das. Una verdad de los tiempos de Maricastaña que nosotros hemos actualizado cada día. Ida y vuelta, una doble dirección, para mirarnos a los ojos. Por ahí hemos caminado a diario, sin doblegarnos ante los incesantes contratiempos de la vida..

–De ahí la longevidad suya y la de su marido –susurró el periodista.

–Y la belleza –agregó Cristina mirando con ternura a Sebastián–. Qué bello es mi marido, ¿verdad?

El periodista asintió con languidez.

–Qué bellísima es mi mujer –añadió Sebastián.

Alejo jamás había visto hasta entonces una luz tan brillante destellar en los ojos de un congénere; ni la vio ni probablemente la volvería a ver, aunque viviese tanto o más que la pareja nonagenaria. En la mirada de Cristina relumbra la vida entera, la que discurría mañana, tarde y noche, por la calle de La Metáfora. Una vida memorable.

Benito Pastoriza Iyodo

(Puerto Rico)⁶

COLORADO CORINTO CARMESÍ

La belleza es a veces una obsesiva perturbación anímica producida por una idea fija una inquietud una obstinación una manía una ofuscación una obcecación una cabezonería una testarudez un emperreamiento una tozudez una porfía como obsesionarse con la obsesión como obsesionarse con la palabra obsesión cómo salir de ese atolladero sin sentir la culpa el cargo de conciencia el complejo profundo de verse como un loco demente atrapado en el trastorno obsesivo compulsivo una psicosis que te hace caer en el delirio en la verborrea de la inconsistencia para obsesionarte con lo que crees bello lo entiendo el trastorno obsesivo compulsivo es una enfermedad neurobiológica que se caracteriza por la presencia de pensamientos intrusivos y recurrentes y conductas o actos mentales repetitivos las compulsiones que el sujeto realiza con la finalidad de reducir su malestar o evitar algún acontecimiento negativo lo entiendo lo comprendo porque las obsesiones y compulsiones son experimentadas por el individuo que sería el sujeto de este relato como excesivas e irracionales y causan gran perturbación en el área social y personal porque obsesionarse con lo bello no es bueno o mejor dicho obsesionarse con lo que uno cree que es bello no es bueno porque hasta hace poco tiempo se pensaba que la obsesión era una patología poco común debido a que muchas personas que padecen este trastorno tienden a esconder los síntomas y no buscan ayuda médica por lo que una gran parte de los casos no son diagnosticados y los estudios epide-

6

Premio Extraordinario "La belleza en 1000 palabras" 2015.

miológicos recientes indican que es una afección frecuente y la prevalencia de la obsesión en la población general se aproxima al tres por ciento y de esta manera calculamos que en el mundo cien millones de personas sufren este trastorno más que el número de pacientes a los que se les ha diagnosticado anorexia esquizofrenia o trastorno bipolar por eso no hay que sorprenderse que el rojo es su obsesión hoy el color es rojo porque las revistas se lo han dicho porque las vitrinas y los escaparates se lo han expuesto con claridad hoy el color es rojo porque los carteles y los anuncios en el metro se lo han anunciado a grandes voces hoy el color es rojo porque las actrices y las cantantes lo lucen en completo esplendor es rojo porque los políticos llevan la corbata roja porque las ministras de gobierno no se apean las faldas rojas sin lugar a dudas el mundo entero le anuncia que hoy el color es rojo por eso lleva un vestido rojo encendido bermellón unas medias de malla carmesíes transparentadas en rojo un corsage rosado subido rosas rojísimas audaces elevadas en color fuego unos tacones escarlatas puntiagudos elevados terriblemente ascendidos a los cielos una gargantilla de rubíes unos pendientes de rubíes una sortija de rubíes en rubor en fin que bien ataviada iba de rojos rubíes su bolso era más bien rojizo de un rojo atenuado sin dejar de ser arrogante fuego al rojo vivo lucía un sombrero de campana que parecía ser paja fina en granate que hacía juego con los guantes unos manguitos que tiraban al rojez que lindura que hermosura de rojo enrojados enrollados hablamos de intimidades y claro ella se confesó que no podría salir de su casa sin unas bragas de igual color sin las tanguas transparentadas en sutil púrpura de igual familia enrojecida sin un sostén que se fuera por la rojura imaginense ustedes que te ausculte el médico de cabecera en unos brevísimos biquinis que no sean corintos porque el médico está al corriente y él también sabe que el rojo es el color del día claramente aludido por las compañías por los anuncios por las revistas por el gobierno por la familia por las amistades por eso se pinta el rostro con maquillaje subido en rojo un brochazo de rubor carmesí un lápiz labial verano encendido un delineador de labios fuego en llamas un rimel sol encandecido y una sombra de ojos colorado para que te quiero también conversamos de varias cosas de su agrado y desagrado del planeta Marte el planeta rubor astrológico por excelencia del que tendrá que informarse porque lo exige el día rojo de todas maneras le hubiese encantado vivir con un extraterrestre carmesí también se conversó de su Mercedes Benz color fresa inocente recién comprado y ahora tendría que vacacionar por el estado de Colorado donde podrá huir de su amado país donde corre tanta sangre roja por todas partes sangre rojísima por las calles sangre carmesí en las puertas sangre explosiva en las aceras sangre turbulenta sobre los coches sangre furiosa sobre los rostros millones de gotas de sangre por todas partes de igual manera se habló de su pasión robustecida bien robustecida por el rojo con gran curiosidad le preguntamos nos respondió que locura manía

demencia insensatez no era un simple un breve arrebato no era sino que era cuestión de ponerse al día cariño nos explicó tú no miras la tele tú no lees las revistas y los periódicos donde se ve el rojo por todas partes yo estoy al día como lo dicta el momento como lo difunden los que me hablan de lugares más elevados tú sabes de allá arriba mi frenesí no es otro que estar al día nada tú ponte al corriente porque si no quedas afuera y estar afuera no está bien tú sabes el peligro que corres por estar afuera por eso yo te lo susurro al oído que hoy el color es rojo mira que en ello te va la vida nada pierdes y mucho ganas con enrojecerte mira la sangre como corre por todas partes roja sangre roja muerte rojo país desesperado así se despidió de nosotros con un gran beso que nos plasmó en la mejilla rojo como su vida un beso enrojecido y ensangrentado para la despedida un beso que se nos enterró muy adentro encendido lleno de balas como una roja llama enloquecida un rojo que nos recordó que hoy el color es rojo definitivamente rojo.

Fernanda Rodríguez Briz

(Argentina)⁷

UNA BELLEZA ÚNICA

Norma Nélide Pascualini sale de su oficina, como cada día, exactamente cuando el reloj indica que han dado las 18 con 29 minutos; le gusta registrar su huella dactilar “a las y media” exactas. Hace mil años que trabaja en esa oficina y más de mil años que nadie la espera en su casa; apuro para llegar, entonces, no tiene. ¿Amigas? No, gracias, prefiere no tenerlas. ¿Pareja, novio, marido...algo? No, gracias, nada de eso, no es para ella. No hace falta explicar demasiado, el lector ya va formándose de ella una polaroid inequívoca.

Aquel día una nimia contrariedad municipal la obliga a desviarse del camino que cada día recorre a pie y así da, por primera vez, con una calle que no conoce y en ella una peluquería que llama inmediatamente su atención. Que una peluquería llame la atención de Norma es lo que llamaría la atención de cualquiera que la conozca. Porque –y el lector debe ya intuirlo– por alguna razón nuestro personaje nunca ha ido a una peluquería en su vida, en sus 43 años. En un primer momento, al ver su reflejo en el vidrio, se juzga por su aspecto. Pero luego prefiere hacer lo de siempre: decidir que los demás están equivocados al necesitar tanto arreglo. Ella nunca lo ha hecho y miren...

El peluquero está en ese momento desocupado y la mira. Con un rápido movimiento, sale a la vereda y le dice “Sí, es acá, pasa.” Ella se echa hacia

7

Premio Especial “La belleza en 1000 palabras” 2015.

atrás, asustada por el súbito tuteo como un animal amenazado por una especie superior y se toma, mecánicamente, la pesada cruz de plata que cuelga de su cuello. El peluquero le repite que sí, que es allí, que la ha estado esperando. Y ella, sorprendida de sí misma igual que nosotros al ver la escena, se encuentra respondiendo a su saludo, sonriéndole tímidamente, entrando al salón de su mano cortés y huesuda.

Norma Nélica Pascualini está sentada frente al espejo. El peluquero aplica en su pelo de paja rojizo, maltrecho, informe, todo lo que hace falta para cumplirle una promesa: dejarla hecha una diosa capaz de detener el tránsito. Son unos productos nuevos, “*in-cre-í-bles... ya vas a ver*”. Ella se deja, por primera vez se abandona al placer de ser tocada, halagada por manos ágiles, jóvenes, suaves... Supone que ahora sí conoce lo que es el placer de los sentidos. No puede haber nada superior a esto. Todo huele tan bien, tan fresco, tan profesional. Norma no puede dar crédito a lo que está sintiendo. La recorre una sensación de placer a la que no acierta a ponerle nombre. *Silvita* –le indica él a la asistente– *prendeme la aromaterapia, por favor*. En segundos el espacio se llena de un aroma indescriptible que conjura súbita, simultáneamente, un bosque de pinos, la orilla del mar y el olorcito del flan de vainilla del domingo.

Las horas pasan, pero ¡qué horas...deliciosas, de placeres incomparables! Masajes, tratamientos ¡Ay, César, me has tratado de una forma que desconocía! exclama hacia adentro, sin que la oigan. Llega el momento en que le quitan el antifaz desinflamatorio de párpados. Norma se enfrenta al espejo después de tres horas... ¡oh por Dios, es otra! Todas las promesas de César han quedado cortas, es mucho más de lo prometido. Realmente César ¡bendito César! ha hecho una transformación profunda, radical... asombrosa, que ella jamás hubiera siquiera imaginado. Ha convertido a una oscura oficinista en diosa. ¡Por Dios! Está bellísima al punto de que con total seguridad podrá parar el tránsito cuando salga de allí.

Abona el precio y los tres se despiden a los besos. A los “*Adiós, Mami*” de él, responde con inusitada confianza “*Adiós, Papi.*” Sale. A su paso, lascivos bocinazos y miradas ardientes de hombres la sorprenden, desnudándola.

Son las 6 de la mañana del día siguiente. Se viste –esta vez la polera negra ha quedado abandonada en la silla– y se calza por primera vez esas botas altas, de cuero negro, que heredó de su hermana. La piadosa cruz queda durmiendo en la mesita.

La banda de sonido de su caminata es exactamente la misma que la tarde anterior: un coro de silbidos, bocinazos, piropos y palabrotas la escoltan las ocho cuadras, hasta que finalmente hace su arribo al edificio Emperador. Debe marcar la huella dactilar y tomar el ascensor hasta el cuarto piso. Las miradas de hombres y mujeres parecen tenderle una alfombra roja dispuesta para hala-

gar su belleza. A esa hora de la mañana, contrastando con tanta gente apagada y gris, su cabello, radiante, brilla más todavía.

Pero un feo pitido suena al primer intento: el aparato no reconoce su dedo pulgar. Prueba nuevamente. Nada. Insiste. Insiste de nuevo. Se le acerca el portero, adecentándose la camisa con una mano para atender en mejores condiciones a tal beldad: *¿Señora? ¿Usted a qué piso va?* –pregunta sonriendo de costado, como galán de los años cincuenta. –*Ay, José, le dice ella.... ¡Pero si voy a lo de Chávez!*

Norma insiste. José no la reconoce. Vuelve a poner el dedo, que el cuadrado rojo rechaza por sexta u octava, novena vez. *Parece que esto no anda* –se indigna–. José toma el handy y habla con el jefe. Por la forma en que se sacude parecería que está riéndose de algo. Baja Chávez, su jefe de toda la vida, y los dos hombres intercambian miradas cómplices. *Señor, señor* –implora ella y lo sigue– *soy yo, Norma.... Norma Nélide Pascualini*. El jefe sonríe, sí, pero luego ya no puede evitarlo y se agita de la risa. Luego de intercambiar subidas de cejas y torceduras de bocas con José, pega media vuelta sobre sus talones y se mete al ascensor. De nada sirve protestar: violentamente la acompaña a la calle tomándola de un brazo. ¡Fuera impostora!

La vemos ofuscada. Sin duda esto es demasiado para una diosa como ella. Norma Nélide Pascualini jura no someterse nunca más a una descortesía semejante.

No, nunca más...

¡Una persona de su belleza no merece semejante trato!

Andrea Halaby Fernández

(Colombia)⁸

HERMOSURA PERPETUA

Quedarme
en el aire que respiramos juntos,
mas allá de la distancia y la penumbra.
Dormir bajo algún árbol que lllore pájaros
sin tempestades ni lutos.
Morir bajo las alas de un ángel
con el mar tocando mis pies y
mojando, con su espuma,
mi nombre.

Me preguntas dónde está la hermosura perpetua de las cosas. La luz, los rayos plateados de la luna, la melancolía que se vuelve lluvia, mis ojos oscurecidos por tus sombras, la voz de un grillo, las alas de alguna libélula. Recorres mi piel en círculos, buscando el olor a uva o a higo que sale de mi boca. Te digo que soy trozos de frutas maduras, del otoño y pruebas con cautela mis labios.

8

Premio Especial "La belleza en 1000 palabras" 2015.

Sonríes, me miras y sabes que soy una piedra náufraga. Te hablo entre silencios de pájaros que todo lo saben y llevan historias y recuerdos de un lugar a otro. Pájaros de colores imposibles. Pájaros inquietos, de plumas que brillan y caen al mar hechas suspiros. Pájaros inmensos, de alas amplias donde anidan historias secretas y recuerdos que se olvidan. Te cuento de los sauces que lloran cada tarde. Hojas que parecen pozos de agua fresca y lavan las tristezas de almas abandonadas. Un sauce y yo, sentados al final del día esperando que llegues, sin la prisa de lo que está por terminar y te quedes en mí, como una telaraña recién bordada.

Me preguntas cómo es la belleza esperanzada de las noches, donde la luna llega redonda con olor a cielo, o aparece deshabitada de estrellas y tímida. Me preguntas por la luna roja de los desiertos y por la luna anclada, casi invisible y anhelada de los amantes que recorren las calles. Lunas en vela, florecidas, sonámbulas, nómadas, embriagadas y esclavas de tantos ojos que las buscan entre cielos inmersos en nubes celosas. Te digo que la noche llega encadenada de ti y de mí y de nuestros aires que se funden en la bruma espesa de los vientos de abril. Cuatro ojos y media luna, vigilantes, confidentes de tantas vidas que deciden morir cada segundo. Te duermes entre palabras perdidas y las luces se apagan de una en una dejando que nuestras sombras se derritan en la oscuridad.

Me preguntas cuándo se desprenden las hojas verdes y se marchitan las flores y las mariposas blancas desaparecen. Quieres que te cuente si las orugas sienten frío y los gusanos de seda hacen el algodón de azúcar. Saber si las cerezas se enamoran y por eso sangran antes de tiempo y manchan los dedos y los labios de quienes las prueban. Te hablo, entre susurros, repitiendo tu nombre, en esta tarde donde un rayo de luz atraviesa las letras y las parte. Te cuento que hay mangos que al madurar caen de gusto al suelo para alimentar los animales que no tienen alas y se quedan pacientes sobre la hierba fresca hasta que desaparecen, hechos manjar para un millón de insectos. También existen abejas inquietas que hacen huecos diminutos por donde le roban alimento a las frutas sin que ellas lo sepan y dejan cicatrices que nunca se borran. Me río y te ríes y buscas en mi boca el sabor a fruta que deja casi siempre el verano con todos sus soles.

Me preguntas por qué caen gotas pesadas de lluvia sobre los pétalos de las flores silvestres y mojan los copos de los árboles y llenan los ríos más allá de su cauce y enfurecen los mares embravecidos por la luna llena. Quieres saber por qué la lluvia a veces sabe a barro y a tierra olvidada. A piedra seca. A arena. A lodo. A sangre. Te hablo, con la voz entrecortada y el olor de las lágrimas

en mi memoria. Te recuento historias de peces y cosas olvidadas que viven en aguas transparentes, habitadas de musgo verde. Agua que baja de las nubes en hilos delgados, tejiendo tormentas y huracanes para despertar los caracoles y las estrellas de mar y evitar que se acomoden en las profundidades de lagunas saladas y caigan en el abismo del olvido. Agua que moja los corazones en sequía. Agua que moja tus manos y las mías. Pruebas mis dedos y dices que saben a tango y a mora.

Me preguntas si quiero ser el horizonte que palpita sobre el mar, una azucena, un coral rosado habitado solo de peces que bailan. Te digo que quiero ser una golondrina o un pelicano o una garza que buscan siempre un nido tibio para dormir. Te cuento que fui sirena y medusa y agujijón de una manta raya azul y pez espada y anguila, de las que enloquecen de amor y no se salvan. Me abrazas. Sé que quieres ser agua, arena, espuma, sol, luna y cubrirme siempre, entre tus brazos, bajo la fugitiva belleza de tu cuerpo. Te miro y veo como se acomoda el crepúsculo en la tarde y en tus pupilas. Llega como todos los finales, sin avisar, pegado a la montaña y reflejado en la parte más honda del océano. Silencioso y cauto. Permanente. Se queda para dejar negra tu mirada y se lleva los últimos instantes iluminados de este lunes envejecido.

Me preguntas dónde está la hermosura perpetua de las cosas. Te digo que está en la risa de los niños, en el sabor del café en tu boca, en las alas curvas de los ángeles, en las uvas, en las gotas de sal que caen de mis ojos, en los árboles que guardan historias, en el sabor del pan, en las manos, en las miradas clandestinas, en los tímpanos y en las cuerdas vocales, en los pulmones y en las palabras que te escribo y en la voz de los que ya se fueron... En tu nombre, en las calles con memoria, en el canto de las mirlas, en los corazones rotos, en la oscuridad infinita de las noches sin luna y en la piel que voy mudando cada vez que me pierdo en tu mirada.

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

(Cuba)⁹

SUEÑOS DE CAFÉ

En los cafés me acuerdo de los sueños.
(JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*, cap. 132)

I

He soñado cafés donde agradecí el retorno de los sueños. Casi nadie sabe recuperar esos instantes transcurridos en el reverso de la vigilia. A veces pensamos que vivir el día con los ojos abiertos equivale a transitar por el espacio y el tiempo, sin saber que la realidad auténtica, verdaderamente libre, nos devora internamente y sale por las noches a respirar nuestro aliento dormido.

Los cafés tienen la virtud de poner mis sueños sobre la mesa. Cada sorbo –como el tintinear de la cuchara en la taza– me propicia un golpe de lucidez. Entonces recupero los sueños que abandoné dentro del sueño. Tú y yo alimentamos visiones durante el día, a pesar de la distancia y las horas que dividen nuestra presencia frente a distintas puertas de cafés.

⁹

Premio Especial "La belleza en 1000 palabras" 2015.

Tú estás en otro espacio y –mirando, a través de los cristales, cómo se disuelven las figuraciones de tu noche pasada– recuperas las diurnas, que fortalecen tu voluntad y tus andares.

Yo estoy acá. La luz se degrada en una taza, quiere atarme a esta plaza, a esta ciudad, aunque sabe a café flojo y amargo.

En los cafés me acuerdo de los sueños –como ha dicho un hombre lúcido–, el de aquella tarde en una colina frente a la puesta de sol; el de un cruce de caminos donde besaste mis labios; el de piedras enormes que nos impedían seguir avanzando... Cuando escucho el repique de la cuchara en la taza, las imágenes son casi reales, y tú estás aquí mirándote en mis ojos, mientras bebes despreocupadamente la misma infusión –floja y desabrida– que estoy saboreando como sueño de otro sueño.

Sé que hay entre los dos una ilusión –líquida, negra y amarga– que pasea junto al mar, que vivimos de día, sin que podamos moverla en el fondo de una taza.

En los cafés me acuerdo de los sueños, y tal vez tú también estés viéndolos, a través del espacio-tiempo, con el empuje que ejerce la cuchara sobre las moléculas del café y, de este, a las paredes de la vasija. Pero esa no era mi visión, ella viene de lejos, del agujero negro y amargo que estoy abriendo con la mirada puesta en los adoquines resplandecientes bajo el sol.

Tú sueñas un país –aunque nunca bebas café– sentado contra la tarde, tu memoria trata de rehacer el sueño de la noche, el verdadero. El mate amargo sabe a milonga, a tristeza, a tarde lluviosa... y dentro de aquella burbuja, durante el mismo lapso en que oigo el ritmo de mi cuchara, tú absorbes aquel sabor, aquella melancolía de la hierba. No importa que líneas paralelas jamás se encuentren; de algún modo, que los sabios aún no han descubierto, las nuestras se tocan los dedos. Igual que en esa pintura de Miguel Ángel donde aparecen Dios y Adán, tú me concedes la vida, a cambio de que yo te imagine para siempre.

He soñado cafés donde agradecí el retorno de los sueños. A veces guardo la ruptura de una taza en mis pesadillas, y hasta me estremecen: el estruendo contra el piso, los añicos, las salpicaduras calientes en mis pies. Otras veces lo olvido y siento que todo se congela en el ambiente; eso ocurre porque no puedo ver cómo crece tu figura detrás de la puerta encristalada y, después, te encorvas levemente –casi con fatiga– al entrar; cuando no te sientas frente a mí para contarme fábulas y parábolas de origen desconocido, que ambos asociamos a la magia de los antiguos, o de los navegantes espaciales, que vinieron a la Tierra una vez para enseñar a los hombres la médula nutricia de los sueños oscuros.

Los dos soñamos perennemente (imagen diurna) que una ola nos abraza en esta orilla; cuando la noche llega, esa ola se nos escapa, y regresan los sueños de nuestros sueños, para volver mañana a los cafés, donde siempre agradecemos el retorno de aquellos que salieron a respirar nuestra circunstancia y, tomados del brazo, empujaron la puerta de cristal.

II

En los cafés recuerdo tres sueños:

El hombre aparece junto a mí, súbitamente, con el rostro manchado. Época de incertidumbre, sentimientos ambiguos, que me devuelve la imagen oscura con un pedazo de país a cuestas.

Un claro y amargo café, servido como premonición de mis deseos. Se muestra la encrucijada, tú y yo estamos al centro, besándonos y buscando una salida al horizonte. Un camino se cierra detrás; en el otro, enormes piedras impiden nuestros pasos. Logramos vencer al muro –las fronteras–, el camino concluye y una colina nos invita al ascenso: en su cima nos espera la puesta de sol –la cucharita mueve recuerdos con azúcar– juntos vemos el ocaso. La noche se acerca, pero no la advertimos como amenaza: la energía del Sol nos preserva del miedo.

Porque cada día nuestras palabras viajan a través del espacio y convergen en una ciudad con mar del futuro, ambos tenemos la certeza de que va a suceder. Ya pasó el tiempo de la incertidumbre, sabemos que vamos a fundar nuestra casa y que su amplitud, o su estrechez, dará cabida a los amigos.

En los cafés me acuerdo de los sueños porque somos mayores y, junto al mar, en la ciudad del futuro, habitamos la casa. Somos una pareja feliz, nos amamos y recibimos el afecto de los amigos y de los niños, nuestros alumnos. Esta noche Hypnos (el dios griego de los sueños) ha colocado a cada cosa y a cada persona en el lugar exacto; todo es perfecto, porque definitivamente –después de tantos momentos de mi vida onírica en que he sentido terror, al bajar por escalones rotos e inseguros, a través de laberintos interminables– he limpiado la escalera y logro subirla, sin temores ni tropiezos.

La cuchara descansa en el platillo, ya bebí lo que restaba del café y veo la hondura de mi taza. Recuerdo mis tres citas contigo. Miro a la calle de adoquines resplandecientes. Tú empujas la puerta de cristal. Entras al café. Un día cualquiera del futuro

Alba Castellano Cáceres

(Sevilla, Andalucía, España)¹⁰

EL EXPLORADOR QUE ENCONTRÓ SU MOMIA DE OSITOS ROSAS Y AMARILLOS

Frío. Se me está quedando el café frío. Noto como cada parte de mi, cada día con más insistencia, me pide a gritos que vuelva a poner la oreja en la almohada. Pero como no, ahí está mi pequeño cerebro (el único órgano de mi cuerpo que parece reaccionar a estas horas de la mañana) para recordarme de nuevo que hoy es un miércoles más, de una semana más, de un año más, lo que significa que cuando ese reloj marque un cuarto del redondo bizcocho del tiempo, tendré que embutirme las botas de Big Foot y, para variar, tendré que volver a esa fábrica. Escuchó la radio de fondo, intentando evadirme del mal tiempo que veo a través de las gotas depositadas en la ventana y del hecho de tener menos de quince minutos de paz. No sé qué emisora es, pero escucho, escucho como los locutores se ríen y comentan con un tono peculiar diversos

¹⁰

Premio Especial "La belleza en 1000 palabras" 2015.

temas del día, añadiendo llamativos sonidos o risas en lata cada vez que X suelta una broma. Por lo que puedo oír, Z saca un tema que le parece interesante, pregunta qué es para ellos la belleza en pocas palabras. M comenta que para ella es un buen paisaje, y Q parece estar de acuerdo con ella, X por supuesto suelta una broma diciendo que, desde luego, no es su marido en la cama a estas horas. Carcajadas en lata. Me da risa que intenten definir algo como la belleza ¿Cómo puede intentar definirse algo tan irreal?, ¿Cómo puedo intentar definir la belleza? Si ya no existen flores, ni campos verdes, ni aire limpio, si el ser humano se encarga personalmente de ir uno por uno arrasándolos, destruyendo la vida que hay en ellos y la hermosura de la que llenan vidas, todo para construir fábricas y más fábricas de masas y borregos que nos venderán como “marcas para seres únicos”. ¿Cómo puedo intentar definir la belleza? Si ya existen personas que intentan implantarnos la idea de qué es la belleza con sus “consejos”, con sus “ponte esto”, o “esto es lo último”, o “esto lo ha llevado T”, mira, no intentes definirme la belleza como si T fuese bella, cuando el concepto que hoy día se entiende por belleza significa estar por la mitad, de la mitad, de un cuarto y medio y de otra mitad, de tu peso normal. Cuando significa tener que llevar un hilo atado a la cadera, por si sales volando cuando corre el viento, que alguien al menos pueda usarte de cometa. ¿Cómo puedo intentar definir la belleza?, cuando, incluso yo mismo, hoy, un miércoles cualquiera, de una semana cualquiera, de un año cualquiera, no soy capaz de acercarme a la ventana y desempañarla, por el miedo a verme reflejado en ella y no encontrar en ese reflejo de cada poro de mi piel, un misero atisbo de belleza. Intento volver de mis pensamientos. Mierda, el reloj ya marca medio bizcocho y yo aún estoy con la bata puesta. Cojo mi taza, ya con el café con forma de cubito de hielo, y me aproximo al lavadero para dejarla y poder ponerme esas botas, para ir a esa fábrica. Cuando estoy a punto de abrir el grifo, noto algo. El pico en el que los dos extremos de mi bata se abrazan, comienza a deslizarse colina arriba por mi cuerpo. Entiendo de momento qué está ocurriendo, me giró lentamente, y la veo allí, tirándome de la parte trasera de mi bata.

–Buenos días, Papá. –Me dice frotándose esos dos ojos que son como caramelos recién desenvueltos. Su cuerpo claramente esta aún más inactivo que el mío.– ¿Dónde está mi cuenco de cereales?

–Te lo he dejado encima de la mesa, en el sitio de siempre.

Doy vueltas por la cocina recogiendo los platos de la cena como si fuese un ratón siendo perseguido por un gato. Termino de recogerlo todo y pensando en el duro día que tengo por delante, me dispongo a salir de la cocina. Cuando estoy ya en las escaleras, y con el pie ya en el aire para subir el primer escalón, me detengo al escuchar otra de las risas en lata tras una pésima broma de X. Y como Teseo dentro del laberinto, intentando descubrir donde estaba el preciado Minotauro, guiándose por su intuición, me dirijo al marco de la cocina. Me paro

en seco y de repente lo veo. Y no solo lo veo, sino que lo siento. Siento que el palpito que tenía en las escaleras se convierte en la verdad más absoluta y certera que he tenido jamás. Siento en el corazón y en los ojos la misma ilusión que siente un explorador al encontrar la momia que lleva buscando años. Y todo ello porque la veo, la veo allí, sentada, con su cara hinchada, con sus ojos aún llenos de pequeñas y diminutas legañas, con esos hilos de oro que tiene por cabello desbaratados, con los extremos de la pequeña caja de sonrisas llenos de leche del cuenco que come y que comparte, con el maldito oso de peluche (que ocupa la otra silla) lleno de manchas que no me deja lavar. Con esa camiseta al revés en la que se distinguen los ositos rosas y amarillos, y esos pies, como no, descalzos, que por más que zarandee, no consiguen llegar al suelo desde la caída en altura de la silla en la que reposan sus entrañables piernas. No puedo parar de mirarla, de ver como se ríe, y como se le caen la mitad de los cereales fuera del cuenco y ella ni se inmuta. Y ya no escucho los “ja, ja, ja” en lata de las bromas de X, ni escucho el ruido de las gotas deslizándose por la ventana, ni el sonido de la cuchara de mi hija cogiendo la leche. Porque acabo de encontrar, de sentir, de ver, sin necesidad de palabras, la auténtica y más pura definición de la belleza para un padre.

Norberto Rubén Calul

(Argentina)

SIMBIOSIS

Me dormí borracho de estrellas, de cielo, de espacio. Me cobijó un alcanfor tupido de verdes y sombras. Me abrigó la campera que olvidaras la última tarde. El olor a cuero nuevo y tu perfume, hicieron el resto. Te soñé en soles y arenas. Caminé contigo frente al mar de siempre. El mismo de tantos veranos, de tanta sal en el cuerpo y en la boca. Mis ojos no eran mis ojos, sino el reflejo de los tuyos. Tu mano se fundía en el cuenco de la mía. Tu pelo me abordaba los hombros y se quedaba a descansar en ellos, tal vez, fatigados de tanto pelearle al viento. Reíamos con la alegría de los que disfrutan estar juntos. De pronto te soltabas y corrías. Te seguía con la mirada y me detenía en la imagen de tu silueta con el sol de fondo. Un eclipse de belleza. Un cono de sombra mágico, leve, ganó el centro de mi pecho agitado. Gobernó mis sentidos y mis ansias. Corrí hacia ti y ya no estabas. El retumbo de mi corazón desbocado se transformó en galope y te vi montada en el alazán del último enero, invitándome a que te siguiera en el bayo de esa misma tarde. La playa se hizo larga. El galope

pareció interminable hasta que una escollera de piedras agudas detuvo nuestra marcha. Nos apeamos. Eras una diosa de piel morena, que el sol pintó a su antojo, y yo un esclavo de tu almíbar, de tu aroma, de tu fuego. Buscamos el sitio apropiado y allí nos quedamos. La arena se hizo cama y el mar una sábana que molestaba a nuestros pies. Nos arrastramos, abrazados, buscando liberarnos de él. Cayó la tarde. La brisa trajo el frescor del mar. Ni calor, ni frío. Sólo amor buscando quitar los límites. Y en medio de esa pasión, la playa se convirtió en una calle nocturna y húmeda, llena de charcos reflejando las luces de las farolas. Así son los sueños. Estabas en una esquina y me sonreías. Iba hacia ti y cuanto más caminaba, más lejos estabas. La desesperación por acercarme me enloquecía. Gritaba tu nombre y te reías. Estiraba mi brazo, buscando acortar la distancia y te tocaba y me tocabas. Estabas lejos y estabas ahí, a un paso. Nos encontramos. Me tomaste de la mano, te acercaste a mi cuerpo y caminamos, despacio, pegando las piernas en un mismo paso, y al llegar al charco más grande, te soltaste y fuiste a saltar en el agua. Me apoyé en el árbol más próximo y te observé disfrutar de lo que hacías. Y cuando me acerqué a buscarte, el charco se transformó en un sitio profundo y oscuro por donde caímos, tomados de la mano, hacia un lugar luminoso, casi un cielo. De vuelta tu silueta. Un ángel. Y en lugar de observar lo bello de tus contornos, cerré los ojos. Dormido, soñé que te soñaba. Venías hacia mí vistiendo un largo vestido blanco, casi etéreo, casi mágico. De pronto, girabas y girabas, tomando el vuelo de tu vestido. Lo elevabas y lo soltabas. Una y otra vez. De fondo, el cielo se cargó de estrellas pequeñas, brillantes, lejanas. Pero cuando escuché nuestra canción, ya no pude más. Con el pecho cargado de pena, abrí los ojos. Tu campera estaba a un costado. El fresco de la noche me invadió, me despertó y se lo recriminé por quitarte de mi lado. El alcanfor, testigo de cada insomnio, me regaló el mismo aroma de tantas otras veces. Volví a poner tu campera sobre mí y traté de volver por mis sueños, pero fue imposible. Siempre es lo mismo cuando te pienso. Cerré los ojos, aspiré profundo y te presentí cerca. Una hoja cayó y me rozó la cara. Una caricia, pensé. Tal vez un beso desde lo eterno. Quién sabe. Preferí creer en eso. Un hielo profundo corrió por mi espalda de pensarte allí. El amor suele tomar formas impensadas, me dije. Agradecí ese eslabón sin tiempo, ni distancia. Pensé en el brillo de tus ojos y se llenaron de brillos los míos. Con la misma necesidad de tantas otras noches, corrí hacia el interior de la casa, fui hasta la sala y me detuve ante el cuadro que mi pincel plasmó sobre una tela. Nunca había hecho nada igual. Quién sabe quién guió mi mano y cargó mi paleta de colores únicos. Toda la belleza que solía brotar de ti, estaba allí, deslumbrándome. Sin explicación posible, todo fue confuso, como si no reconociera como míos esos trazos. Miré las palmas de mis manos buscando explicaciones que no conseguí contestarme. Convencido de estar parado en un punto extremo, el más cercano a ti, apoyé las manos contra el

pecho, justo en el lugar donde un dolor agudo comenzó a filtrarse como una aguja. Me arrodillé. Me hice un ovillo buscando soportar lo insoportable y te vi, entre el sillón y la lámpara de pie, cerca de la ventana. Sonreías, estirando los brazos, como pidiéndome que me acercara. No pude moverme y sí. Por un momento, una parte de mí se retorció en el piso y otra, iba hacia donde estabas. Pude verme desde los dos lados. Un estado de locura y paz pugnaban por ganar mi espacio. Con ansias de ti, me dejé ir, me dejé llevar por tu influjo y, cuando todo pasó, me tomaste de la mano y me invitaste a caminar o a volar, aunque no supe, porque me llenaste de paz. Todo venía de la inmensa belleza que me mostrabas. Tu abrazo, tus besos y tus caricias, al recibirme, fueron mucho más que eso y, antes de irnos, fuimos por la casa, por el parque y nos paramos bajo el alcanfor. Ya no era de noche, ni de día. Sólo se podía observar la luz que emanaba de ti. Y en medio de mi desconcierto, me encendiste. Empecé a ser luz. Primero, tenue, luego fuerte. Entonces agradecí por toda la eternidad a tu lado.

Clara Gonorowsky
(Argentina)

Detrás de la ventana

La primera vez que pasó, los vio a los dos sentados en sendos sillones enfrentados a la ventana y un ventilador de pie que acariciaba con desgano sus raídas melenas.

La intriga golpeó sus ojos y quiso escudriñar más esa habitación de la casa antigua que permanecía adormilada con sus muros grises, con puerta gris, tan gris como los muros, más gris que la tristeza de sus habitantes.

Una mano de bronce envejecido era el pulsador que conectaba el interior con el exterior, un llamador que pocas veces golpeaba y muchas menos respondía a esos golpes.

Se tentó y tomó la fría mano de bronce verduzco y con nerviosismo poco disimulado, pegó un golpe seco, sintió el eco del mismo reverberar tras la puerta y salió huyendo, a grandes zancadas, con la determinación de repetir la aventura.

Al día siguiente, Luciana pretextó necesitar útiles escolares y partió hacia la librería de su barrio.

La vieja casona gris era el lugar obligado por donde debía transitar y esta vez, posó su cara pecosa, enmarcada por dos gruesas trenzas rubias, en el vidrio de la ventana opacado de hollín y tiempo.

Los dos hombrecillos momias permanecían sentados en los sillones de estilo provenzal con aplastados almohadones de gobelino, sus cabellos al aire y sus miradas perdidas en un mundo exterior que ya sentían ajeno.

Esos ojos estaban tan acostumbrados a perderse en el vacío que no divisaron la carita curiosa de la niña.

Luciana, en cambio, pudo recorrer cada rincón del lugar y grabó un mapa de pertenencias, pequeños objetos, antiguos, envejecidos que quedaban como vestigio de una remota prosperidad y con los cuales, luego, armaría diferentes y disparatadas historias.

Así, en un rincón sobre una mesa vestida con un deslucido mantel de raso, una victrola abría su boca enmudecida desde mucho tiempo atrás, ¡Cuántas veladas habrá acompañado con melodías aterciopeladas que arrancaba la púa en su girar continuo!

A su lado, el sillón vienés se mantenía erguido, llorando ausencias vibrantes, risueñas, de niñez con travesura, de adultez con sabiduría y sosiego, de vejez tembleque y amodorrada.

En la alfombra descolorida, que no ocultaba una que otra salpicadura de grasa, en medio de la sala, dormía un gato negro, de melena deslucida, despeinada por los últimos vestigios de aire que movía el ventilador.

Justamente, desde afuera, se sentía el aleteo de las aspas y el ruido monótono de un motor que solicitaba aceite a gritos mientras la carcasa giraba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda con una cadencia acompasada.

La luz era escasa en ese solar pues un enorme plátano colaba los rayos que con desgano ingresaban a poner un poco de color en ese gris brumoso de tristeza infinita.

Así y todo, Luciana grabó una instantánea en su mente prometiéndose volver para ir llenando espacios que quedaban sumergidos en un claro oscuro de intriga. Por ejemplo, un sombrero de fieltro que descansaba displicente en un perchero de roble que tenía una pata quebrada o el bastón, con una cabeza alada de plata en el mango, que se apoyaba contra la pared. La biblioteca era un capítulo aparte pues aunque la niña no alcanzaba a leer los títulos, los lomos de cuero con letras doradas invitaban a ojearlos, a sumergirse con mucha ganas en cada uno y descubrir el tesoro que albergaba.

Y así, sin proponérselo, día a día la jovencita se enfrentaba a ese cuadro decadente, como detenido en el tiempo, pero que en ella despertaba una curiosidad inusitada.

Y los días fueron pasando las hojas del almanaque y el verano intenso dio paso a un otoño salpicado de rojizos y dorados en un paraje donde la naturaleza refulgía su esplendor.

Las hojas del plátano alfombraban la vereda, el ventilador calló su ronca voz pero los hombrecitos encorvados, portando pañuelos en sus cuellos, mantenían el mismo lugar en la sala.

Una mañana un hecho llamó la atención de la niña, en la alfombra ya no estaba el gato enmarañado. Volvió a la tarde y corroboró nuevamente su ausencia. Los buscó en los tejados pero no halló rastro del animal.

Intentó golpear el vidrio para consultar por él pero los viejecitos no la escuchaban pues estaban sordos y no la vieron porque seguían con su mirada fija en la copa del árbol. Golpeó con los puños, saltó delante de ellos pero todos sus intentos fueron en vano.

El otoño se fundó en el invierno y Luciana tuvo una rutina más recortada, Así pasaba los días del colegio a su hogar ya que oscurecía temprano y no le permitían salir.

Con los primeros albos de la naciente primavera, Luciana corrió a la vieja casona y al observar la sala vacía y un cartel de alquiler que colgaba en la fachada, su corazón empezó a latir en forma acelerada. El primer impulso fue prenderse al llamador y golpear con fuerza, con mucha fuerza hasta quedar con la palma roja de tanta presión pero sus llamados fueron en vano pues nadie acudió a responder a los mismos.

Pegó su rostro en el vidrio y mustios, vacíos de toda vida permanecían los sillones mirando la ventana y, en el medio, con aire alicaído, el vetusto ventilador inclinaba su cabeza redonda.

Una lágrima rodó por la mejilla de la pequeña cuando una vecina le comentó que los dos ancianos habían sido llevados a un asilo pues sus familiares habían emigrado y nadie podía atenderlos.

La casa se puso más gris, gris de abandono, de desamparo, tumba gris y el plátano aferró sus ramas al techo para no sufrir igual suerte, para no ser deportado, arrancado de sus raíces centenarias y por ende, no ser condenado a muerte.

Y desde entonces, ahí están los dos sillones vacíos, abandonados a su propia suerte como lo fueron ambos viejecitos de melena raída y ojos perdidos en el espacio. La victrola cerró definitivamente su boca y el sillón vienes quedó enredado en una madeja de telaraña que lo inmovilizó en un tiempo sin tiempo de una eternidad eterna.

Rosa Mionis
(Argentina)

DESDE EL ANDÉN

Ha pasado el último tren y el silencio se adueñó del pequeño pueblo, pueblo que como tantos otros creció arracimado alrededor de la vieja estación. No más de diez casas, una escuela y un almacén de ramos generales.

El atardecer muestra a los habitantes de los grandes galpones cerealeros: las silenciosas lechuzas, las conversadoras palomas y los huidizos ratones. Todos ellos conviven en ese ambiente enorme con grandes ventiluces que al entrar los rayos del sol otoñal, le dan un aspecto de catedral.

Se escucha por las noches el chistido de los mochuelos y algún trasnochador se persigna y corre a través de las polvorientas calles alumbradas cada tanto por un farol.

Riela la luna sobre las lustrosas vías y los aromas de las nocturnales flores se derraman por el pueblo dormido y entran por las ventanas abiertas en las noches de verano.

Llega la mañana y con ella el estruendo de la máquina envuelta en nubes de vapor, seguida de los vagones que conforman una larga línea. Entonces todo cobra un aspecto irreal y las personas se desdibujan, asumiendo unas formas fantasmales.

Las ventanas de la estación se asoman curiosas sobre el andén para escuchar a los apurados viajeros, mientras la nube se diluye en el aire mañanero. Los bancos de lustrada madera y de volutas de hierro son ocupados por los que miran pasar el tren.

Se abre una puerta y el peculiar olor a lacre y tinta se mezcla con otros aromas, indescifrables, pero que están ahí, en esa mañana y en todas las demás mañanas que aún vendrán.

Se escuchan los golpes acompasados de los sellos que dejan su impronta en los azulados papeles y siguiendo el ritmo monótono del punto y de la raya, se va conformando un alfabeto en una cinta blanca y fina de papel, que el hombre que la sostiene entre el pulgar y el índice lo va decodificando. Extrañas letras que comentan sucesos ocurridos en otros pueblos, la muerte, el nacimiento, granizo, inundación, suelta de palomas de carrera, hora de partida y hora de llegada, agua caída, bendita seas.

Golpea las sienes el seco trac-trac que le pone fecha a un pequeño rectángulo de cartón, vía libre para un viaje de ida y vuelta, aunque a veces solamente de ida. Es distinto el ser que porta el pedacito de cartón de ida. Se lo ve nervioso, triste. El no volver al terruño puede ser doloroso.

Camina por el andén, con el ceño fruncido, un hombre vestido de azul, con una gorra de paño del mismo color. Del bolsillo de su chaleco se asoma un reloj con tapa plateada, esperando el momento de ser abierto para mostrar la hora de la partida. Ese señor es el jefe de la estación y siente orgullo al comprobar que todo está en su debido lugar, que todo está limpio y que los trenes cumplen los horarios establecidos.

Cuando una formación está a una distancia regular, todo comienza a sonar. Llega por los rieles el sonido y dentro de las habitaciones lo que está colgado se convierte en alegres cencerros. Poderosa esa negra y humeante mole que llega resoplando hasta quedar quieta, dócil como una oveja. El que la conduce se seca el sudor y también se lo ve orgulloso de su trabajo, como el señor alto vestido de azul.

Suena grave la campana y de inmediato le responde el agudo y sostenido pito del guarda del tren. Y es entonces cuando la enorme máquina se pone en movimiento y tras de ella, obedientes, los grises vagones abandonan la estación llevando en sus entrañas productos de la tierra de donde vienen, impregnando todo el lugar con los aromas dulces de la tierra tucumana.

Al quedar libre las vías, un montón de delantales blancos cruzan bajo la atenta mirada del hombre de azul. Atados al palenque fuera de la estación,

algunos cabizbajos caballos esperan la llegada de los niños, que alegres como castañuelas los van montando de a dos y a veces de a tres.

Ha arribado un tren distinto esta mañana. Bajan los viajeros, humildemente vestidos y con un bolso al hombro, para trabajar en la cosecha del maíz. Son descendientes de los diaguitas, y traen consigo el silencio de una raza dejada de la mano por los demás habitantes de su tierra. Hablan entre sí con un idioma desconocido y han sido los incas sus ancestros. Al terminar la cosecha se les abona el magro sueldo que con tanto sacrificio han ganado. Gastan un poco en ropa y parten en el mismo tren que los trajo, siempre con la cabeza gacha y los ojos negros relumbrando bajo el ala del sombrero.

Llega otro lleno de pasajeros, algunos bajan, otros ascienden, el señor de azul sube para ver que todo esté en su lugar. Luego se dirige al vagón que lleva en su interior grandes sacos repletos de sobres, con coloridas estampillas que murmuran entre sí en desconocidos idiomas los sucesos del mundo.

Una niña delgada, de largas trenzas y bonito vestido se acerca y lee unos diarios que se han desparramado por el piso. Y llora cuando descubre las fotografías de niños vestidos con extraños trajes a rayas detrás de un cerco de alambre.

El señor de la gorra azul le acaricia la cabeza y para consolarla, le entrega un paquete envuelto en papel marrón con muchas estampillas y atado con un piolín y sellado con lacre rojo.

Lo toma con sus pequeñas manos y se sienta en la báscula negra y movediza que desde siempre pernocta en el andén. Las últimas lágrimas se evaporan al abrirlo y ver un enorme libro de tapas rojas. En una de ellas reconoce la figura de Atlas repujado sobre el cuero y que con mucha fuerza sostiene sobre sus espaldas el planeta azul, ese planeta donde no figuran ni guerras, ni exterminios.

El tren, por ella amado, le ha traído un mundo que se deja ver a través de las páginas y lo ha depositado a sus pies.

Alejandro Martín Otero Polo

(Argentina)

LOS FANTASMAS Y SUS RECUERDOS

Es un día de aquellos en los que llueve pero a la vez hay sol. Cerca de las seis de la tarde, el ferrocarril aborda la estación de la pequeña ciudad. Aquel día, domingo, no hay muchos pasajeros en el tren ni personas en dicha estación, por no decir ninguna. Sólo una joven de tez blanca y ojos oscuros, mirada meditabunda y compasiva, quizá triste. De esta joven nadie sabe nada en realidad, y a la vez, por alguna razón, todos en la ciudad conocen su historia. La joven deja el tren y recorre la estación con entusiasmo y satisfacción, el corazón le late porque sabe bien que han pasado muchos años, pero al fin está de vuelta, de regreso en su hogar, en su ciudad natal. Ninguna persona la espera, pero eso no le trae tristeza pura, aunque tal vez sí algo de nostalgia. El tiempo ha pasado ya y de la gente que conoció allí sólo quedan recuerdos. Abandona la estación y camina rumbo a la vieja librería que alguna vez le perteneció a su

padre y que ahora le pertenece a ella, aunque francamente ha estado en soledad y abandono desde hace años. Entre calle y calle se cruza con algunas personas y personajes, en sus caras encuentra recuerdos, ideas y sentimientos, pero al fin no reconoce a ninguno de ellos. Pasa de alguna manera similar con los paisajes urbanos en los que transita, si somos buenos observadores o si tenemos buena memoria, ya habremos notado que las ciudades también envejecen, sus rostros cambian y adquieren nuevas características y formas, como las personas, será que de algún modo también están vivas. La lluvia se vuelve aún más intensa, pero no es capaz de opacar ese aroma de la ciudad, ese aroma que invade a la joven y le pone la piel de gallina. Algunos dirán que en realidad es la ciudad la que reconoce el aroma de la joven, y evocando su recuerdo la atrae a sí misma, yo creo que ella y la ciudad son la misma cosa, son dos piezas de un solo ser y comparten el mismo aroma. Luego de algún rato la joven alcanza al fin la librería, su corazón ahora palpita más fuerte y una mezcla de sentimientos imposibles de dividir la desbordan, pero resiste a la tensión de aquellas emociones y saca una llave del bolsillo. Introduce la llave en la cerradura de la puerta, la abre. Enseguida siente como un antiguo y místico calor la envuelve al entrar. Allí está la librería, con sus varias bibliotecas e innumerables tomos apilados, llenos de polvo y recuerdos. Inmediatamente explota en llanto, y luego en risa, y luego en llanto otra vez. Se adentra a ese viejo mundo y entonces su mirada da con aquel libro, ese que leyó unas cien veces cuando sólo era una niña. Lo levanta y lo hojea, y entonces la música comienza a sonar. Es aquel disco de jazz, el que escuchaba su padre cuando se pasaba el día trabajando allí. Ella deja de ser una joven para convertirse en una niña, sentada en el suelo leyendo su libro favorito. Su padre la llama y ella se dirige al mostrador para atender ese llamado. Se abrazan y él la mima cariñosamente, le dice que después de cerrar el negocio van a hacer ese paseo del fin de semana que tanto ha prometido, ese viaje tan esperado, esas vacaciones que necesita el cuerpo, la mente y el alma de alguien que realmente se esfuerza en el día a día por crecer más y más. Luego le pide que vaya a la tienda de la esquina para buscar algo, sólo ella sabrá qué habrá sido, aunque realmente no tiene ninguna importancia. La niña camina unos pasos hacia la puerta, su corazón vuelve a latir con fuerza y, finalmente, antes de salir, regresa y le da otro abrazo a su padre, uno de despedida. Luego, decidida, se aventura hacia la calle. Pero entonces ya no es más una niña y darse cuenta de ello, aunque ya se lo esperaba, se le hace equivalente a un balde de agua fría que la obliga a despertarse de un sueño perdido en tiempos mejores. Pero la amargura no dura, pues la ciudad sigue allí y ahora la lluvia cesó. Un sol divino y cálido sale a manchar las calles con su luz dorada, casi surrealista. No hace ni frío ni calor y todo se halla en completo silencio, en completa armonía. Resuelve que ha de estar en el paraíso, si es que algo como eso existe, o quizá ella misma fue

quien lo ha creado para sí misma. Con la mente en paz camina hacia el horizonte marcado por el cielo y la avenida hasta esfumarse. Y con ella se esfuma un pedazo de la ciudad y un pedazo de la gente que la conoció, también de la gente que conoce su historia y de quienes la conocerán. Muchos lo cuentan como si lo hubieran visto con sus propios ojos, otros lo cuentan como una bella leyenda o una simple historia del barrio. Lo cierto es que el ferrocarril ya no corre hace varios años y la estación ya no es estación. También es cierto que la librería ha desaparecido con el paso de tiempo, cambiando de dueño constantemente, la vida sabrá cuáles de ellos habrán podido reconocer el poder que esconde aquel lugar. Y ahora uno se preguntará si realmente era la joven la que sentía nostalgia en un principio por regresar a su ciudad, o si en realidad es la ciudad la que siente nostalgia y melancolía por la joven que ya no viene a visitarla. Algunos poetas, soñadores y jóvenes filósofos urbanos dicen que la ciudad veía su propia juventud en aquel rostro femenino, meditando y compasivo, y es por eso que al desaparecer también desapareció parte de ella, parte de su alma, parte de sus años, parte de su cuerpo, parte de su verde y su gris, parte de todos.

Elsa Teresa Pohl

(Argentina)

LA SIRENA

Simón dejó atrás el sofocante mediodía que ya rozaba los 36 grados. Cómodamente sentado frente al timón escucha el concierto de Aranjuez. Observa el planear de las gaviotas y sus lanzamientos en picada para buscar el alimento apetecido. Esa mañana tuvo otro de los muchos altercados con Blanca, su esposa. Ya no la soporta más, no soporta su carácter histérico, los celos, su frivolidad, las partidas de *bridge* que juega casi todas las tardes con sus amigas, las cirugías estéticas que se hace buscando perfeccionar lo que no se puede. Hacía dos años que había muerto Rocío, su noviecita del secundario, a consecuencia de un aneurisma y nunca la pudo olvidar. El hecho lo había sumido en una gran depresión, por la cual debió ir al médico, tomó dos antidepresivos. Recuerda las palabras de Borges: *Esa mala costumbre que tiene la gente de morirse*. Y su madre que seguía con la misma insistencia: *querido, por qué*

no te buscas una buena esposa, tienes que ordenar tu vida". Fue así cómo una noche, después de rondar por varios cafetines, terminó en el salón de baile del club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires. Ahí estaba ella, Blanca, esperando que la sacaran a bailar. Era delgada, elegante, con unos enormes ojos oscuros resaltados por el maquillaje, centellaban bajo las luces del salón. Él se acercó y con una inclinación de cabeza la invitó a bailar. Rodeó con su brazo la frágil cintura y con cortes y quebradas giraron bajo los acordes del cuatro por cuatro. Ella era dócil y sabía acompañarlo. Luego siguieron las milongas y los valeses que los envolvieron en un éxtasis delicioso. La "mina" me gusta se dijo y le pidió una cita que luego fue seguida por otras invitaciones: cine, teatro, restaurantes. Ella se mostraba cariñosa, dulce y él cayó como un chorlito.

La boda se realizó con toda pompa en "La Inmaculada Concepción" de Belgrano y el viaje de luna de miel la pasaron en Bariloche. Muy pronto comenzaron las desavenencias entre ellos. Lentamente se fue agriando su carácter volviéndose taciturno. Ahora, mientras la brisa marina acaricia su cara piensa con serenidad y llega a la conclusión de que la ruptura es lo más conveniente para ambos, le pedirá el divorcio. Después concretará uno de sus grandes sueños, recorrer el mundo, Roma, Viena y sus palacios, Rusia. Podría luego podría radicarse en Francia, allí revalidaría el título de ingeniero. Vuelve a pensar en Rocío, era tan linda con sus grandes ojos azules, con sólo mirarlos le transmitían sosiego, y ese carácter dulce, alegre. Si no hubiera muerto se habría casado con ella. La recuerda juntando caracolas en la playa de Mar del Plata, su risa cristalina al ver escurrirse las almejas del hueco de las manos, verla nadar en el mar era ver a una sirena. Tenían tantos proyectos para el futuro, comprarían una linda casa en Mendoza, cerca de las montañas y no pararían hasta concebir por lo menos cuatro hijos había dicho. De pronto un estruendo lo saca de sus pensamientos. A lo lejos ve el cielo ennegrecido y unos refucilos que lo atraviesan. Recuerda la noticia de hace unos meses, aquel diario publicó sobre el naufragio de un yate en medio de una tormenta donde había muerto una pareja de recién casados, a quienes él conocía.

Decide regresar. Gira el timón pero a los pocos minutos se ve en medio del temporal. Un viento huracanado con rayos, relámpagos y truenos lo rodean. Trata de maniobrar desesperadamente para mantener el equilibrio de la nave. El oleaje embravecido la golpea con violencia bamboleándola frenéticamente. Las puertas se abren y cierran sacudiéndose al unísono con el viento. Las aguas anegan la cubierta y arrastran los objetos al mar. Poco a poco la cabina se inunda. Un rayo que cae cerca del hombre le muestra una escena dantesca. Viendo que la embarcación comienza a zozobrar, en un último intento de supervivencia, saca de abajo del asiento el salvavidas y se arroja al mar. Siente el frío de la muerte correr por las venas. En medio del eco de la borrasca ve a sus espaldas cómo la voracidad de las aguas va tragando poco a poco la embarca-

ción hasta que el mástil desaparece. Vencido por la fatiga cierra los ojos y se deja llevar. Tiene conciencia de que una nueva percepción le agudiza los sentidos. De pronto oye un sonido agradable, extraño, cada vez más cerca. Es un din-don, din-don a un ritmo regular con intervalos de silencio que le transmiten una sensación de plenitud indescriptible. Al instante ve acercarse una sirena con cola de nácar. Los cabellos rubios flotan sobre sus hombros, las mejillas son de un rosado aterciopelado, la piel blanca parece transparente y los ojos, grandes y azules lo miran con dulzura ;pero si es Rocío! grita embelesado. La ondina lo toma de la mano y lo lleva arrastrándolo por bosques verdes y plantas de corales mecidos por las aguas hacia el fondo del mar. Atraviesan una avenida de madreporas, un cardumen de peces dorados se abre para dejarlos pasar, observa extasiado criaturas fabulosas de formas sorprendentes y colores insospechados, se ondulan con gracia infinita produciendo irisados destellos. Ejecutan danzas mágicas con la elasticidad de sus cuerpos enroscándose y desenroscándose. Tres sirenas con liras y flautas se unen a ellos en el último tramo con un canto sublime. Llegan a una casa de cristal e introduciéndolo lo recuestan sobre un lecho de algas azules, más azules que el mar. Varias sirenas se aproximan a él llevándole ramos de corales y estrellas de mar de distintos colores. Mira a través de los cristales, un pulpo rojo oscuro flota con elegancia y extrema lentitud, le hace un guiño y se aleja en la negritud de su universo. Dos hipocampos bailan su danza nupcial y una tortuga gigante eleva una de sus patas delanteras a manera de saludo y se va. Todo su cuerpo se ve invadido por un estado de embriaguez que lo sumerge en una maravillosa paz.

Luis Alberto Portugal Durán

(Bolivia / España)

SENDERO

Seguí el sendero sin mirar atrás. El cielo estaba obscuro, las nubes durante todo el día habían jugado con el tiempo. Lluvia, viento, granizo. Cada vez el paisaje se volvía impenetrable a la vista, los árboles y la frondosa vegetación dificultaban orientar mi ascenso, no sabía a ciencia cierta si coger la derecha o la izquierda o ir en línea recta. El cansancio agotaba mis fuerzas y sólo el rumor de las olas que se agitaban a lo lejos y se estrellaban contra el acantilado me daban la sensación de estar a punto de lograr mi propósito: alejarme del mundo. Bajé la mochila de mi espalda para beber algo de agua fresca que llevaba en la cantimplora. Limpié el sudor que me manaba de la frente. Mis piernas parecían pedir a gritos un breve descanso. Miré el infinito de la tarde que se apagaba entre las hojas de los árboles. Bebí un buen trago sediento, limpié mis

labios con el antebrazo y oí algún pájaro que revoloteaba por los alrededores. En mi muñeca aún tenía la marca del reloj pulsera, en aquellas circunstancias estaba seguro que no necesitaba del tiempo ni nada que me lo recuerde. Una de mis botas ya tenía la rotura del caminante. Me incorporé, ajusté la mochila otra vez y continué con mi viaje. Pasé dos horas más cuesta arriba, intenté recordar las viejas enseñanzas de los maestros budistas: "deja de pensar e intenta penetrar el vacío, la nada". Mientras lo hacía me alejaba cada vez más y más de la civilización, del mundo, del ser humano. Necesitaba hacer aquello. Como probablemente lo necesitó Zaratustra o Cristo o Buda. Llegué a un arroyo donde se reflejaba un rayo de luz que seguramente moría al otro lado del horizonte. Rellené la cantimplora, me refresqué un poco y continué subiendo por entre unas rocas que daban a un río seco. En aquel paraje solitario mi canto retumbaba en las paredes de roca y el eco me devolvía a la seguridad de continuar con vida. Una antigua canción de un pueblo al que una vez visité hacía ya muchísimos años: Machinerí, de no más de 38 habitantes. Un población que tal vez ya ni siquiera exista, o el más viejo de ellos estará a punto de morir. Al llegar a la cima observé a lo lejos una entrada a una especie de socavón o un túnel, quizá un antiguo bunker de alguna guerra donde murieron muchos guerreros. Esperé un buen rato a retomar fuerzas, limpiar mi sudor, beber algo más de agua y descargar mi vientre entre los arbustos. Nuevamente el aletear de aquel pájaro me obligó a alzar la vista al cielo donde se había juntado las nubes más negras. Caminé decidido a ver de qué se trataba. Entré a través de los matorrales a ese socavón y avancé lentamente aventurando mi curiosidad. Encendí mi linterna abriéndome paso por aquella oscuridad hacia lo desconocido. Descubrí unas escaleras y luego otras y otras que iban y venían; subían y bajaban, un laberinto impredecible. Afuera se oía el sonido de la tormenta con tal intensidad que hubiese doblegado al más temerario de los humanos. No sabía por dónde ir, alumbré las escalinatas, todas llenas de barro, anegadas o rotas.

Subí por las de la izquierda alumbrando cada paso que daba, más allá de la luz no se veía otra cosa que una profunda oscuridad, temibles tinieblas a las que cualquier persona hubiese rehuido por simple prudencia; sin embargo, mi alma necesitaba alejarse cada vez más del mundo. No me importaba dónde llegaría y qué es lo que encontraría, ya nada me haría volver atrás. Cuando llegué a lo más alto de aquellas escalinatas descubrí que a la derecha había otro laberinto de escaleras, a la izquierda el descenso a una oscuridad más terrible que la anterior. En línea recta el panorama se volvía más desolador. Fue cuando la luz de la linterna se apagó. La golpeé varias veces para que volviese a funcionar, pero fue imposible. La oscuridad me invadió por completo. No lograba ver absolutamente nada. Comencé a temblar y sudar copiosamente. El terror se apoderó de mí. Instintivamente me apoyé contra uno de los muros,

mis manos tanteaban por todo lados, grité como loco pidiendo auxilio. El eco rebotaba como si se tratase de un proyectil que venía en mi búsqueda. Traté de calmarme, después de todo era eso precisamente lo que yo había venido a buscar, alejarme del mundo. Nadie me oiría, era como darle sentido al Koan Zen que dice que si un árbol cae en el bosque ¿existe el sonido de su caída? Mis pies retomaron el paso y fui caminando sin saber si iba a la izquierda o a la derecha o si realmente saldría de allí. Quedarme y morir de hambre o sed, nadie encontraría mi cuerpo; nadie, en su sano juicio, imaginaría siquiera que alguien se hubiese atrevido a avanzar por entre semejante peligro. Dejé que el libro de la vida se ocupase de escribir las últimas líneas de mi historia.

No sé cuántas horas pasó desde que la linterna había dejado de funcionar o si estuve allí caminando por días, semanas, o solamente duró un par de horas o un segundo; perdí la noción del tiempo y el espacio. Mis recuerdos me venían a la mente como si estuviese viendo una película donde el protagonista era yo mismo. Vi mi infancia, juventud, vendiendo mi casa, coche, coger la mochila, la salida del tren, la montaña, la tormenta y emprender el viaje por aquel sendero en la búsqueda hacia mí mismo. Vagué por aquel oscuro laberinto hasta que oí aquel pájaro chillando a lo lejos, el rumor del mar que se estrellaba en su oleaje contra un acantilado. Corrí desesperado e inesperadamente resbalé en un lodazal y me fui cuesta abajo, como en un tobogán. Despeñé largo rato hasta que mi cuerpo se detuvo de golpe y ante mis ojos heridos el mundo volvía a resplandecer, gradualmente, en toda su grandiosa belleza...

Isabel Hernández

(Chile)

EL DESCONCIERTO DE CLARA

La Fantasía en Do Mayor Op. 17 de Roberto Schumann, editada en Bonn en 1838, fue concebida como una sonata para piano en memoria de Ludwig van Beethoven. Pero tras uno de sus habituales altibajos anímicos, el compositor cambió de opinión, y la obra terminó siendo un tributo de amor para Clara Wieck, con quien Schumann se casó dos años más tarde.

–¡Siempre desconcertante Schumann!... ¿Sabías que padecía de un severo trastorno bipolar? –me dijo Roberto controlando por encima de mi hombro las frases del libro que yo estaba leyendo. Era propio de su estilo hacer interpretaciones eruditas, instalándose siempre en el terreno de los otros.

–Sí –murmuré, apretando los labios y me pareció escuchar en mi voz un lastimoso canto polifónico, un reprimido coro de protesta.

–Era consciente de sus desequilibrios y murió perseguido por un “*la sostenido*” –insistió caminando a mi alrededor–, y el libro terminó descansando sobre mi falda. Para incomodarme, Roberto apelaba al talante de un catedrático, como buen profesional de la psiquiatría, insensible, severo.

–Sí –repetí– pero supo interpretar la belleza del mundo a través de la escritura de cada una de sus notas.

–Por eso, mi querida Clara, Schumann concibió dos personalidades artísticas imaginarias: A una de ellas la llamó Florestán y era la de un creador pasional e improvisado. A la otra la denominó Eusebio: un pasivo-melancólico. Según cada estado de ánimo, solía firmar sus composiciones musicales.

–Sí –repetí con fastidio– pero supo interpretar la belleza del mundo a través de la escritura de cada una de sus notas –y quise transformarme en un pájaro de alas grandes y levantar vuelo hacia un océano sin límites.

En toda historia hay un silencio, una mirada oculta, algunas palabras que se callan. En verdad, era muy poco lo que entendía Roberto de mi vida, de mis preferencias, de mis contradicciones como intérprete estable de la Orquesta Sinfónica, pero bien conocía mi odio por las palabras huecas y por la arrogancia de cada una de sus interpretaciones. Porque las repeticiones infinitas ya se habían tornado inocuas y porque Roberto no dejaba de criticar mi obsesión por la belleza de la música.

Tedio, desencanto. Y volvió el libro a la estantería.

Después vino el silencio. Y después del silencio vino el amor.

El encuentro de los cuerpos es siempre anterior a la reconciliación de las voluntades.

Aquella cama resultó un recipiente vacío. Yo era apenas un náufrago de los mares de la subsistencia y el fracaso. Una pobre infeliz que todavía no había logrado olvidar mi larga historia de desencuentros.

Ya no quise hablar de la música, ni de la belleza, ni de la vida de los otros.

Abrí los ojos y miré un rincón del techo. Sobre el ángulo que se formaba con la pared del ventanal, vi una pequeña araña que, pacientemente, tejía y tejía su tela.

A oscuras y en silencio, añoré los años de mi juventud, una juventud con deseos.

Había vivido olvidando y, pese al paso de los años, todo había sucedido rápidamente, sin respiro y sin orden.

Dije lo inoportuno:

–Voy a volver a la Fantasía de Schumann, voy a sentarme frente al piano.

–No lo hagas, Clara –Roberto trató de retenerme, imperativo.

–¿Y quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

—Clara... ¿hasta cuándo vas a seguir revolviendo las tumbas?

Me levanté, desnuda, como interpretando una obra teatral escrita contra el olvido. Salí de aquel dormitorio y fui a la sala. Buscando a tientas, abrí y removí puertas y cajones, hasta que encontré la vieja foto amarillenta, la imagen de un hombre joven, el recuerdo de una piel caliente, la belleza en el tacto. Acerqué la imagen al piano, la miré como si no la hubiera visto nunca, la apoyé sobre la madera y sentí una alegría desbordante.

Era el vértigo del tiempo que regresaba.

Las notas escritas por Schumann volvieron a mi memoria y sentí mis manos inequívocas, ágiles. Desde los primeros compases renació la intensidad de Florestán. Y el motivo, la frase musical, las cinco notas de la escala descendente, enmudecieron otra vez bajo el ruido ensordecedor de las botas militares marchando, antes de la explosión, antes de las metrallas. Volví a caminar por las calles de Santiago y llegué a aquella noche oscura de octubre del setenta y tres. Ví la pared de primavera sobre la que cayeron Florestán y Eusebio juntos, uno al lado del otro. Un solo hombre muriendo en la infelicidad de su corta vida, entre las ilusiones del amor y la belleza, entre la música y la lógica de las trincheras.

Era el mismo paredón en el que debí haber caído también yo, si la pasión hubiera sido heroísmo y no cobardía, si mis manos no se hubieran entregado a las notas muertas de la Fantasia de amor de otro muerto, escritas un siglo y medio atrás; si esa noche yo no hubiera decidido instalarme en la melancolía y abandonar las notas de la euforia.

En la sala, en toda la casa, la música siguió arrollando, con la fuerza y el ardor del primer movimiento. Los arpegios por momentos no dominaban el desborde y, otras veces, eran lípidos, suaves, incapaces de controlar la tristeza. El *“la sostenido”* irrumpió de nuevo y sentí los dedos fríos, se heló mi mano derecha sobre el teclado. Con la izquierda acaricié la vieja foto del hombre ausente para siempre, apoyada sobre la caoba del piano.

Cuando la escala descendente se opacó con mi llanto, enmudeció el motivo musical y empujé al suelo el retrato. Lo pisé, lo estrujé, lo levanté, lo destrocé sobre el cesto de la basura. Con la misma exaltación quería despedazar la sombra y los recuerdos. Quería enterrar la insensatez de una historia de amor junto a lo que quedaba de la juventud de esta otra Clara Wieck.

Regresé al dormitorio y me recosté sumisa junto a Roberto; el sueño me fulminó como una droga cálida, benéfica.

Y nunca más volví a ejecutar la más bella de las sonatas de Schumann.

Andrés Felipe Herrera Almanza

(Colombia)

SU ROSTRO DORMIDO UNA MAÑANA DE DOMINGO

Yo llamaría belleza a una forma personal de felicidad. Tiempo, espacio y sujeto coinciden ante una provocación, la obra del universo que se refleja un instante en la impronta profunda, en la psiquis, la misma que comanda vidas a favor de instantes que satisfagan esa hambre del alma. A la hora de la verdad, esa belleza que suple esa necesidad superior, metafísica, es el tesoro más preciado de cada uno y a un tiempo motor generador de cada acción emprendida.

Esta belleza es un conjunto personal, virtual e inestable. No hay quien no

atesore una felicidad, y los cofres, albergan contenidos tan heterogéneos que no hay dos iguales. Unos guardan una imperceptible debilidad por la canela o los trazos cortos de Van Gogh; un inexplicable gusto por el bermejo o el blues que habita a los Stones; el mío, una mañana que un pliegue de sol dominical dibujó una línea en el rostro dormido de mi novia. Lo bello, es todo aquello proclive a ser parte del tesoro. Son todas las cosas que comparten rasgos con la belleza guardada y anhelada. Cuando el alma identifica en la obra, la persona, el acto o la omisión esas características tan estimadas, una atención inconsciente que nace del fondo del espíritu inicia una búsqueda de más rasgos que afiancen esa belleza insinuada por el intruso, una que desemboque finalmente en la aprehensión final de su idea, su recuerdo o su ausencia.

Por eso la felicidad es proporcional a la belleza, porque lo bello fue el catalizador de algunas alegrías. En algunos el cofre tiene el tamaño de un grano arena, en otros es insondable y se dilata como el universo.

Conocí alguien a quien no le gustaban las películas, tampoco la lectura. No tenía un platillo favorito, como tampoco le daba importancia a la música, ni a las personas, ni a sus sueños. No deseaba conocer ningún lugar del planeta y decía que todo estaba y seguiría estando mal. Ignoro qué le pasaba. También conocí una joven que recién había llegado de España. Me contó que se había quedado sin aliento al ver la influencia mora en Córdoba. También le encantaba la obra de Diego Rivera y tuvo la oportunidad de ver algunos murales en el DF. Tenía un olfato refinado y me llevó a una tienda de esencias capaces de mediar entre el destino y lo humano. Me contó sobre los lugares que había conocido, pero sobre todo de los lugares que le faltaba por conocer. Una certidumbre se me reveló ese día.

Supe que lo auténtico corre el riesgo de ser amado. Que cualquier expresión genuina del alma es proclive a ser bella pues podría identificarse con otra aunque su manifestación sea terrible. Lo que confiere al arte su estado, a una sonrisa la atención de quien no puede dejar de mirarla, no es en sí misma su forma, o su color, su tangibilidad, como el corazón que late debajo de ellas anunciando una conmoción tectónica. Lejos de ser una cuestión estética, la belleza responde a un estado primigenio, llamaría instintivo. Las personas que considero bellas, acogen tesoros nebulosos, abren la caja y dejan reverberar las emociones de instantes que reclaman un sitio en los sustratos.

Recuerdo una noche en el camino a casa, que un hombre se balanceaba casi a tumbos. Se movía como buque en la tormenta, pero con ese aire despreocupado del que está acostumbrado a la intemperie. Su barba era tupida y su piel cuarteada por el sol, un olor a alcohol derramado por su ropa sucia lo antecedió, y lo que más llamó mi atención, de un cordón que envolvía su muñeca remolcaba una guitarra estrellada desde siempre contra cada escalón y cada desnivel del camino como si fuera un antiguo carro de juguete.

El sujeto se detuvo. Agarró su destemplado instrumento y comenzó a pulsar las tres exiguas cuerdas que le quedaban. Cantó una canción sobre las alternativas a la abstinencia sexual cuando no hay pareja. Su voz sonaba a años de nicotina y aguardiente industrial ligeramente acompasada por las cuerdas graves que amenazaban con estallarse en cualquier momento; su tema era procaz, su apariencia de cavernícola urbano, su carisma avasallador y su canción un blues doloroso. Cuando terminó, un aplauso apoteósico retumbó en círculos concéntricos de espectadores conmovidos. Hizo una venia y siguió su camino a ninguna parte arrastrando su guitarra-colador por las calles de la ciudad.

Entonces me pregunté, si la Sinfónica de Viena hubiese interpretado la melodía tutelar de esa noche, de qué belleza estaría hablando o si estaría hablando de belleza. Ese hombre me hizo pensar que a la belleza puede faltarle técnica y rasgos, pero debe sobrarle corazón. Y no digo que la Sinfónica no deje su alma en el ruedo, pero lo bello es bello si hay quien lo aprecie como tal. De ahí que la belleza se subordine a las coyunturas de los hombres y las mujeres, y no al contrario. No es algo que se pueda definir porque hacerlo, es proponer una especie de Aleph borgeano y ficticio, que abarque de una sola mirada la felicidad que existe en las mentes y los corazones.

Las bellezas de mi cofre marcan un antes y un después. Guardo el agrado de una compañía, o una atracción por la prosa descarnada y con ella, una pila de autores que de vez en cuando reviso con pasión. Tengo un aprecio fiel por la frugalidad, el rock, las almas libres y las perspectivas amplias. Algunos dirán que la vida destinada a la belleza es una vida bien vivida. Yo soy uno de esos. De los que cree que una persona vale atravesar una ciudad por el simple hecho de guardar un recuerdo que la incluya, como vale la pena una caricia al paladar, por cierto el catalizador de una de las bellezas más notables. Es una cosmogonía del incorporar, jamás conforme con toda la fortuna que una vida pueda amasar y ahí radica su verdadera riqueza. Esas vidas son las vidas bellas.

Ericka Amador Gómez
(Costa Rica)

RECUERDOS

El viejo edificio de pared de ladrillos y ventanas con barrotes entrecruzados, tiene anuncios adheridos al vidrio que prometen los mejores precios y ofertas de temporada; uno especialmente llamativo, explica cuáles son los horarios de atención, de 8 a 5. Las figuras indistinguibles que caminan por el frente en diferentes direcciones, son casi una mancha en movimiento. Pero dos mujeres sobresalen en este escenario. Dos mujeres de mediana edad. Dos gotas de agua; los ojos, la sonrisa y para quienes las conocen, también los gestos e inclusive el alma: dos hermanas. Se abrazan y sonríen con ojos a punta de lágrima. La menor, recuesta su cabeza sobre el hombro de la otra, su felicidad

evidente. Ella lleva en su mano un anillo que era de su abuela. La otra, le abraza con una mano, pues en la otra sostiene una maleta. El abrazo contiene sin embargo, la fuerza de los mil días que tienen de no verse. Es un recuento.

El carro definitivamente pertenece a otra época y es hasta un poco difícil distinguir cual había sido su color original, pero en ese momento era nuevo y llenaba de orgullo a la pareja. Una joven hermosa, con una pañoleta en su pelo, está de pie frente al carro. El sol enfrente de sí, le hace arrugar la cara y llevar una mano sobre sus ojos para tapar un poco el brillo, pero la sonrisa es grande y ancha. Su otra mano se coloca de forma protectora sobre su abultado vientre de embarazada. Otro par de manos le acompañan en la caricia, las de un hombre. Él se encuentra sentado sobre el capó del carro detrás de su esposa y su sonrisa casi opaca la de ella. Va a ser una niña.

Los tres pares de piernas estirados sobre la arena pertenecen a dos adultos y un niño. El niño está en el centro y las plantas de sus pies llegan apenas a las rodillas de las dos mujeres que le acompañan; su madre, la que tiene el tatuaje en su tobillo y su tía, la que se pinta las uñas de negro. Los tres tienen arena sobre la piel bronceada y la sombra que les cubre les proporciona un poco de frescura. Frente a ellos, el mar y el cielo compiten por ver cuál de los dos es más azul y en la competencia, el horizonte es quien se pierde. No hay nadie más alrededor. El mejor día de verano.

Un jardín está lleno de hojas. Un hombre mayor está acucillado. Usa una camisa blanca y anteojos de sol y sonríe orgulloso viendo hacia abajo. Su atención está centrada en el animal que tiene a su lado. Lo está abrazando tal y como abrazaría a una persona. Es una labradora de color café y ojos amarillos. Nobleza no es el nombre de la mascota, pero bien lo pudo haber sido; su dulzura inigualable. Se entretuvo jugando con la manguera del jardín y su pelaje está empapado. Su lengua rosada y jadeante comprueba que no solo el día es caluroso sino que jugar con el agua le resultó agotador y divertido, pero recibir la atención de su amo no tiene comparación alguna. Diversión en el jardín.

El mantel de la mesa tiene diez años de ser el mismo. Flores grandes, amarillas y rojas distribuidas en un patrón indistinto. Sobre la mesa está un pastel y sobre el pastel una candela encendida. Atrás se puede ver claramente la cara de una mujer, de pelo blanco y corto, con la cara arrugada de sabiduría, que mira fijamente la candela mientras que apunta los labios en dirección del pastel. La gente a su alrededor aplaude con la manos, tienen todos gorros de fiesta y alegría en los ojos. La canción que entonan es en celebración de la vida de una

persona especial. El pastel es de almendras, su favorito.

La belleza real y genuina en ocasiones se oculta, no le gusta que le observen. Se esconde y le encanta sorprendernos en medio de nuestra rutina, sin aviso. Hoy, sin embargo, la tengo frente a mis ojos y me mira desde del papel fotográfico. Hoy, no me tomó por sorpresa, pues fui yo quien salió a buscarle, en su rincón favorito de la oficina de mi padre. Buscaba la calma que sabe transmitir. Desde colores desgastados o brillantes, desde esquinas arrugadas y modas distintas, me mira pura y cristalina, sin diluir. Su efecto es inmediato y le devuelvo la sonrisa. Acaricio con los dedos los rostros en sus versiones más frescas y escucho su mensaje silencioso. Porque hay belleza en el recuerdo. Belleza, que en su forma intangible, no envejece, no se arruga, no se mancha, pero que se transforma y nos suspira al oído palabras de aliento. Belleza en las historias que no presenciamos, pero que nos han contado tantas veces que sentimos que nos pertenecen, que fuimos protagonista. Belleza hasta en la añoranza que se siente cuando vemos los rostros de los que ya no están con nosotros, ese jalón que estruja el corazón en una combinación de alegría y tristeza cuando se extraña a un par de ojos dulces. Belleza también en las cosas que fueron pero que ya no lo son más, porque el cambio se abrió camino en su paso implacable. El recuerdo es belleza en su versión más sutil y callada. Es alimento. Es bálsamo. Es aroma a pasado que llena los pulmones de un aire familiar y precioso.

Con una sensación de arraigo que se desbordaba por mis poros, salí de la oficina de papá con el alma renovada. En la casa de mis padres los recuerdos abundan y por eso es mi lugar favorito del mundo. Como ha sido mi costumbre, me detengo en la primera grada del segundo piso. Antes de bajar, coloco mi mano sobre la madera de la barandilla, mis dedos reconocen la superficie y cierro los ojos. Escucho pasos y luego... la voz de mi madre. Y pienso, la belleza también tiene sonido.

Juan Miguel Cruz Suárez

(Cuba)

LA VOZ

Cuando la lluvia comenzaba a golpear las azoteas, solía refugiarme en el lugar más apartado de la casa donde el grueso de las paredes mitigaba un poco el ruido de las aguas y lo convertía en un murmullo sordo, casi lejano.

Necesitaba de ese silencio para escuchar “la voz”. La voz había aparecido dentro de mí hacía ya bastante tiempo, cuando la adolescencia se extinguía y las inquietudes de la juventud me llenaban de energías y planes. Nunca conté a nadie sobre el suceso porque eso de escuchar voces suele ser tenido como

síntoma irremediable de locura y casi con seguridad habría desatado la burla de los que me conocían y la preocupación inmediata de la familia.

Pero la voz existía y solo se hacía presente cuando llovía; no era gutural como los efectos que usa el cine para casos similares; no era parecida a la de ninguna persona conocida, ni podría haber asegurado que fuese enteramente de hombre o de mujer, era sencillamente una voz pausada y definitivamente humana.

No se trataba tampoco de la llevada y traída voz de la conciencia o el repiqueteo de mis propias palabras como un eco dentro de la cabeza, ella tenía vida propia y decía cosas que no eran producto de mis ideas o deseos, acostumbra a hablarme de muchos temas e incluso alguna que otra vez recitaba poesía y hasta reía melodiosamente, aunque en ocasiones le notaba un aire de tristeza; una sensación de nostalgia por algo o por alguien.

Cuando paraba de llover se rompía el hechizo y solo con el próximo chubasco volvía con su diálogo inteligente. Hubo ocasiones en que, aun estando dentro de recintos donde resultaba imposible adivinar el estado del tiempo, yo sabía que estaba lloviendo porque la voz acudía como un anuncio infalible.

Toda la literatura que había consultado buscando una respuesta me conducía al campo de la siquiatria y como estaba seguro que por allí no andaba el tema terminé por dejar de buscar respuestas y aprendí a convivir con mi gran secreto y a disfrutar de ese hermoso privilegio; sin embargo, la cosa tenía también sus complicaciones pues la voz era ajena al mundo exterior y poco le importaba si yo estaba solo o acompañado para iniciar su plática lo cual me obligaba a mantenerme —siempre que podía— en solitario durante las lluvias.

Algo debieron notar las personas a mí alrededor porque poco a poco fui ganando fama de taciturno e incluso algunos juraban haberme visto reír o susurrar a solas, pero yo no hice mucho caso a los comentarios.

Llegué a sentir un profundo desprecio por las épocas de sequía y me iba con frecuencia a lugares cercanos donde era visible que caería un aguacero, perseguía los pronósticos meteorológicos y con gusto me habría mudado al monte Waialeale en Hawái, donde según dicen llueve todos los días del año.

Pero mi realidad era otra y como hombre común iba al trabajo cada día y perseguía los ómnibus repletos donde a veces me sorprendía alguna llovizna y yo maldecía la multitud que impedía escuchar algún breve mensaje de la voz.

En uno de esos viajes de regreso a casa, bastante tarde, había logrado por obra de la noche alcanzar un asiento usualmente destinado a personas con alguna discapacidad, pero como tenía dos plazas y solo una estaba ocupada, allí me acomodé junto a una joven realmente hermosa que no parecía por su aspecto tener algún defecto visible y que tal vez también aprovechó la oportunidad de irse sentada.

El viaje siguió con su rutina en medio del silencio y del ronronear adormecedor del motor, ojalá hubiese llovido, decía para mis adentros, así al menos habría tenido mi voz porque mi compañera de asiento resultaba inmutable o al menos ese fue su comportamiento hasta que unas paradas antes de la mía le tocó descender y con un gesto sorpresivo, cuando se marchaba, me miró fijamente, sonrió y apretó levemente mi mano. Yo no tuve tiempo de reaccionar, ella se apeó con agilidad y el viaje continuó sin más incidentes.

Aquel suceso en el ómnibus no se me apartaba de la cabeza, una y otra vez acudía la imagen de la desconocida y aquel gesto inusitado. Algunos relámpagos lejanos presagiaban lluvia y me fui temprano a la cama listo para el diálogo acogedor. En plena madrugada me desperté sobresaltado, nervioso, incrédulo. Afuera caía un verdadero diluvio y dentro de mí cabeza reinaba un silencio increíble. Me levanté y me eché un poco de agua fresca sobre el rostro, me desperecé y abrí la ventana; llovía y no estaba la voz.

No estuvo esa noche, ni la otra en que también llovió, ni el domingo en que llegó un ciclón y demoró tres días en que bajaran los ríos.

Triste marché al trabajo agobiado por la rutina y por el dolor de mi pérdida y estar tristes es más complicado que el cubo de Rubik, es una cabrona situación que nos pone a vivir como una abeja en un recipiente de cristal con la tapa agujereada; nos falta el aire y volamos a tientas descubriendo que la realidad del otro lado del vidrio sigue siendo bonita, pero no la disfrutamos. Produce daltonismo y se te pierden los colores que más se necesitan, desata muchos vicios y tu estado de ánimo se bebe con hielitos; vuelve loco a los médicos y enriquece a los brujos. Nos duele como una gran pedrada que alguien nos dio de noche.

Seguí regresando de noche, solitario y sin comprender lo sucedido, hasta que unas semanas después al montar en el ómnibus y notar que solo permanecía sin ocupar el espacio que aquella noche tenía la joven, dudé en sentarme por el letrero aquel de los discapacitados y la probable llegada de alguno de ellos, fue entonces que el chofer me fulminó con una frase estremecedora: puede sentarse, no tenga pena, ese era el asiento de la joven muda, pero ya no lo usa más, me han dicho que encontró su voz.

Isolda Anta Fuentes

(Madrid, Comunidad de Madrid, España)

EL VUELO DE ESOS PÁJAROS NEGROS

El vuelo de esos pájaros negros que atiborran el cielo charro con portentosa seguridad, como con un objetivo inminente que cumplir en ese proverbial segundo, me recuerda siempre a ti, tal vez porque los pájaros seguros y confiados, maestros de piruetas y giros inesperados, no tienen un rumbo fijo que seguir, porque su imperiosa necesidad de llegar al sitio exacto en su corto y alado trayecto, es siempre imaginaria. Tú eres uno de esos pájaros de aero-

puerto con billete de ida y vuelta a cualquier parte del mundo en la que quizás no te encontrarás contigo.

Caminas seguro y colonizas con cada pie el mundo en el que yo viví provisionalmente, pero me asusta el destino, tu rumbo, la meta de tus pequeños y cortos trayectos. Me asustas tú, diez años después estoy en derecho de confesármelo aunque lo haga en voz bajita a veces y es increíble observarte buscándome a través de las columnas, me gusta salir de cualquier escondite sin luz y pasearme por el palacio y ver tu mirada complacida, dándome un absoluto beneplácito para moverme del modo en que lo hago y mirarte de la misma manera en que te miro y despejarme los rizos de la cara sutilmente, solo con un par de dedos, de la forma en que me los despejo. A veces reconozco que soy hasta capaz de sentir lo que tú sientes y cuando sonríes en clase mi sonrisa se vuelve poderosa porque lleva insertada en ella tu risa y la mía, las nuestras y cuando hablas serio de cosas serias, yo no te escucho, pienso si descubriré debajo de tu camisa un pecho velludo o por el contrario me encontraré un pecho con el vello exacto, como todo en ti y opto por la segunda opción e intento reunir en mi rostro toda la solemnidad que requiere el momento, hasta que palabras tuyas me extraen del letargo soñoliento en el que me va sumiendo tu voz como río manso, más del 90% de la información se transmite a través de comunicación no verbal dices aplastando tus ojos contra mi nuca como una bala de acero y yo levanto despaciosamente la cabeza porque tu mirada me abrasa los sesos y te miro con una tristeza que va mucho más allá de la trascendencia conmemorativa del momento en el que siento que levito de esa silla de estudiante, va más allá del guiño verbal que me regalas en medio de una clase repleta de estudiantes, en la que acabas de crear un lenguaje nuestro y privado, que logra evadirnos y abstraernos de los otros. Es una tristeza como antigua, posada en mi mirada de estudiante, como de anticipación de un futuro en el que todos estos gestos tan vivos y este reconocimiento mío de ti en una frase de un libro, en el diálogo de una película, este conocimiento tan profundo sobre quién eres o cómo piensas está condenado cada minuto que pasa a destruirse. Mi mirada anticipándose al final de esta consciencia plena de la belleza que tú ves en mí, del poder que me otorga tu deseo, de esas múltiples y sabias mujeres que me poseen cuando te tengo delante y logro sin esfuerzo que en cada momento salga la adecuada, la que tú quieres que salga, y me veo a mí misma haciendo o diciendo cosas que jamás he hecho o dicho, con conocimiento preciso, sólo porque tú consigues que aparezca la mejor versión de mi misma, eres tú el que provocas su llegada.

Lucho cada día contra la frustración, el rencor y el miedo, dispuestos a agazaparse en cualquier parte de mí si finalmente me despisto de quién soy y dejo que la amargura se me cuele como corrosivo cianuro entre los dientes y se deposite en mi boca, y contraiga la comisura de mis labios y me ubique en un rictus permanente de fatalidad y de desidia. No sé exactamente quién soy y me

asusta no volver a reconocerte de forma tan precisa como en la que lo hacía cuando tú me escribías mensajes cifrados en la pizarra de una clase de Anaya y yo sonreía discretamente porque tenía la corazonada de que alcanzaría siempre todo lo que pretendía tener. Intento vislumbrar tu recuerdo de ahora, de esta mañana de junio al toparte con un mail mío solicitándote una carta de referencia para una beca en un país extraño y lejano que estoy convencida que no me darán, porque su mayoría van destinadas a los alumnos del último curso, los mismos que tú ves cada día en tus clases, y siento una punzada de celos al pensar que una de esas descaradas alumnas te pueda mirar de alguna indiscreta forma que provoque en ti sensaciones parecidas a las que yo te provocaba. Intento descubrir qué habrá hecho el tiempo con tu recuerdo de mí, si lo habrá machacado o demonizado, si lo habrá volatilizado, si habrá caído en desuso como todos esos vocablos que comprendemos de una antigua novela, pero que ya nunca utilizamos, o si le habrá pasado como al mío, si habrá sobrevolado los cientos de días que han ido construyendo nuestras vidas y se habrá mantenido erguido y poderoso en tu mente como un preciado cofre reluciente.

Hay algo de decrepitud en todo lo que veo y no sé si es la ciudad de provincias en sí que arrastra vidas en las que siempre quedan rescoldos de desconfianza ante esas caras conocidas que se cruzan en las calles y que conocen con precisión su oficio y su árbol genealógico, no sé si es el siniestro hermetismo provinciano y sus escrupulosos conciliábulos de vetusta moralidad que imprime en mis latidos una ligera opresión y me llena de una pequeña pero incesante congoja, o si realmente la decrepitud que veo y que me daña, es más palpable y real, es nuestra decrepitud, a la que estamos condenados desde entonces, y eso es lo que hace que mi visión de Salamanca se agriete, y se vuelva vidriosa.

Juan Pedro Carrasco García

(Ciudad Real, Castilla-La Mancha, España)

SOLOS

Tan pequeño y ya has empezado a entender. Estás a punto de salir de tu cuarto. Ya es la hora. Los juguetes no te hacen olvidar. Siempre a la misma hora. Sólo hace un mes y tú te quedas ahí parado frente a la puerta, en medio del pasillo, esperando a que saque sus llaves, abra la puerta y entre. Y dices:

—Papá, papá.

Y después de unos segundos, otra vez:

—Papá, papá.

Y esperas, quieto, mirando fijamente la puerta durante dos o tres minutos. No hay nada que te distraiga. Luego te das la vuelta y vuelves a lo que estabas haciendo ¿Qué pasará por tu cabecita? Sólo tienes un año y medio y parece que ya has empezado a entender el mundo. ¿Cómo puedo explicarte que un día tu padre salió por la puerta para nunca más volver? ¿Cómo explicarte que la enfermedad se lo llevó de nuestro lado?

Siempre recordaré la expresión de felicidad que tenía al volver después del trabajo y de los momentos en que salíamos de compras. De vez en cuando compraba un balón, o una camiseta, o hasta un gorro de jugador de waterpolo, pero sobre todo puso especial interés en el ajedrez. Recorrió decenas de tiendas hasta encontrar el tablero y las piezas que él creía adecuadas. Lo instaló en el salón, junto a la ventana. Ahora lo estoy viendo colocando una a una cada una de las piezas, los peones, los alfiles, las torres, las reinas y los reyes. Y después de hacerlo me miraba con cara de satisfacción esperando el día en que debería enseñarte los movimientos. A veces lo veía jugar sólo, pero contigo en brazos y te decía cuál era la mejor jugada, mientras tú alargabas el brazo y con la imprecisión de tu manita tirabas las piezas y lo mirabas con esa sonrisa inocente del que sabe que no va a sufrir ninguna reprimenda. Él recogía las piezas del tablero y del suelo y vuelta a empezar.

Y los libros. Compraba aquellos libros que él llamaba “los clásicos” y montó una estantería para ordenarlos.

—Los demás —decía— los podrá almacenar en un e-book.

Cogía algunos cuentos ilustrados y te enseñaba los animales, las ciudades, el mapamundi, las civilizaciones antiguas y la configuración del cielo en la noche. Un día llegó a comprar un telescopio. Tú mirabas por él, y no podías entender, pero sonreías y volvías a mirar. Sin duda te llamaban la atención las luces que brillaban y que hacían dibujos en el cielo. Estaba preparando todo para ti, para que supieras del universo y de la tierra, para que supieras de la vida y del hombre. Y nunca de la muerte. Era como si no existiera. Era como si todo fuera vida. Una vida compartida que nunca fuera a terminar.

Cómo amaba la vida. Y quería que tú la amases con la misma intensidad, con la misma mirada atenta para que pudieras percibir la belleza y la grandeza del universo y todo cuanto permanece desde hace millones de años. Siempre fue así. Observador, expectante, abierto a los nuevos descubrimientos, un buscador incansable de lo ininteligible, de lo que se escapa a los sentidos, de lo que aparentemente no tiene explicación. Quería compartir contigo sus inquietudes, sus conocimientos y esperaba que tú continuaras su labor cuando él ya no estuviera. Él no está y mi labor será transmitirte todo lo que él tenía programado. No sé si sabré hacerlo. Se trata de una carga demasiado pesada, pero que

se ha convertido al mismo tiempo en una tarea proyectada como un legado y en una finalidad en sí misma. Dulce y dura carga heredada para ti.

Cuando te miro, sólo pienso en que hemos de renacer. Tenemos que salir adelante, aunque la herida que nos ha nacido en el corazón nunca pueda cicatrizar. Él lo hubiera querido así. Tú no lo sabes todavía, pero para mí todo ha acabado. Sólo tú me das fuerzas, sólo por ti sigo adelante, porque es tan intenso el dolor que no sé cómo puedo soportarlo. Al principio, durante los primeros días, venían los amigos a consolarnos. Y ahora... Debemos entenderlo. Ellos tienen sus vidas. Como yo la mía y tú la tuya, aunque marcadas ya por la ausencia y la soledad. Si al menos mis padres o tus abuelos paternos vivieran, lloraríamos con ellos. Los vecinos son buenos, pero no son de la familia. Es así. Debemos hacerlo solos y unidos, porque así lo hubiera querido él también.

De ahora en adelante, lo que debo hacer es mantenerlo vivo para que siempre lo tengas presente y configurar en tu mente la imagen de un padre que existió únicamente para ti y con el que no llegaste a convivir más allá del momento de su desaparición. Buscaré todo, registraré todo y todo lo tendrás preparado para cuando llegue el momento de tus preguntas. Gracias a las fotografías, gracias a los vídeos que grabamos y a los hechos de su vida, podrás reconstruir la figura de un hombre bueno que dedicó su vida a los demás y que fue feliz con su hijo hasta que el tiempo se lo permitió.

No quiero decirte "Papá no va a venir" No quiero decirte nada. Dentro de poco comenzaré a trabajar y deberé llevarte a la guardería. Tendrás que hacer caso a todo lo que yo te diga.

Va a llegar la hora. Espero a que salgas. Oigo la puerta, tus pasos imprecisos. Ya estás en el pasillo. Mirando la puerta. Espero a que digas "Papá, papá". Lo haces. Espero otra vez y tú vuelves a repetirlo "Papá, papá". Ahora debes de volver a tus cosas, pero no. Te has girado y me miras. Señalas con tu brazo extendido a la puerta y dices "Papá". Me haces daño ¿Por qué me miras? ¿Acaso ya entiendes? Has empezado a entender. Vuelves a mirarme. Tus ojos son jaulas para mi imagen de las que quiero huir y no puedo. Extiendes de nuevo tu brazo y me preguntas:

—¿Papá?

Antonio Melchor Castrillo Villamañán

(Valladolid. Castilla y León, España)

ENTRE EL RÍO Y EL CANAL

He iniciado la marcha desde el puente y he llegado hasta el Molino Viejo, a los Pilonos y he cogido el camino hacia el canal, donde el agua abraza la senda y a los árboles, donde el agua acaricia los oídos, donde el agua modela los recodos y perfila ondulante la ribera perdiéndose río abajo camino de Sardón.

Un soplo, una bocanada de aire impregnada de chopos, de hierba mojada, de zarzamora me ha recibido en la pequeña explanada de entrada a la senda. Era la primera hora de la mañana, cuando los monjes cantan maitines y el campo les imita, cuando todo parece que nace, cuando se despereza la aurora de rosáceos dedos y surge la alborada con sus cantos, cuando brota la hierba entre las gotas de rocío, cuando germina la semilla buscando los primeros rayos del sol que la alimente, cuando despunta el alba iniciando la sinfonía de milagros del campo y sus encantos, cuando todo despierta y se consume saludando radiante al nuevo día. Solo se oían los murmullos constantes de los chorros de agua de las fuentes del Canal y de la Salud, y algún que otro silbido lejano de una oropéndola en la espesura verde.

Camino deprisa, con pasos largos y con los brazos sueltos, al compás del movimiento de las piernas, en la Rotura donde el terraplén se alarga hasta la orilla formando una planicie reducida, poblada de rugosos álamos blancos retorcidos, como consecuencia de las crecidas invernales, me acerco al río y toco el agua con las manos, me siento en el borde y me quedo mirando la corriente que desciende haciendo rizos y bucles entre las piedras del cauce. De vez en cuando salta un pez y una golondrina pasa rasante haciendo bucles con sus alas sobre el agua tratando de beber una gota o de mirarse en su espejo. El sol se abre camino entre las ramas y sus reflejos dibujan en el agua destellos intermitentes.

He permanecido un rato así, mirando ensimismado, sin pensar nada, mudo de admiración, prendado por la simplicidad y la alegría de ver correr el agua, he intentado pensar en otra cosa, divagar en los quehaceres cotidianos, pero me ha sido imposible cortar el cordón sutil que me unía con ese momento de paz de aromas, sonidos y colores. Así hubiese permanecido todo el tiempo del mundo, pero un ruido entre las ramas a uno de mis lados me hizo volver la cabeza bruscamente, un azulón saltó de los carrizos al agua chapoteando, pasó como una flecha entre un tronco que inclinado sobre el río apenas levantaba un palmo del agua y alzó el vuelo percatado de mi inofensiva presencia.

Cuando llego al primer chozo, me vuelvo a detener y contemplan su rústica apariencia y admirar la simple arquitectura del barro, la paja y el adobe, con la impronta del rústico artesano. La cubierta de ramas de pinos y de chopo entrelazado y unos troncos de olmo formando un armazón intrincado, formando varias vigas a dos aguas. Penetro en su interior y veo, con una cierta emoción, las marcas de la pared, yo he escrito alguna, incisas con puntas de palos afilados, palabras que son recuerdos, palabras de amor, de enamorados, que anónimas manos escribieron e indelebles dejaron sus promesas en el tapial de tierra.

La senda se estrecha cuando se entra a la altura de Zurita, los olmos secos, derechos como velas, parecen centinelas decrepitos que apenas dan sombra, y distorsionan el paisaje verde que lo inunda todo. Tengo que pisar las chiribitas

que jalonan el camino, pero una vez que levanto el pie, la pequeña margarita se yergue nuevamente, todo son flores, como una estera pintada de colores, orquídeas abejas que simulan ser insectos, amarillas inguinarias que muestran su botón dorado protegido por hojas como lanzas, la hierba de San Juan de amarillo intenso, oro al sol, con cinco pétalos por todo su equipaje, iris aromático, azul violeta, con el corazón amarillo y madre selvas cuajadas de flores que son llamas encendidas. Todo es color, vida, que se va metiendo por mis ojos inundándome de perfumes, fragancias, esencias y colores, que me hacen pensar en paraísos.

No me detengo, sigo andando, buscando el chozo de piedra mamposteada en el talud junto a la senda; llego hasta el pinar de los negrales, pinos de piñas alargadas y reseca, verdaderas bombas de resina, cubren la antesala de la vieja aceña medieval anclada y decadente al lado del río, uniendo las riberas, la pesquera descompuesta forma un rápido en las aguas al estrechar su cauce y el caz forma una isla repleta de maleza, impenetrable.

Los morrillos, los guijarros de graba, el cascajo acumulado a un lado del sendero anuncian el estrecho muro de piedra que separa el río del canal, donde sus aguas un día se besaron derribando la pared de greda que impedía mezclar sus leguas líquidas, le cruzo con cuidado y subo la pequeña cuesta para llegar al puente de Retuerta. Tres arcos sobre piedra que rematan el ladrillo macizo en barandilla, por uno pasa el agua, los otros dos la miran. Según asciendo la cuesta miro en las piedras que refuerzan los pilares, donde vimos al visón un día, ¿lo recuerdas? Hoy no está jugando con el agua, metiéndose en la hura y saliendo al otro lado, lamiéndose las patas y alisándose el pelo con la lengua o sacudiéndose en convulsos movimientos el agua de su cuerpo. Mira a todos lados, observando a la infeliz presa que acecha. Le vimos desde el puente, en la distancia, para no perturbar sus libres movimientos y robarle en silencio un instante de su intimidad bravía.

Al otro lado del puente, un campo de maíz de gráciles penachos llena de verde el campo, que se pierde mirando a las Yeseras, rodeado de la senda de encinas camino de las huertas. Te he abrazado con todos los pensamientos, te he apretado cantándote recuerdos, y solo una palabra he pronunciado camuflada en las letras que hoy te escribo: ¡Amor!

Ana García Paniego

(Pamplona, Navarra, España)

BELLO VIAJE DE REGRESO

Desde su cama oye todo. Algunas cosas se las dicen a él. Otras las hablan a su lado. Nadie cree que él escucha, por eso, cuentan verdades. Y así Carlos va conociendo su situación, su presente y su futuro.

Lleva tres meses en coma por un terrible accidente en moto. Alcohol más velocidad frenaron su disparatada y superficial vida y lo postraron en la cama.

Gracias a su silencio escucha la verdad.

Al principio su madre lloraba desconsolada pero al segundo mes pasó de la pena a la rabia y en este tercer mes, analiza brutalmente las consecuencias “la cara le ha quedado muy dañada y es posible que pierda un ojo. Pobre hijo mío parecerá un monstruo”. Cada vez se sienta un poco más apartada de la cama, Carlos lo nota porque la voz la oye más lejana. Las reflexiones se van endureciendo. “Necesitará tantas operaciones de cirugía estética que no sé cuándo acabará. Qué pena, era tan guapo –dice con desánimo–. Con este aspecto no se puede ser feliz”, sentencia su madre. Carlos interioriza su imagen repulsiva.

Su hermana le transmite angustia y le augura un penoso futuro de soledad.

Por suerte, está Itziar, la enfermera que más tiempo pasa con él. Ella se presentó el primer día: “Muy buenas guapo, sé que te llamas Carlos porque lo pone en tu ficha, yo soy Itziar, te lo digo para que cuando te despiertes sepas como llamarme”. Mientras le cuida, habla con él, “Carlos vas a tener que luchar mucho pero estoy segura que saldrás porque eres joven, fuerte y tienes a tu familia que te quiere. Todos tan guapos... y parece que sois muy ricos, chico, tienes una familia de película” Claro, su enfermera favorita no oye las conversaciones de su ‘gran’ familia “Me gustas Carlos”, le dice y luego le canta canciones de moda, canciones de amor, canciones antiguas, canciones de fiesta, canciones desconocidas, canciones inventadas...”Si yo tuviera un novio desearía que fuera como tú”, le susurra al oído. Carlos siente celos, “igual siempre es así de amable con sus pacientes”. Él cree sentir los besos de Itziar. A veces nota como las ondas de su voz se acercan y alejan, siente como cosquillas internas.

La novia de Carlos al principio le traía flores, corazones de tela, globos, ositos amorosos de peluche...pero ahora se queja “no sé qué va a ser de mí, se le ve tan mal... igual nunca puede salir del hospital y mira cómo tiene el rostro de afectado, no mejora prácticamente nada, ¿y si se queda cojo?, vaya pareja más fea que haríamos y pensar que antes éramos la envidia de todos...quizás el amor no lo pueda todo”, le comenta a su amiga Cristina y otra tarde, “mira qué maravilla de hombre, ya me gustaría conocerle. Guapo y con éxito, ¿qué más se puede pedir?...así fue Carlos“. Él se la imagina riendo mientras hojea una revista de cotilleos.

La enfermera siempre entra canturreando. “Hola Carlos. No sabes lo que me pasó ayer...”y, por supuesto, sin que Carlos le pregunte, ella le narra la historia completa. Otras veces le habla de su familia o de lo que va a cocinar el próximo fin de semana o de lo que se pondrá en la fiesta de cumpleaños de Begoña. Ella juega a que es su novio. A Carlos le complace. “Es tan fácil enamorarse de esta mujer”.

El padre de Carlos llora inconsolable desde hace tres meses y se desprecia “nunca me perdonaré no haber pasado más tiempo contigo. Cuánto tiempo

cuidando mi fortuna, mis negocios, mi cuerpo, mi imagen...y descuidando lo más importante que sois tú y tu hermana, y ya ves, ahora que estoy contigo no podemos hablar y tu hermana... solo habla conmigo cuando quiere algo” .

Pero entonces, llega Itziar y le saluda con esa voz tan dulce “¿Qué tal Carlos?, ¡qué buen aspecto tienes hoy!. He visto a tus padres como siempre guapos y elegantes...a mí me da vergüenza hablar con ellos. Yo soy lo que se dice una chica feíta y vulgar, bueno, se ríe, si me arreglo, tengo un pase, sí, sí. Pero por favor Carlos, cuando te vayas a despertar, avísame para pintarme los labios”. Otras veces, “tu pelo está muy corto pero sé que es rizado porque he visto alguna foto tuya. ¡Me encantan los rizos alborotados!”. “Tiene gracia –piensa Carlos– mi madre odia mis rizos, se queja de que con ese pelo nunca parecería tan elegante como debiera”.

Carlos juega a imaginar cómo sería su amante cuidadora. Es como poner rostro y cuerpo a quien solo conoces de la radio. Su mirada, dulce, bondadosa; su boca, sonriente, cantarina; su nariz, despierta y curiosa de olores. Su voz, tan sincera, apasionada y melódica. Su cuerpo sería generoso, caliente, fuerte y dónde seguro le gustaría cobijarse el resto de su vida. Ella pondría música en su hogar. Y su mundo sería más bello de lo que nunca fue.

Una de esas mañanas en que Itziar en su turno le controla el suero, la presión y le canta una alegre canción, Carlos abre tímidamente sus ojos. Itziar se lleva las manos a la boca para ahogar el grito que está a punto de estallar. “Carlos...si me hubieras avisado... me... me habría pintado los labios... Espera, no, no te duermas más, voy a avisar al médico” y sale corriendo.

Aún pasan varias semanas hasta que Carlos puede hablar pero su mirada busca a Itziar. En cambio, cierra los ojos cuando llega su novia e incluso con su madre y su hermana, se hace el dormido. No quiere verlas. Está cansado. Echa tanto de menos a Itziar cuando no está trabajando... se siente abandonado.

Un día escucha como su hermana habla con sorna “de esa enfermera que parece enamorada de Carlos, pobrecilla, no se ha debido de mirar en ningún espejo”.

“Hermanita vas a tener que acostumbrarte porque esta enfermera, si ella quiere, va a ser la madre de mis hijos que serán tan bellos como su madre”, piensa Carlos.

José Ricardo García Suárez

(Lugo, Galicia, España)

ENTRE LAS ORTIGAS Y LOS JAZMINES

Entre lo endemoniadamente real y lo cercano puedes hallarla. No es necesario escalar cumbres escarpadas y nevadas, ni atravesar desiertos agotadores, ni descubrir lagos ignotos llenos de peces de colores, ni navegar a través de galaxias elípticas por el espacio infinito. Allí, agazapada como una larva, escondida como un animal hambriento, en los lugares por los que siempre pa-

sas, y en los que apenas te fijas, te espera con la boca abierta, deseosa de ser amamantada como un recién nacido entre las ortigas y los jazmines. Pero estamos deslumbrados, eclipsados y aturcidos por los flashes de las luces catódicas y por el papel cuché, adormecidos por la angosta respiración de la rutina y por un exceso de fantasía infantilizada y contaminada; nos hemos convertido en seres indolentes y fríos, insensibles, incapaces de distinguir un tomate *Cherry* de una berenjena jaspeada, una noche estrellada de un simple dolor de cabeza, un simple vahído de un inesperado y leve ataque de nostalgia. Siempre creí que en una servilleta de papel arrugada y tirada en el suelo se podía encontrar una obra de arte insuperable y única, envidiada por los genios que aparecen en los libros de texto, y que en un espejo agrietado se podría reflejar la epopeya imantada de lo desconocido. Adoro lo que nace y es descuidado en su carácter y en su aspecto, como si continuamente fuera azotado por un viento enloquecido y frío, un viento que germina en los polos y que se envenena mientras asciende rompiendo los meridianos y los paralelos geográficos. Somos hijos del principio caótico, del crisol fantasmagórico que vio nacer la belleza en las ramas de lo brutal y de lo accidentado; somos hijos de la extrema vulnerabilidad que intenta alcanzarla sin conseguirlo, impulsados de forma severa hacia el futuro, por una fuerza irracional, instintiva y vital. La belleza languidece tras tus pasos, y ahí se encuentra, postrada, frente a tu espectro; en el hábitat agónico de la perfección superada por nuevas metas, por nuevos patrones a seguir, perfección inútilmente reclamada por los departamentos de RRHH de todas las empresas, y que, en vano, intentamos reconstruir, una y otra vez, como castillos de arena. Jamás he visto tanta belleza como en esos cuadros que el pintor desechó y destrozó con sus pinceles, en esos versos que el poeta maldijo y tiró a la papelera, en las partituras que el músico rompió antes de haberlas tocado, en todas esas cosas que nos guardamos en nuestro interior, con la falsa sensación de que nunca se filtrarán hacia el otro lado del estanke dorado a través de nuestra piel translúcida y frágil. Ahora mismo, mientras respiras y te sientes vivo, posiblemente ella se encuentre a tu lado; tal vez sobre la mesa de cristal de la cocina, al lado de un trozo de pan mordisqueado, dentro de un vaso de cristal, entre las cucharas y los tenedores, dentro de la nevera, en el filo cortante del cuchillo, envuelta en el servilletero, diluida entre la sal, diluida entre el azúcar, perdida en el lavamanos o entre las toallas, escondida en el bolsillo de tu americana, en el humo de uno de tus cigarrillos, trepando por la pared alicatada, llamando al timbre de tu puerta, crepitando entre la madera que se quema, resbalando por tus huesos como una capa de yeso azulada, revoloteando entre tus neuronas, clavada como un hierro candente a todo lo que conforma tu vida. Pero volverás sobre tus pasos y no importará lo que hayas visto, ni leído, ni escuchado, ni lo que te hayan enseñado, olvidarás el sonido del manantial de la belleza transitoria y que te acompaña desde que naces. Regresarás sobre el

camino germinado con semillas mistificadas y sonreirás como si nada hubiera pasado y mirarás al Sol con la valentía de los temerarios y de los visionarios. Pisotearás las flores que nacen entre las grietas de las baldosas de las aceras y silbarás una extraña canción que ni tú mismo reconocerás, y preguntarás a otros caminantes sobre el lugar dónde se refugia la belleza, pero no sabrán o no querrán contestarte. La has tenido entre tus manos, todos los días, a lo largo de todos estos años y se te ha escurrido como el agua clorada que sale del grifo de tu casa, mojándote los pantalones, los calcetines y los zapatos, pero ni te has dado cuenta. Siempre hay otras cosas que hacer; nuestro mundo se comprende de pequeñas cosas a las que hay que atender con los cinco sentidos y les dedicas todo tu tiempo, concentrándote con todas tus fuerzas, olvidándote impunemente de lo que se encuentra a tu alrededor: del color del cielo, del sabor de la canela, del viento arrastrando las nubes solitarias, del sonido de las olas del mar, del canto de las sirenas, del olor a tierra mojada, de las palabras dulces y serenas, del nombre de tus amigos, de andar en bicicleta, de saborear cada segundo que pasa, de mitigar las penas, de las interminables tardes de primavera, del ruido de la hojarasca mientras cae al suelo, del murmullo silencioso de los amantes, de la voz de tu esposa y de tus hijos; casi no recuerdas nada de ellos, sabes que están ahí, pero te has olvidado de la belleza que atesoran, simplemente lo dejas pasar, un día, dos, tres, cuatro, cinco días... Ya es tarde para recuperar el tiempo perdido, tú lo sabes, lo notas en tu cuerpo, pero ella sigue ahí, donde la habías dejado cuando la lucidez te conducía, pero ahora eres incapaz de encontrarla en la palma de tu mano, y te giras y ves los campos polvorientos, poblados de sombras que recortan tu extraña silueta, y cómo la lluvia ácida las desliza hacia el muro cristalino que nos separa de ella, porque nos hemos convertido en seres indolentes y fríos, insensibles, incapaces de distinguir un tomate *Cherry* de una berenjena jaspeada, una noche estrellada de un simple dolor de cabeza, un simple vahído de un inesperado y leve ataque de nostalgia.

Celia Gómez Yepes

(La Coruña, Galicia, España)

MATÍAS FELPETO Y EL ARCO INFINITO

Matías Felpeto desplegó las colillas en un abanico en torno al cenicero. Mariana nunca había tenido ni idea de estas cosas, por eso en toda su vida jamás había podido apreciar sutilezas como aquella: el exquisito arco formado por las colillas, equidistantes, parduzcas, bicolores y de desigual longitud, colocadas

con esmero en el lugar exacto para evocar la figura geométrica buscada en la mente del espectador.

—La puerta del triunfo, la metáfora definitiva del surrealismo abstracto. Lo perecedero de la materia unido, en delicado simbolismo, con el semicírculo evocador de lo infinito.

Transportado por su propia inventiva, Matías hinchó el pecho, saboreando los restos de humo de tabaco que aún flotaban en el ambiente, a regañadientes del dueño del local, que le dejaba hacer tras la barra, vuelto de espaldas a la escasa concurrencia del día: “Una caña más y para casa, Matías, que no está el día para jugársela haciendo tontás; y más con la niña, digo yo, qué van siendo horas”. Desinflado como un globo, Matías se reclinó nuevamente sobre su asiento, empujando con un dedo torpe los restos de tabaco cómicamente dispuestos sobre la mesa. A su lado, Irene se mantenía erguida en la silla, las piernas, demasiado cortas para alcanzar el piso, se balanceaban en el aire siguiendo el ritmo de una melodía oculta de cadencia rápida.

—Es como el cuadro de las castañas, ¿verdad, papá? El que pintaste aquella vez, cuando estaba mamá; colocadas en la hierba, a medio abrir, con las nubes en el cielo, de tormenta.

—De tormenta —repitió Matías con el rostro impenetrable, al tiempo que extendía una mano para apretar la pequeña mano de ella, sobre la mesa—. Es hora de irnos, Irene. Recoge.

En la calle, el invierno se había llevado ya el día, dejando que los gruesos abrigos propios de la temporada tomaran el protagonismo que, al menos, les era debido en esa época del año. Matías, enfundado en paño negro hasta las rodillas, se dibujaba contra las fachadas como una sombra imponente que corregía su posición a cada paso, avanzando levemente escorado hacia la derecha a causa del esfuerzo de no irse contra el suelo. Un par de metros atrás, Irene daba traspies en su empeño de no perderle la estela, los zapatos resonando en el enlosado gris de la acera, el cielo azul oscuro, con las nubes más bajas adivinándose, veloces, más allá de los tejados de los edificios. Los pasos de él largos, desiguales, incorrectos, como solo pueden ser los pasos que conforman la marcha de un hombre ebrio. De tanto en tanto, un coche atravesaba la calzada, dejando en el aire el murmullo enigmático y cerrado de los neumáticos que se deslizan apresuradamente sobre el asfalto mojado. A cada esfuerzo, Irene entonaba la canción de la Batalla, hecha de ritmos antiguos, de nanas, sonidos y rumores grabados a fuego en su cerebro desde su más tierna infancia.

—¡Papá! —En un último salto, Irene alcanzó al hombre que la precedía y, cobijándose a duras penas bajo uno de sus brazos oscilantes, asió su mano; dándole de una estabilidad que, más que debida al apoyo de su endeble estructura, pareciera que hubiera que buscarle explicación en motivos menos terrena-

les-. Nos hemos pasado el portal.

-Con las castañas abiertas, en el césped. Y las nubes de tormenta.

-De tormenta -musitó Irene, mientras reconducía a su padre, deshaciendo parte del camino andado.

En el piso de la calle Flórez, la luz de las farolas entraba tamizada por los visillos corridos, vertiendo agujeros luminosos sobre los muebles antiguos. Matías, resollando del esfuerzo, había caído sobre la cama, los brazos extendidos en paralelo al cuerpo derrotado. En la habitación, los lienzos a medio terminar poblaban los rincones, mientras los botecillos de pigmentos básicos campaban a sus anchas, entre pinceles de tamaño medio y cerdas descuidadas. En un último instante de lucidez, Matías tomó el rostro de su hija -no sin que esta pudiera evitar un respingo, al pillarla de improviso- y lo giró levemente hacia la luz velada de la ventana, de forma que los ojos azules de esta y su pelo claro quedaron iluminados de forma fantasmagórica por un instante.

-Idéntica a su madre. Como un milagro del cielo -murmuró justo antes de caer en un duermevela intranquilo, en el que aún se le oyó resoplar un par de veces.

En su camino de vuelta hacia la sala, Irene fue encendiendo una a una todas las lámparas del pasillo, convirtiendo a este no tanto en un pasadizo de ausencias como en un reguero de esperanzas, a base de ahuyentar sombras por el rudimentario método de iluminarlas. Ya en la zona de estar, comprobó que, en el canal de siempre, su serie favorita aún acababa de empezar; por lo que, reconfortada por el calor de hogar que nos da la repetición de aquello que nos agrada, Irene se dispuso a dejarse consolar, hecha un ovillo bajo la manta del sillón, mientras oía el sonido del microondas calentando su taza de leche. A su alrededor, los muebles silenciosos sostenían su solaz y, a su derecha, un lienzo de mayor tamaño que el resto observaba la escena: sobre un campo verde poblado de hojas ocres, un hombre, una mujer y una niña recogían castañas un día de otoño. Como al descuido, la mujer, joven y hermosa, abría los erizos maniobrando con sus botas; a su lado, se veían las castañas ya dispuestas para guardarlas, colocadas cuidadosamente sobre la hierba mal cortada. Sobre el cielo azul paseaban nubes de tormenta, y, contra la misma bóveda celeste, se dibujaban las ramas del castaño como dedos -desnudos ya de hojas- abiertos suplicantes hacia el cielo. El arco exquisito formado por las ramas equidistantes, parduzcas, bicolores y de desigual longitud, colocadas en el lugar exacto para evocar la figura geométrica buscada en la mente del espectador: la puerta del triunfo, la metáfora definitiva del surrealismo abstracto; lo perecedero de la materia unido, en delicado simbolismo, con el semicírculo evocador de lo infinito. De lo infinito.

Patricia Haro Guerrero

(Sevilla, Andalucía, España)

EVA

Llegué a los brazos de Simón cuando él tenía siete años. Su madre me escondió debajo de la cama en una caja de cartón. Tras apagar las velas de la tarta de cumpleaños, la madre de Simón le susurró al odio que alguien había

venido a su fiesta pero que esa nueva amiga era muy tímida y por eso se había escondido. Simón correteó excitado por todo el piso hasta que me descubrió. Después cogió la caja que me protegía y con una sonrisa que pintaba de lado a lado su cara hizo trizas la envoltura de papel. En cuanto mi mástil asomó la cabeza, me reconoció. Me alzó con sus pequeñas manos y dijo; Te llamaré Eva.

Desde ese día no nos hemos separado. Su voz ha acariciado con su aliento mis trastes y sus dedos me han arrancado una gama de sonidos desde estridentes a sensuales a medida que sus manos se agrandaban, cogían destreza y dejaban atrás la niñez. Después vinieron los toques. Ese palmeo sobre mi cuerpo cargado de furia adolescente. Fueron años en los que mi caja resonaba con su risa. Hasta que sin que yo supiera el por qué cuando Simón cumplió los veinte años se estropeó. Su engranaje como el alma de una guitarra mal ajustada, primero se ladeó y cuando no pudo soportar más la presión se rompió. El quejido de la rotura se pegó a sus labios como las interferencias de una radio más sintonizada. Un murmullo que le acompañaba a todas partes y que no conseguía apagar.

Simón dañado, tensó su cuerpo para sujetar el destrozo. Su familia preocupada lo llevó a unos señores que, como expertos lutieres, se pusieron mano a la obra para ajustar las piezas que componían la maquinaria de Simón para que volviera a vibrar como una guitarra bien quintada. Pero después de varios intentos fallidos y con Simón cada vez más desajustado, los expertos dejaron de trabajar con él y le dijeron a sus padres que Simón era irreparable. La familia lo instaló en una habitación lujosa de hospital, que como una ajustada funda de cuero, pretendía protegerlo. Pero en ella Simón rodeado de paredes de cristal relucía como el instrumento más bello de un escaparate; observado por todos pero al que nadie podía tocar.

Simón respondió al abandono borrando con un solo trazo de sus labios la sonrisa y se echó a la calle. Pero no me dejó atrás. Cargo conmigo y siguió tocándome allá adónde iba pero con una voz *muteada*, como si estuviera presa de una cejilla. De noche al raso me envolvía debajo de una manta para protegerme de la humedad de las calles de la fría Edimburgo y apoyaba su cabeza en mi boca. De día pegado a su cintura, Simón rasgaba mis hilos de metal y yo vibraba con acordes que llamaban a las monedas de los transeúntes. Con ellas Simón compraba comida y cuerdas para vestirme cuando las viejas estaban tan deshilachadas que no aguantaban más el empuje de la yema de sus dedos. Casi siempre dormíamos con otros que vivían como nosotros. Ellos le hablaron a Simón de Barcelona. Dijeron que era una ciudad siempre cálida y generosa donde las monedas llenaban cada día las cestas de los músicos que tocaban en la calle.

Simón no se lo pensó. Me colgó de un mosquetón en su petate y partimos

hasta Barcelona. Nada más llegar recorrimos la ciudad hasta que encontró un lugar perfecto. Un portal soleado en pleno centro de las Ramblas. ¡Qué calentita estaba allí! Mi madera brillaba y mis poros dilatados por el calor, respiraban notas cargadas de una nueva sonoridad. Simón por primera vez en años recuperó la voz y el grito, el canto de la infancia, cuando la alegría era la dueña de su rostro. Pero cuando el dinero a pesar de lo que nos dijeron los compañeros de Edimburgo, empezó a escasear hasta desaparecer de la cesta, las ganas y el empuje de Simón como el dinero también se agotó y Simón volvió a tragarse su sonrisa. La encerró en el fondo de la garganta con su voz, que empapada de tristeza, se ahogó y dejó de sonar. Después fui yo. Poco a poco me apartó de su lado. Parecía desconfiar de mí, me rehuía. Cada vez me dejaba más horas en mi funda. Primero dejó de tocarme por las tardes, después a media mañana hasta que una noche me arropó bajo la manta y ahí me quedé. Sola sin sentir su roce. Simón enrollado sobre sí mismo como una cuerda en el clavijero, rumiaba las horas a cierta distancia de mí, murmurando notas discordantes con la cabeza baja sin atreverse a mirarme.

Perdí la noción del tiempo. Mis cuerdas empezaron a oxidarse y mi boca se empapó de lluvia. Simón como mi madera estaba a punto de romperse. Pero llegaron unos policías nos levantaron y le dijeron a Simón que debía marcharse de allí. Simón se enderezó y por primera vez en mucho tiempo reparó en mí. Intentó agarrarme pero sus brazos flácidos temblaron, perdí el equilibrio y di con mis trastes en el suelo. Nervioso volvió a cogerme, esta vez con mucho cuidado. Perdóname, buscaremos otro lugar y cuidaré de ti, me susurró.

Desde entonces vivimos en una fachada no tan céntrica que parece estar enfadada con el sol porque nunca la visita para calentarla. Aquí lo dos consumimos los días. Simón erguido, mudo con la mirada en ninguna parte y yo bien sujeta colgada a su cintura. Cuida de mí como me prometió, pero es incapaz de tocarme. Sus nudillos aferran con una mano mi cuerpo y con la otra el mástil. La gente pasa a nuestro lado. A veces nos roza, pero no nos ve. Mi caja apenas siente las manos de Simón. Su tacto se ha apagado y mi madera empieza a palidecer. Creo que como las personas que transitan este portal, también Simón y yo hemos dejado de vernos. Empezamos a desvanecernos. Casi nos hemos perdido.

Rubén Moratalla Mayo

(Valencia, Comunidad Valenciana, España)

DIME, HERMANO

¿Sabes cuántas veces me paro durante un día a pensar en tí? No te rías, más de las que imaginas. Está bien, no tantas como antes. Pero es que todo va demasiado rápido. Sabes que siempre me gustó buscar un hueco grande y un lugar cómodo para hablarte, sin que nadie nos molestara. No sé recordarte en un descanso del trabajo, rodeado de gente que me habla de porcentajes y resultados. No me mires así, sé lo que estás pensando, sigo en el mismo trabajo y desde que no estás no he vuelto a tocar el piano. Era muy difícil que me pudiera ganar la vida con eso. Sí, ya sé que no se trata de dinero. Mira, aún recuerdo aquellas palabras que me decías cuando venías a casa a ensayar: “Tus manos en el piano deben parar el mundo, no pienses en quién podrías ser, ni intentes ser mejor que nadie, sólo trata de dar el máximo, porque siempre alguien se dará cuenta de quién eres.” También me decías que tocara para mí, y que yo sería mi público más fiel. Pues no he seguido haciéndolo, no he sabido serme fiel. La oficina me desgasta demasiado y debo hacer encaje de bolillos para presentar todos los encargos. ¿A qué viene eso? Te equivocas, no estoy apartando de mi vida todo lo que me hacía ilusión. Es que la vida te lleva por otros caminos, y tengo que trabajar para vivir, no estoy dejando a un lado la ilusión. Ah, ¿tú piensas que sí? ¿Qué hubieras hecho tú? ¿¿Te has parado a pensar en mi situación?: hacía ciclismo con Juan, y perdió una pierna, cerraron la escuela de pintura, el único lugar en el que pintaba a gusto. Si me hubieras llevado a aquel sitio del que me hablabas para pintar al aire libre... No me mires así. ¡Ah! Y la última, salía contigo a correr y... un buen día te fuiste, ¡te fuiste sin decir adiós! ¿Cómo quieres que salga a correr, si a cada paso que doy aún siento tu codo a mi lado? Si sigo oyendo tu voz diciendo “unos metros más”. Salí dos veces y por momentos pensé que estabas, o al menos era eso lo que deseaba, corría con los ojos cerrados, porque quería sentir tu respiración a mi lado, durante un momento pensé que nada había cambiado, pero no puede evitar girarme, y no encontré a nadie. Te fuiste demasiado pronto... No puedes pedir que no me emocione. Ni siquiera sé dónde estás. Sí, ya lo sé, aquí conmigo, pero hay veces que no sé si puedo sentirte o es sólo una ilusión que ha inventado mi mente. No lo sé, Carlos, trato de hacer lo que me dices, pero no sé a dónde mirar para verte, ni qué momento buscar para sentirte. Cada mañana me levanto a las 5 y voy a aquella maldita avenida para tratar de rascar con escobas el color rojizo que aún mantiene el asfalto, dos años después, queda poco y muy difuminado, pero no quiero ver nada de todo aquello sobre ese suelo. Sólo lágrimas, que deciden bajar sin el permiso de mis ojos, y las coronas que van acumulándose en tu recuerdo. No puedo evitar sentirme solo. A veces pienso que lo mejor es no seguir vivie... ¡Vale, me callo! Perdona. Sí, Carlos, claro que puedes pedirme el favor que quieras. Sí, sabes que puedo mantener un secreto. ¿¿Cómo?? ¿Cómo lo sabes? Dime quién fue, ¡lo voy a matar! No, no puedo perdonarle, ni aunque tenga dos niñas. No, Carlos, ni aun-

que no tenga mujer. Aunque esté cuidando a su madre anciana...Carlos, ese hombre me separó de ti, estábamos solos tú y yo...Lo siento pero no he entrenado para perdonarle, mi rencor es demasiado grande, siento punzadas en el corazón cuando pienso en esa persona que aceleró y huyó, cuando tu cuerpo estaba perdiendo la vida. No te creo ¿Te intento ayudar, Carlos, me lo estás diciendo en serio? Sí, claro que puedes confiar en mí. Vale, cojo papel y tomo nota. ¿Quieres que le de esta nota? ¡¿A ese desgraciado?! Vale, lo siento, te haré caso. Lo haré por ti, Carlos. Díctame, tomo nota.

“Le resultará difícil asimilar que soy yo quién le escribe, aquel chico que cruzaba tranquilamente la avenida y sobre el cual se abalanzó el coche que usted conducía. Sé que se paró, y que trató de ayudarme, tuvo la mano sobre mi pecho hasta que sintió que mi corazón había decidido no seguir latiendo. Sé que había bebido, también sé que lo hacía desde que su mujer le abandonó, y le dejó con las dos niñas. Sé que ya no bebe. También que tiene una madre que está en los últimos momentos de su vida. No hay nada más doloroso para un hijo que no poder despedir en paz a su madre. Y por eso, hoy quería hacerle un regalo. Quiero que lo acepte, y lo cuide, porque es el presente más sincero que jamás he hecho. Mi regalo es el perdón. Quiero que se concentre en despedir a su madre, y que se libere de todo lo demás, porque aquel chico que cruzó la calle le agradece hoy que luchara por su vida, y entiende que después se marchara en la oscuridad, para no dejar a unas hijas sin padre. Cometió un error, y soy consciente de que ha pagado el precio. Créame, desde donde estoy no siento rencor, y sí una profunda tristeza por la condena que ha sufrido todo este tiempo. A cambio, le pido una cosa, esta nota se la ha entregado un chico de veinte años, que anda muy perdido, ese es mi hermano. Sólo le pido que cuide de él. Ya es un hombre, pero ha sufrido demasiado y necesita a alguien que le recuerde que tiene algo parecido a un padre. A él le costará más perdonarle. Le pido paciencia. Cuando cierre la nota, comenzará su nueva vida. Y espero que también la de mi hermano.

Gracias.

Laura Moreno Escobar

(Madrid, Comunidad de Madrid, España)

NAUFRAGIO

Ya sé que entrar sin llamar es de mala educación, pero si susurraba tu nombre corría el riesgo de marcharme espantada por los recuerdos. No me preguntes qué estoy haciendo aquí, porque ni tan siquiera yo lo sé. Tómatelo como un regalo, una muestra de afecto o, si lo prefieres, como un simple cumplido o una visita de cortesía.

Esta vez no he venido para que mi subconsciente te maree. Al menos esa no es mi intención o quizá sí...Y es que, con el tráfico de estos días, no sé si viví ayer o si hoy resurgí para mañana no amanecer.

Ciertamente, la agonía que padecí cada anochecer me hizo cambiar mi perspectiva sobre el mundo, aunque no sé si sólo lo hice de puertas hacia fuera. Dejé de oír ruidos para soportar voces, dejé de cantarle al sol para estar más cerca de la luna, dejé de acariciar las olas para susurrar al viento. Vacíé mis baladas de sentimiento y guardé las lágrimas en un hielo al borde de la fusión. Recopilé mis mejores sonrisas para alternarlas día tras día. Calmé mi voz con su silencio, intenté cerrar el corazón a los lamentos. Sobreviví a esas noches donde la cordura duerme, el alcohol causa estragos y el inconsciente reparte besos por doquier. Desperté en mitad de la lluvia sólo para volver a verte.

Y si esto, al menos, actuara como si de sofrología se tratase dejaría de martirizarme por creerte, o incluso por creernos. Te prometo que preferiría no tener papagayos habitando en las neuronas ni que mis sinapsis me pidieran permiso un segundo sí y otro también, pero siempre ha habido países en los que las precipitaciones son regulares y abundantes; cuestión de climas, supongo. Te preguntaría tal vez si en alguna ocasión me disparaste sabiendo que no moriría, pero últimamente prefiero buscar hipótesis sobre tus no-verdades... Quién sabe, quizá nunca me desangré o ni tan siquiera me heriste; incluso es probable que no sepas cómo es una bala.

He dejado en la mesa las copas de vino que dejaste antes de marcharte y un par de cigarrillos rubios, por si algún día te apetecen. Si quedaba algo de melancolía, mi pena decidió tomársela a chupitos de blues; tú sigues teniendo tu Cutty Sark en el minibar, no te preocupes. He decidido insonorizar el cuarto y reparar el tocadiscos, alguien tendrá que acompañarme mientras toco el piano.

Siempre decías que la inspiración no habitaba en el sofá de casa, que donde estuviera el mar se ahogaran todos los inviernos y que mejor vivir en un abril constante a estancarse en un octubre de esos que no terminan de llegar. Y ahora lo recuerdo y echo de más a menos las flores, la arena y los viajes fugaces en busca de musas nuevas; por eso, he quitado el calendario y el reloj del fondo; el tic-tac del segundero no cesaba de gritar.

En ocasiones sigo creyendo en el iris de tus ojos y, en otras, atisbo a ver mi

reflejo en la amarga profundidad de tus pupilas. Siempre dije que nunca me importó que el sol practicara malabares conmigo y ahora intuyo que, tal vez, lo prometí mientras la luna menguante entonaba un brindis con champagne barato. Sólo puedo dormir los párpados y sentir la agitación de un mundo que rodea mis entrañas, que galopa a la velocidad desorbitada de tu rabia y frena a golpes de rock and roll que escupen el ruido del tumulto a borbotones... Mientras, todas las fachadas siguen adornadas de sensatez y dosis de idealismo que rozan mis pestañas; coloreadas de un fuego intenso que calienta al mismo Bóreas y admiradas con la pasividad de un relámpago que no cesa.

La nostalgia y el coraje se mezclan con el sinsentido que rige hoy el planeta, aliándose con una armonía difusa e intermitente, que me impulsan a continuar el trayecto... Y camino con pausa porque dicen que el tiempo amansa a las fieras y dejo sonar música porque dicen que lo cura todo... ¿O era al revés? Ya no sé si mi irracionalidad dicta estas palabras, si la tinta de esta pluma se apoderó de mi "ello" más primitivo o si mi conducta traza una línea coincidente con características delirantes. Frecuentemente ni siquiera en sueños logro recordar tu aroma y, a pesar de eso, a cada minuto impar considero que ni en mi peor pesadilla querría volver a rozar tus labios, oír tu voz o acariciar tu aliento.

Desde aquí la humanidad parece empequeñecerme y la vulnerabilidad decide adelantar su visita. Desde este solitario refugio todavía se percibe que sus miradas son más narcisistas que sus propias mentes y, aun así, tu silencio sigue siendo el abismo que habita en mí. Hoy es indiferente ya si el espesor y la incertidumbre de la niebla te recuerdan a mí o si la fuerza y la inmensidad del oleaje aún me llevan a ti... Sólo te diré que, por momentos, ya no sé cómo soy ni lo que fui. No sé por qué perdí, ni si alguna vez gané. No sé si alguna vez me fui, me equivoqué o me olvidé. Sólo espero que, tras varios lanzamientos, la moneda acabe decantándose por cara o cruz, que las indecisiones me quedan ya demasiado grandes. Ya sabes que antes soportaba hasta las raíces del clavicémbalo más antiguo y las cuerdas del violín más vetusto hasta que mis lágrimas encarceladas decidían jugar a corretear a su libre albedrío. Ahora tan sólo puedo intentar dejarme sorprender aquellas horas en las que mis venas son capaces de controlar la tensión de las noches en vela, de los días de vaho y los atardeceres berenjena.

Y después de esta dulce, cruda y pasional introspección, no creo que te atrevas a afirmar que la duda y el desconcierto no son buena combinación porque he decidido alquilarles una habitación del piso. Ya sólo espero continuar en esta novedosa armonía donde el silencio impera, rima y reina en un oasis donde todo, o nada, vale la pena.

Juan José Nieto Lobato

(Salamanca, Castilla y León, España)

EL FRUTO DE UN INSTANTE

Una gota se escapó del océano, ascendió hasta el cielo y, junto a otras gotas, formó una nube. La nube, de singular espíritu viajero, impulsada por los vientos del oeste, llegó hasta mi casa y, entonces, llovió. La reconocí enseguida entre todas las gotas aventureras que componen la lluvia. Mejor dicho, ella me reconoció a mí, y me buscó. Y me encontró. Las lágrimas siempre recuerdan a sus dueños al igual que estos no pueden olvidar el dolor que les generó su parto. Aquella gota era mi lágrima. Nació un mes agosto de 1992.

Un la menor desafinado se fugó del concierto, merodeó entre el público, retumbó contra las paredes, encolerizó al director, entristeció a mis padres y sonrojó mis mejillas. Hoy, aquel la menor desafinado ha regresado a mi mente y camina junto a mí. Procuero tararear otra melodía, pero no puedo.

Un balón huyó del patio, saltó la tapia y se escondió. Lo buscamos con detenimiento, pero se burló de todos nosotros. Hoy una pelota se ha cruzado de nuevo en mi camino. Diría, por su aspecto avejentado y las arrugas de su piel, que lleva años vagando por las calles buscando a un niño que quiera golpearla y cobijarla en su hogar. Sí, es ella, la pelota rebelde. Ya la tengo entre mis manos.

Faustino sigue acudiendo puntual a su cita de los domingos en Plaza España. En su mochila guarda varios mazos con cromos de tanques, coches, series de televisión y fútbol. Hace semanas vi cómo, aburrido y solo, empezó a intercambiarse los cromos a sí mismo, cambiándose de sitio como si un mismo cuerpo pudiera encerrar diferentes personalidades y a todas ellas les hubiera dado por completar la misma colección. Un día, por curiosidad, me acerqué a él. No pude establecer una conversación seria, pero sí emocionarme al contemplar que el cromo que siempre me faltó para terminar el álbum de tanques alemanes existía de verdad. Hoy es domingo y, aunque hace frío, ya voy camino de Plaza España.

Una herida se borró de mi piel sin dejar cicatriz. Navegó por mis entrañas, conoció mis mayores secretos e hizo amigos entre los diferentes glóbulos rojos y blancos de mi organismo. Tantos, que, negándose a ocupar el limbo donde van a parar las heridas, quiso reaparecer. Esa herida es la pérdida de la inocencia. Y toda pérdida es imperecedera, aunque esconda, por momentos, sus efectos.

Una fotografía desapareció de mi cuarto el día en que Ayrton Senna estrelló su coche a trescientos diez kilómetros por hora en San Marino. Se debatió contra la asfixia entre muñecos y juguetes, entre carpetas de apuntes y guías de

viaje. Permaneció sepultada y fuera de mi vista en cada industrioso intento por ordenar la habitación. Y hoy regresó. Apareció en mi mesilla, perfectamente colocada, junto a una nota escrita con mi letra. Los ídolos nunca mueren, rezaba. Ayrton sigue sonriendo.

Las palabras de mi primer libro se amotinaron y se declararon en huelga dejando huérfanas, y blancas, las páginas que antes habían ocupado. Dijeron sentirse insatisfechas y vulgares entre tantas otras. Reclamaban el derecho a ser únicas y queridas. No entendieron que cumplían, por separado, una función indispensable: darle sentido a las demás. Las veo regresar a través de la ventana, pero ahora soy yo el que se declara en huelga. Qué difícil se me haría releer aquellos versos justo hoy.

Durante años no supe nada de la cruz bañada en plata que me regaló mi padrino por mi primera comunión. La supuse feliz entre un abigarrado conjunto de símbolos supersticiosos jugando a piedra, papel o tijera, pues creía que era así como se disputaban la primacía en sus reuniones. En mis sueños la cruz le leía la mano a la media luna y ésta, a su vez, le echaba las cartas a la estrella de David. Pero hoy veo a Cristo, puro y sin mácula, y a la cruz manchada de sangre por la redención de la humanidad y no encuentro otra causa a la que abrazarme.

Todos mis principios e ideales murieron con mi madre. Se los llevó consigo a su ataúd, emboscados en algún bolsillo o camuflados con el riguroso negro con que la vestimos. Lo cierto es que los perdí de vista, y ellos a mí. Fusionados con la tierra, alimentaron como sustancia inorgánica el enebro que aromatisó los alcoholes que constituyeron la base de las copas de ginebra que, servidas a palo seco, regaron mi juventud. Y ahí que me los encontré de nuevo, aunque de borracho que estaba, no los llegara a reconocer. Pero hoy lo he hecho.

¿Y tú, padre? ¿Dónde te escondiste? ¿Debajo de qué piedra ocultaste la cabeza? ¿Cómo invertiste tus últimos años? ¿En el bingo? ¿En la bolera? ¿O aprendiste, tal vez, a utilizar las nuevas tecnologías y te enganchaste a algún mundo paralelo? Callas, como siempre. Nunca nos tuvimos nada que decir.

Agosto de 1992. Todo me regresa allí. A una playa de arena grisácea; a tus ojos que de tan azules, por momentos, jugando con la luz del día, y con mi fortaleza, se tornaban transparentes. Recuerdo vivamente cómo un mechón rebelde cubría parte de tu frente y, también, que tu sonrisa avanzaba más alta que de costumbre sobre tus carrillos. Cayó la noche y, abrazados, nos envolvimos bajo ese gran manto que es para los amantes la oscuridad. Y desperté,

antes que tú, como había previsto para poder verte acurrucada sobre tu hombro izquierdo, tendida sobre la arena como una ninfa. Aquel amanecer descubrí lo que es la belleza, emití una lágrima como despedida y partí. Nunca más volvimos a vernos. Sólo regresó mi lágrima. Sola.

Las lágrimas, los fracasos, los amigos de la infancia y los anhelos inocentes, también las heridas que un día creímos cicatrizadas; los ídolos y esos bocetos que ahora nos abochornan, incluso Dios, en sus diferentes formas; las enseñanzas de una madre o la humana debilidad de nuestro padre. Todo regresa menos la belleza, pues ella es el fruto de un instante.

Alberto Palacios Santos

(Salamanca, Castilla y León, España)

LA PRIMERA VEZ QUE LISS FUE A LA CASA AMARILLA

Liss da vueltas en su habitación tal como ha visto hacer a las heroínas de las películas americanas. Es un dormitorio grande, situado en la parte más alta del caserón familiar, con una enorme cama de hierro situada entre una ventana inmensa y un espejo de cuerpo entero y marco dorado. El ventanal es un gran rectángulo que, a modo de pantalla de cinematógrafo, enmarca una extensión verde salpicada de árboles de hoja perenne perfilando un camino que conduce a una gran mansión que, desde allí, parece y quizás lo sea, una casa de muñecas de color amarillo.

Liss gira, baila y canturrea en medio de un atardecer de principios de otoño de 1931, acaba de cumplir diecisiete años y esa noche acompañará a su dos primos mayores –John y Eric– a la fiesta que se celebra en la Casa Amarilla, será su primera fiesta de adultos.

Liss está inquieta, el sonido del tafetán de su vestido violeta le provoca un estado de excitación casi incomprensible, las campanadas, cariñosas y guturales, del reloj del salón, se cuelan bajo la puerta y le anuncian que quedan quince minutos menos; un ave de las nieves pasa, cruza la ventana de este a oeste y la muchacha sueña con alcanzar las nubes.

Liss se sienta sobre la cama, la falda del vestido, violeta, se extiende sobre la colcha dorada, como una flor inmensa, sus ojos escapan y se posan en un zoótropo, colocado junto a la librería, en el que un zorro salta dos troncos tumados a modo de valla. El zorro, o el aparato, le hacen pensar en su padre, y en el día que volvió a casa, también en el rostro de su madre, del que sólo recuerda los hoyuelos de su sonrisa, y en palabras sueltas que ya han perdido su verdadero significado.

De nuevo el reloj y de nuevo Liss girando como una actriz de vodevil, abriendo y cerrando puertas, quitándose por fin ese maldito vestido violeta que le disimula casi por completo el pecho.

En el armario hay dos o tres vestidos más, uno muy ceñido de seda, el resto confeccionados con telas traídas de París y con los que también podría ir a la fiesta de la Casa Amarilla, en su baño varios frascos de perfume del que será importante saber elegir uno solo, en su zapatero seis o siete pares de zapatos, y otros tantos de botas y botines que deberán esperar al color del vestido elegido, en su joyero... de su joyero solo le gusta la musiquita de Chopin que suena desde que cumplió trece años. Liss lo abre, se queda absorta, hipnotizada, con la mirada perdida en medio de un anillo de plata, regalo del abuelo pobre irlan-

dés, colocado en medio de la pulsera de oro, regalo del abuelo rico, también irlandés, dueño de esa casa y de todas las tierras de alrededor.

Nadie sabe con qué o con quién sueña Liss, pero el reloj del salón ha vuelto a repiquetear su musiquilla amenazante y Liss se levanta asustada, entra en el baño, se quita sin esfuerzo un corpiño que hizo sonrojar a su abuela cuando, una tarde de verano, lo compraron en una de los mejores almacenes situado en una de las peores calles de Dublín, se desnuda por completo, coge un cepillo para el pelo y comienza a peinar con fuerza su larga melena pelirroja. Con el cepillo recorriendo su cabello sale al dormitorio, se mete en el armario y saca todos sus vestidos, de ahí corre desnuda a su viejo cuarto de juegos donde vuelve a revolver en su joyero y donde encuentra una cajita lacada en rojo con unos polvos de maquillaje chino que nunca ha aprendido a usar, a continuación abre uno de los cajones de la cómoda de donde saca unas medias blancas acabadas en unos lazos rojos y que, hasta hoy, solo se ha puesto a escondidas. Deja el cajón abierto que ahora parece mirarla, asombrado, con sus dos agarradores redondeados como dos manzanas mates y vuelve al baño, llena una palangana con agua y sale buscando un espejo con el que verse mejor para hacerse un moño que un día vio en una revista inglesa. En ese momento llaman a la puerta, la abuela Matty le anuncia con voz afectada que es la hora, los primos han llegado y todos desean verla bajar las escaleras como si fuera la reencarnación de la princesa Isolda o de la diosa gaélica Brigantia. Pero Liss, que no sabe de princesas ni de diosas, vuelve la vista hacia la ventana, aquel rectángulo perfecto por el que los días en los que el mundo gira a favor cruzan las aves del invierno y por el que una noche de noviembre soñó que un marinero con el acento cálido de algún país del sur entraba a ver cómo se quitaba las medias blancas.

Liss sonríe y, en medio de un escalofrío, responde a la abuela que, efectivamente, está lista y sale. Antes de hacerlo se mira en el espejo de cuerpo entero que hay frente a la ventana, lo que ve le hace llevarse las manos a la boca, el pelo rojo a medio camino entre un moño sofisticado y la selva salvaje, la cara cubierta con el color blanquecino de los polvos de arroz, los labios finos que la sonríen con picardía, los pechos pequeños con los pezones rosados salpicados por el maquillaje, la pulsera de oro colgando, exagerada, en su mano izquierda y el anillo de plata, casi invisible, en el meñique de la derecha, las medias blancas sujetas con ligas acabadas en lacitos rojos que resaltan hasta el delirio sus muslos y el pubis... y los zapatos, brillantes como un espejo negro, a juego con el resto de la indumentaria.

Liss espera que, cuando baje las escaleras del salón, nadie se dé cuenta de que le falta el perfume, que no fue capaz de escoger ninguno que combinara con ella y con aquel momento, sin duda, delicioso e inolvidable.

Alejandra Ramis Parera
(Valencia, Comunidad Valenciana, España)

BELLEZA: DAME EL NOMBRE DE TODAS LAS COSAS

La belleza me hace daño. Son todas las imágenes de infancia que sufro por traer de vuelta, del otro lado. Del lado de la desmemoria y del tiempo, que al final acaban por ser la misma cosa. Me desespera la belleza, está por todas partes. A veces sufro 'sobreexposición' al término. Está la belleza llana y alegre de los rostros bonitos, que gusta y da dolor de cabeza a la vez, como esos perfumes embriagadores que inundan las fosas, que dan agonía porque colapsan los sentidos. Está la belleza simbólica, como esas palomas que vinieron a morir al balcón el otro día y que yo miraba a través del cristal intuyendo pero sin comprender, un sentido metafísico que se encuentra como el tejado, muy por encima de mi cabeza. Está la belleza que tiene el tiempo sobre nosotros, las personas corrompidas y arrugadas, los surcos macilentos y los dedos manchados por el vicio. La belleza creadora; esa que tiene que ver más con la fe que con cualquier otra cosa: esto son las mañanas de primavera y el sol de invierno con su promesa de cielos límpidos y demás profecías inciertas pero esperanzadoras. Está la belleza del lenguaje cuando fluye como la savia y el que escribe se desliza entre esas sonoras y recuerdos mullidos olvidando los signos de puntuación. La belleza me persigue, me redime y me humilla ante un altar. Así, de rodillas confieso que me asombra descubrir su forma esférica. La belleza es toda presunción de inocencia y toda no declaración de hechos, es toda idea no escrita y no postrada sobre el papel. En el acto originario, en la primera palabra, en el impulso salvaje, descontrolado. En la esencia de las cosas, por debajo del pensamiento, y de los modales en la mesa. El arte antes de serlo, el cuadro antes de pintarlo. Busquemos más allá, en la imagen inicial que atormentaba a ese pintor. Ahí reside la belleza; esa fulana huidiza que está en permanente búsqueda y captura y que me miente y engaña condenándome a mirar donde no debo; en la luna, en las estrellas, sin hallar nada más que el silencio magnificado y una existencia obtusa; la mía propia.

En todas partes está menos donde ponemos la intención, cuando la ponemos se nota, la mano retocando los centímetros de más, eliminando una arruga y rebajando la tonalidad. La toma 345 de la escena del beso. El texto pulido y encorsetado, la métrica calculada con un diapason de piano de cola. Es pretenciosa la belleza, demasiada auto conciencia. Las ruinas del coliseo saben que son ruinosas y decrépitas, el ser humano se observa en el epicentro del universo e inventa el antropocentrismo. No puedo digerir tanta belleza. Cuando

amo o cuando odio, a lo que amo y lo que detesto, todo contiene una belleza que acaba por desbordarme y quiero una explicación a esta belleza hiriente. ¿Quién ha manchado de culpa a la belleza?, ¿La mosca que zumba en África con deseo de armar una metáfora, Eva comiendo una manzana en el paraíso, los hijos de la ira pisoteando uvas? ¿Por qué la belleza está manchada de remordimiento? La belleza en el aullido desolado y en los ojos temblorosos y en el momento justo antes de caer ante la nada, y en ese toro a punto de embestir o de ser derrotado y en esa lava roja que salpica grotesca.

No existe la belleza en términos absolutos, y ese es el peor castigo. Andar pisando tablas movedizas, también sobre las formas que pueblan el mundo. Yo forma, cuestiono la belleza de las otras formas y hasta su realidad, su nombre y mi fe. Yo tampoco soy término absoluto de nada, ecuación al cuadrado. Solo una sombra que Dios contempla pensando si rebaja la tonalidad o repite la escena en la que miro la luna nostálgica.

... mientras pienso una cámara va alejándose despacio y abre el encuadre. Plano cenital-anota el creador.

La luz mengua y se diluye. Todo lo que no es ese punto negro que soy yo, es el universo; una gran "fauce" esférica que me ha centrifugado hacia su centro. Ando por una montaña verde y leo sobre belleza y de belleza: Lorca, Darío, Benedetti. Veo las flores sobre el campo y no puedo admirarlas, he de preguntarme quién las puso allí, he de sentirme culpable porque están ancladas a la tierra y yo sin embargo puedo volar y moverme atravesando el aire. Entre lo que observo y lo que soy hay distancias insalvables de belleza y agua o aire. Sé que en todas las cosas hay belleza, sé que las metáforas se construyen sobre las imágenes más aterradoras, como las piedras recubiertas de sudor de los esclavos. Sé que hay belleza en el esfuerzo, en la rebeldía, en las bocas que desean y se abren y en las palomas que anuncian su muerte en los balcones del vecindario. Hay belleza como misterio en los dedos que ejercito a diario y en este cuerpo esférico sobre el que planeo las primaveras que están por llegar, en cómo se despiden las estaciones y su quehacer profético, en las imágenes que heredamos de los cuentos infantiles y de los libros de historia, en la pesada conciencia y hasta en la destrucción si se quiere. Desde el origen y hasta el último aliento. No siempre es bella la belleza. A mí me agotan sus infinitas dimensiones, la imposibilidad de albergarla en un frasco, porque sería demasiado simple afirmar que la belleza es una mariposa atrapada en un recipiente. Tal vez si la mariposa arde, tal vez si el humo llega hasta quién sostiene la lupa reflectando sobre el ala... si llegara esa señal de auxilio...

La chica cierra los ojos y el plano se cierra hasta convertirse en primerísimo primer plano de su rostro –anota quién sujeta la lupa–. Cesa la verborrea y ella abre lentamente los ojos. Anda de nuevo por el mundo sin conocer el nombre y el olor de las cosas.

Francisco José Segovia Ramos

EL CUERVO

Me encontraba en mi habitación leyendo a la luz de una lámpara de amarilla pátina un poema de Poe, el maestro. El fresco de la noche penetraba a través de la abierta ventana, y el silencio, omnipresente, solo era roto por el sonido del deslizarse de las hojas del libro que tenía entre mis manos.

De pronto, oí un inesperado aleteo a mis espaldas. Me giré y contemplé a un cuervo posado en el alféizar de la ventana. Era negro como la noche y silencioso como la muerte. Él, taciturno misterio tras la repentina aparición, inmóvil estatua de mármol en negativo, también me estaba escrutando con sus ojillos rojizos. Mi sobresalto inicial dio paso a la curiosidad, y me giré totalmente sobre mi silla, para contemplar mejor a aquel animal.

¿Qué hacía un cuervo en mi ventana, en la cuarta planta de un edificio en pleno centro de una ciudad moderna? Recordé el poema de Poe y un estremecimiento recorrió mi cuerpo sin poder evitarlo. El cuervo, como si respondiera a mis pensamientos, revoloteó y se posó en uno de los estantes de mi habitación derribando, al situarse en él, al amoral "Anticristo" de Nietzsche, que cayó al suelo. ¿Qué demonios ocurre? mascullé, pero el cuervo, en su pedestal de madera, no respondió.

Todo aquello formaba una extraña combinación; la noche, el sepulcro nocturno en el que paso tantas horas, el triángulo de luz donde me refugiaba para leer... y el cuervo. Y las respuestas no llegaban: tan solo las preguntas, las inquietudes. ¿Qué somos?, me pregunté y, en el mismo instante, quedé sorprendido por mi propia pregunta. Miré al cuervo con desconfianza, e intenté buscar en su anatomía algún defecto, una clave o un detalle que me indicaran que sufría un mal sueño, pero no descubrí nada fuera de lo normal. Si hubiera recordado alguna oración habría rezado, quizá con la idea opresiva en mi mente de que aquella ave era un mal augurio del infierno o un enviado del demonio, pero sólo fui capaz de preguntarle –todavía me asusta mi reacción– ¿quién eres? Pero el cuervo, como sospechaba y temía, no respondió.

¿Por qué me hice la pregunta? ¿Acaso el cuervo había despertado en mí algo más que sorpresa y miedo? Pensé, en mi desvelo, que el cuervo era una metáfora y al momento me acusé de que estaba loco por pensar semejante estupidez. ¡Si solo era un maldito cuervo! Mientras meditaba, mordía mis uñas y permanecía pegado a la silla, sin poder moverme, el cuervo no se inmutaba y me miraba con sus rojizos ojos y mantenía cerrado su anacarado pico. Sentí que penetraba en mi alma, y la sensación, por nueva, era inusual y aterradora.

"Nunca más". Me quedé sobrecogido. ¿Había sido el cuervo quien había susurrado esas palabras? ¿O era mi imaginación, ya desbocada al igual que mi corazón? Dejé caer el libro de Poe, que fue a hacer compañía al del anticristo, levanté los pies del suelo y los recogí sobre la silla, en un gesto fetal. Estaba al borde del pánico y, al mismo tiempo, sentía una curiosidad creciente que rayaba en lo morboso. ¿Quién eres?, pregunté, tras lograr alcanzar un resquicio de valor. Pero el cuervo, enigmático, no respondió.

¿Qué podría hacer o decir a continuación? Nada, me dije. ¿Hablar con un ave que, por otra parte, rayaba en la locura que pudiera estar dentro de mi habitación? Decidí que tenía que expulsarla a la calle de una vez, y recuperar la tranquilidad; que todo era producto de mis nervios, de la falta de descanso, del exceso de estudios... pero no pude actuar. Me sentí impotente, inútil, y paralizado en vida. "Nunca más", volví a oír –o, tal vez, imaginé–. ¿Nunca más el qué? ¿La vida, la muerte, el amor? En el poema de Poe el cuervo era un vaticinio, una metáfora, un aviso... pero no hablaba. Eso al menos era lo que recordaba. Claro que tampoco estaba seguro de que el ave que tenía en mi habitación hubiese formulado de nuevo la frase, y no fuesen mi imaginación y mi cerebro turbio o mi corazón acelerado los responsables de todo.

El cuervo, otra vez sin previo aviso, volvió a levantar el vuelo, y se posó con rapidez sobre un busto de Beethoven, que tenía sobre una solitaria estantería. ¿Qué pretendes?, le grité, ya sin control alguno, pero sin moverme un ápice de mi sitio. El ave –de más está decirlo– no respondió y Beethoven, enigmático sonriente en su sordera de granito, siguió con su gesto adusto, tal vez dirigiendo su Heroica. ¡Qué absurda me parecía la composición que formaban el cuervo y el busto! ¡Y qué absurdo me parecía yo mismo, allí inmóvil e incapaz de hacer nada! "Nunca más".

Sí, nunca más. Y faltaban las respuestas, todas las respuestas, hasta las más esenciales. La noche, testigo mudo del encuentro mamífero-ave, se desvanecía en el recuerdo como todo lo demás; libros, lámpara, mesa, bustos, paredes, casa, mundo... Y el cuervo era la noche, y yo me convertía en el cuervo. ¿Dormir, morir, soñar tal vez?

"Nunca más", oí de nuevo, o quise oír, y el maldito animal levantó el vuelo y salió por la ventana. Aleteó un breve instante antes de perderse en las sombras y el silencio de la noche de la que había nacido. Me quedé pensativo unos instantes, sin atreverme a salir de mi refugio de luz. Después me incorporé con lentitud, y me acerqué hasta la ventana. Miré fuera, pero solo pude ver mi propia ceguera... nada más. Unos minutos más tarde, tras recoger los libros caídos, el cansancio me inundó y quedé dormido.

No sé todavía si aquello fue un sueño o sucedió en realidad, pero no tiene ninguna importancia y, de todas formas, nunca sabré la respuesta. Lo que nunca olvidaré es ese "Nunca más" que clavó una aguja en mi espíritu o, tal vez,

despertó algo dormido en mi interior, que pretendo acallar escribiendo párrafos y más párrafos en un loco intento por silenciarme.

Mireia Torralba Erruz

(Barcelona, Cataluña, España)

LA ILUSIÓN MÁS BELLA

En mis recuerdos vuelvo una y otra vez a esa noche cálida de principios de verano. Las estrellas brillan en la laguna inmóvil. Son un doble espejismo, meros reflejos de luz muerta. Y en este escenario irreal estamos tú y yo, creyendo amarnos. El tiempo parece haberse detenido, la arena juega con nuestros pies y la música lejana se recrea en los nervios donde el placer y el dolor se funden una y otra vez. Nos sentimos inmortales y nos estremecemos, y en este instante, aquí, donde millones de parejas antes se pensaron eternas, fatuos, creemos ser los primeros, los únicos. Me susurras que a veces te parece que abandonas tu cuerpo y puedes verte, y te parece que esa persona no eres tú. Yo pienso que eres un ser mágico y frágil. Y hablamos de la teoría de las cuerdas, de los universos paralelos, y tú sonríes y me besas y te prometo quererte para siempre, en este y en todos los universos.

Después los días de julio se sucedieron desordenados, y no sabíamos muy bien si era de noche o de día. Los recuerdos ahora se entremezclan borrosos y quedan sólo imágenes y sensaciones confusas: las fiestas en aquel ático, las luces de la ciudad, el mar, la laguna y esa urgencia que quemaba, esa pulsión casi animal que nos hacía perdernos el uno en el otro, una y otra vez, parecía que duraría siempre.

Y unos meses después nos fuimos a vivir juntos y los primeros meses, incluso años, eran tan ligeros, y resultaba tan sencillo cumplir esa promesa; tardes en el césped leyendo bajo sol, con todo el tiempo por delante. Descubrimos juntos a Ishiguro mientras el cielo rompía en colores, tópico sobre tópico, construyendo una felicidad prestada de una comedia romántica sensiblera. Pero parecía tan nuestro, y las hojas de los árboles se agitaban. En esos días me contaste que te gusta pensar que toda pieza de arte alberga un trocito del alma de su creador y que por eso puede atravesar la piel y llenar los vacíos de la nuestra. Y, yo, que nunca he creído que el alma se alberga en un lugar físico del cuerpo, experimenté, sin embargo, una alegría irrefutable; una alegría que nacía en el esternón y se radiaba a todas las células de mi ser. Y los días de tormenta en los que se desplomaba el cielo y parecía que el mundo se iba a acabar sólo tú y yo sonreíamos, o eso creía yo. Y te quería más que nunca

porque te había encontrado entre millones de millones de personas y esperaba que en los universos paralelos también nos halláramos, nos tuviéramos. Y tus pensamientos eran arte y llenaban los huecos de mi alma imperfecta e irreal, al menos durante un instante feliz.

Sin embargo para siempre es mucho tiempo, y el empeño en atar las cuerdas de nuestras vidas terminó por enredarnos en marañas de rutinas absurdas. Lavadoras, comisiones bancarias y papillas. Tus mordiscos y tus gemidos contenidos en los baños de aquel museo cada vez quedaban más lejos. Dejamos de leer a Ishiguro en el césped. Y cuando me hablabas de los retazos de alma te miraba con indulgencia. ¿Cuándo nos rompimos, que no nos dimos cuenta? Quizá fueron las puertas que se iban cerrando, o las comidas de los domingos con tus padres, pero me sentía como si tuviera ochenta años. ¿Acaso ya no había nada más?

Y en el trabajo su mirada me atravesó. Intenté resistir, aferrarme a ti, pero era difícil, y el bebe nos robaba sueño e intimidad. En casa era esa sombra que te sabías de memoria, con las historias de siempre, pero en el trabajo no. Ella había leído mis artículos y los apreciaba. No serían obras de arte, pero el contenido era sólido, aunque a ti te resultara aburrido. La comunidad científica los valoraba y yo había puesto mi alma en ellos, aunque tú no lo vieras. Y ella me miraba con admiración. Su sonrisa cargada de intención e insolencia. La tensión y sus roces cuidadosos.

Aquellos días pensaba en ella y me preguntaba si en otros universos sería libre, o si también estaría atado a ti.

Al final, una tarde en que ella y yo nos quedamos en el laboratorio a terminar unas pruebas sucedió. Fueron solo cinco minutos mal contados pero la adrenalina se disparaba y yo tenía veinte años otra vez. De pronto la vida estaba abierta a miles de posibilidades. Después, al volver a casa, me costaba mirarte a los ojos: la culpa y la vergüenza. Me prometí que no volvería a pasar, pero ocurrió de nuevo, repetidamente.

Y con el tiempo lo descubriste. Pensé que me echarías de casa, pero me perdonaste. Te hiciste un ovillo y me pediste que te abrazara. Estabas temblando, te quedaste dormida entre mis brazos, parecías tan frágil.

La mañana siguiente estaba desayunando cuando recibí la llamada: de pronto ya no estabas en este mundo. Ya no estás. Nuestro hijo en su cuna respiraba levente, feliz. Sentí un dolor infinito que nacía en el esternón y se radiaba a todas las células de mi ser. Todavía dura. Y tu última noche tembla-

bas desvalida. No hicimos el amor, ni te hice reír. A veces trato de imaginar que quizá escapaste de tu cuerpo antes del choque, que viste el accidente sin sentirlo, y que sólo tu cuerpo se ha desvanecido. También pienso que quizá en otros mundos fui mejor compañero de vida e hice nudos mejores y más fuertes con las cuerdas del universo y que en esos mundos todavía eres. Y ahora sé que te quiero, ahora que ya no eres. Y es cierto que nada tiene sentido, porque no creo en la inmortalidad del alma, pero tus pensamientos son arte y siguen llenando los huecos de mi alma imperfecta e irreal, se proyectan en mi alma inexistente, son como el reflejo de las estrellas en la laguna aquella noche de principios de verano. Son la ilusión más bella.

Francisco Vinuesa Caro

(Granada, Andalucía, España)

LA FLOR DEL ALMENDRO

La mirada lenta y pausada del anciano recorría las crestas de la montaña siguiendo placida la sombra de la nubecilla.

Una alondra saltaba entre las ramas del almendro cercano mientras a sus pies ese pequeño perro no paraba de bostezar en un sueño que parecía eterno.

Cerrando los ojos podía distinguir el lejano canto de las cigüeñas mientras que en su memoria aun resonaban las campanas de la vieja iglesia hace años ya abandonada.

Las ovejas tristes seguían paseando indolentes en el llano, buscando los primeros brotes de aquella tenue y perezosa primavera. Un conejo o quizás un simple gorrión despertó por un momento de su sopor al perro, mientras que el, con un lento movimiento en su mirada recorría de nuevo el infinito páramo que lo separaba del pueblo, para volver lentamente a navegar a través de las tempestades de sus recuerdos, esperando, o más bien deseando, pronto llegar al placido puerto de la muerte.

Pero ese faro era esquivo y desde hace demasiados años buscaba encontrarlo en el siguiente recodo, tras la tapia del viejo caserón, en el pajar de la plaza o en la derruida casa del cura. Pero en su lugar, solamente una huidiza ginetá o un triste gato parecían acompañarle; y la maldita muerte jugaba una y otra vez a un macabro escondite.

Ya ni el semblante de su mujer le llegaba, extraña y quebradiza, enterrada por el mismo, años atrás, en el frío suelo congelado del cementerio. Un único pico encontró entre las casas abandonadas. Una sabana la cubrió sobre su gastado vestido, sudario de una vida que la muerte esperaba o quizás de un cadáver que la vida gastaba. Una cruz, robada a un paisano que no recordaba pudo colocar encima, garabateando en una vieja tabla su nombre, sin fecha, ya no recordaba cuando nació, o quizás nunca lo supo; y a quien le podría importar el día que murió; fue el mismo día de su boda, o la tarde que la conoció. Porque perderla nunca la perdió pues nunca llegó a tenerla, solo sabía que aquella noche más fría, noto que sola, como toda su vida aquella mujer moría. Si sabía que era invierno, sí, frío invierno en el cuerpo y ahora en el alma que permanente, sin razón, lo acompañaba.

Buscaba su imagen, su mirada huidiza, su voz pequeña, como ella misma, pero sobre todo era de nuevo golpeado por sus eternos silencios, pesados y

callados silencios que lo decían todo en esa nada en la que vivían. En esa nada en la que hoy morían. Habían reído y llorado, quizás muchas más lágrimas, pues ni una sonrisa podía recordar ahora en su rostro.

Una nube tapó de repente el sol y un escalofrío profundo recorrió su cuerpo, a unos metros un pequeño rayo iluminó levemente una rama en el almendro. En su extremo, un brote asomaba difuso pareciendo retorcerse, quebrado por el sol calló el último de los trozos de la madera del invierno que lo envolvía, abriéndose, lentamente, una pequeña flor. Al sol parecía brillar más que la lejana nieve de la sierra y a su calor, imitando el rocío, una lagrima parecía salir de aquellos cansados ojos.

Ese viejo almendro era el mismo que su propio abuelo plantó en los límites del antiguo corral. Ahora recordaba y veía las piedras que derrumbadas remarcaban aquel extraño cuadro. En su memoria otra flor, una flor en la mirada de un niño, una flor blanca, resplandeciente en su primer día, esperaba ser luz de un sueño; y vio la misma flor, pero el sueño tantas veces aplazado, escamoteando el hambre y las lágrimas se había escapado.

La flor le narraba sus anhelos, sus sueños y todos aquellos lugares que podría llegar a conocer, la flor cantó sus batallas y sus guerras perdidas, sus cárceles y sus hijos muertos.

La flor, en su blanca pureza le contó su novia temblorosa, su miedo y su cobardía, de como de vuelta al pueblo enterró en el mismo frío suelo del cementerio sueños y victorias junto a la vieja tumba en la que reposaba su abuelo. Miraba y veía reflejados sus propios ojos en un círculo infinito de miradas y reproches, buscando todas aquellas respuestas ignoradas en su vida, en sus silencios, en todas las lágrimas escondidas en el último rincón de su perdida alma.

Una tenue flor le hablaba, y las lágrimas caían a sus pies sembrando lentamente de dolor aquel mustio páramo. Escuchaba, como un eco, las campanas imposibles de la iglesia, llorando al ver que fue siempre la simple magia de aquella flor la que busco en tantos años, en tantos lugares, en tantos sueños rotos y quebrados.

Por fin una sonrisa se dibujaba en su rostro cansado, una sonrisa al ver su propio cuerpo cayendo lento a los pies del perro, un perro que ni tan siquiera un musculo movió, ni miró. Solo un gorrión salto sobre la pequeña rama del almendro que por su peso quebró, llevando dulcemente al suelo una nueva flor, una flor que un niño recoge admirado de su delicada belleza, a la vez que como una sombra ve y se le antoja, un cuerpo desconocido, un fantasma posado a sus pies.

Toda su vida solamente buscó reencontrar aquella flor, aquel sueño que por un instante un niño tubo bajo un almendro en el que la vida le proponía, como en un juego, toda su esperanza, toda su grandeza y toda su pasión. Hoy la vida vuelve para cobrar su cuota, para ver todo lo que floreció y llevarse rentas de

aquella flor que una primavera entre sueños le dio.

Tenues las campanas de la abandonada iglesia suenan, y ecos de las fiestas de domingo recorren el páramo. Un perro olisquea el tronco caído de un almendro y unas ovejas indolentes pastan junto a la tapia del corral, mientras que un niño, con una extraña flor de almendro, sueña con su propia muerte persiguiendo flores que caen en los precipicios del tiempo. En los versos sin dueño.

María Rosaura Tamayo Ochoa

(México)

ESTACIONES

PRIMAVERA: Brotan del vacío las flores. Una abeja mira desde lo alto las semillas que se guardan en un cofre de tierra y tiempo. El calor las hace germinar y convertirse en hermosas damiselas de colores, que se visten con pétalos de seda. Se para la abeja sobre unas hojas verdes y hacen que su belleza crezca en un jardín de encanto y rocío. Se acerca ella, a las aves que han lavado sus plumas en los estanques y han afinado sus cantos para empezar la sinfonía, con el naranja amanecer, como un durazno maduro y apetecible. Más abejas cargan su morral listo para llenarlo de miel acompañadas con risas y juegos. Las nubes acarician sus alas transparentes que dejan pasar los chispas del sol, esos que enmarcan a la naturaleza. Hoy amaneció el sol sonriente y sus carcajadas se pintan en rayos calentando a las más pequeñas especies sobre la tierra. La abeja platica con los árboles que están agradecidos con la luz que les permite dar oxígeno a los seres viviente y los deja existir en una eterna armonía con la naturaleza. El sol es un rey da vida y la vida viste al mundo en colores sublimes, en la estación más amorosa que existe. La pequeña abeja escucha a la primavera, donde ella es protagonista de las flores multicolores, del renacimiento del amor, de días cálidos, de las cascadas con más música. La abeja se deja acariciar por los pétalos de una flor y susurra su felicidad.

VERANO: La gaviota ve al viento que llega con fuerza, hace danzar las hojas de los árboles, forma diversas figuras con la arena; ve a los navíos con sus velas esperar el movimiento de las olas. Es verano y ve desde lo alto a las águilas desde las peñas dejan planear sus alas y disfrutan el rose del viento y en ese toque sus plumas de muchos colores se hacen lucir enmarcadas por la belleza de sus alas. Se acerca, ve los frutos maduros dejándose agasajar con el vaivén de la corriente y permite caer sus frutos maduros. La gaviota blanca se pierde con el cometa que el niño trata de volar alto, envolviéndose en sus fantasías del vuelo. Con el intenso sol las arenas se vuelven doradas y la naturaleza se fortalece. Con estas olas bajo las nubes, se escucha el ruido del mar, se ven los cambios del color del agua y hasta las ballenas y delfines. Es verano, descanso para el alma, movimiento para el cuerpo, sosiego para la vida. La gaviota ve como salen flechas de la nada llenando de inspiración a ese viento que nos acompaña hasta para respirar. Ese viento caliente, vitalizarte, único en

el año que nos deja solos. La gaviota se llena con el olor a verano que llega a su fin, pero nos ha dejado los corazones llenos de momentos hermosos, sobre todo de un sol espectacular, que se va apagando junto a la gaviota que nos acompañó en este viaje.

OTOÑO: El pájaro rojo sacude sus alas sobre un árbol que poco a poco se le van poniendo sus hojas de un color ocre, amarillo y dorado. El pájaro le pregunta a un árbol el por qué se le caen tantas hojas a lo que el árbol le contesta que es un tiempo que el sol ya no es tan fuerte y la temperatura en el ambiente se siente más baja, es tiempo de despedirse de las hojas de una forma hermosa, única y es tiñéndolas de color amarillo ocre y oro. Los árboles necesitamos energía para soportar esos cambios y el gélido que se va a dar. El pájaro sube sobre la ciudad y ve unos intensos sembradíos de Girasoles y maizales un colorido, cielo azul que a lo lejos se pierde con el verde del mar. Con el otoño llega la nostalgia del pasado, se da la reflexión de lo vivido, de lo que faltó por hacer. Llegan los versos del ayer, la sabiduría. El pájaro platica con la hormiga, ella le dice que el otoño es difícil porque la humedad aumenta, él tiene los días y noches que son casi del mismo tiempo y los rayos del sol disminuyen, pero los atardeceres son los más hermosos de todo el año. Esto es un espectáculo que nos regala la naturaleza, única en su especie. El pájaro rojo inicia ya su vuelo de retorno. Decide regresar un poco tiempo más a su nido, antes que caiga la última hoja.

INVIERNO: El blanco nos envuelve con su hermosura, un paisaje sin igual de nieve y luz. Los patos vuelan buscando una tierra más caliente. Ven a lo lejos esqueletos de árboles que les cuelgan hilos de agua engarrotada, y los pinos que resisten el frío, siguen verdes y se bañan de copos que caen de un cielo que llora melancólico. Ven las puntas de las montañas con una sábana de nácar nieve, con veredas que se niegan a perder su verdor. Las noches son largas como los sueños de los osos que invernan, los días cortos como y la luz no dura mucho, pero el sol es benévolo con su calor. Los árboles están ausentes de toda hoja parecen muertos, con un corazón que late despacio, en un valle de magia. Los patos a lo lejos escuchan las cascadas a través de grueso hielo, y los lagos se han convertido en espejos que guardan con cautela su fauna bajo sus faldas. Hay migración de aves y mariposas sus sentidos las alertan del largo invierno. Las parejas se juntan para darse calor, las madres protegen a sus críos de las inclemencias. El planeta necesita enfriarse, requiere de esa dosis de hilo para sobrevivir, es un ecosistema que toma estabilidad con las cuatro estaciones. Es buena la primavera con sus flores, el verano con su viento, el otoño con su clima y dorados paisajes. Nada de esto sería posible si no existiera el frío invierno, que nos llena de amor el corazón.

Lyssete Bueno Murga

(Perú)

DESPIERTA

Mi madre solía cerrar la puerta de mi cuarto cuando se despedía de mí. Cerraba las ventanas, las cortinas, me besaba en la frente y me aseguraba en aquel cuarto. El caos, el miedo, la incertidumbre y la insensatez del mundo parecían congelarse en los pequeños cristales al otro lado de mi ventana. Y estaba despierta. Por horas, la oscuridad tomaba forma de vagas ilusiones, sueños artificiales y miedos inocentes. Sabía del mundo lo que se me había mostrado en formas de arte abandonadas y opiniones descuidadas. Lo dulce de la vida se escondía en coloridas envolturas de plástico, lo duro de ella en el áspero concreto, lo triste en las despedidas y lo alegre en la música en las calles.

Todo era bueno. Todo era simple. Todo era bello. El mundo pavimentaba las calles hacia casa con rosas e iluminaba la sonrisa de mi madre con el peligro de hacerla demasiado hermosa para sí mismo. Aclarecía el cielo antes del atardecer para que pudiera dibujar sus tonalidades con lápices de color. Silenciaba la ciudad para que pudiera escuchar a los ruiseñores al unísono. Traía el invierno a inicios de diciembre para que el único frío que sienta, sea el de la nieve en mis pequeñas manos. Porque el mundo se muestra hermoso. Porque el mundo es cautivador, seductor, radiante e imponente. Porque el mundo mantiene las apariencias mejor que ninguno de nosotros. Porque te atrapa en anhelos ficticios, te adormece con el olor de las flores, con el verde de los árboles, el rojo vivo del cielo, el azul impetuoso del mar, las tiernas caricias y los dulces besos. Te anestesia con melodías sinfónicas, con escenarios que te roban el aliento, con personas hechas de estrellas y secretos, con voces que susurran mentiras hermosas, con el frío sereno de la madrugada, con los suaves rayos del sol y lo poético de la luna.

Hasta que un día, el amanecer no es más que la transición del azul opaco al celeste pálido. El sol me obliga a cubrirme de él y empecé a escaparlo hasta llegar a aborrecerlo. Entonces extraño el frío de diciembre, y cuando llega no salgo de casa. Le niego la entrada y me refugio en el fuego de la chimenea y entonces desearía que fuera verano. Y me siento sola a pensar en la ironía de la situación mientras bebo mi café frío y amargo. La nieve es un obstáculo en la entrada, y las calles parecen solitarias. Sí, sé que soy yo. El silencio me abruma, me desespera y recurro a las distracciones. Leo más de lo que se puede

entender. Trabajo más de lo que debería poder. Duermo menos que lo que soñaba. Río menos de lo que lloro. Lloro menos de lo que siento.

Encuentro calma en la idea de que soy yo viendo el mundo bajo otro lente, y no el mundo mostrando sus verdaderos límites. Se vuelve todo tan insulso a la rutina. Cuando todo es bello, nada es. Cuando no hay nada que descubrir, solo se puede perder.

Antes de dormir, abro las cortinas y la única ventana. Dejo la puerta abierta. El silencio invade el cuarto y siento que solo voy en declive, esperando a que algo más que el frío entre y algo más que el polvo se quede. Entonces, en la vacía oscuridad vuelve a mí el recuerdo de mi madre peinándome el cabello, jalando el cepillo con bruscos movimientos. Solía escucharla hablar de lo lindo que era el color de mi pelo y lo largo que era. Solía preguntarle cómo funcionaban las cosas, y porque las aves podía volar. Siendo una mujer de fe, respondía "Dios es sabio" con frecuencia. Pero cuando le pregunté por qué pasaba por tantas molestias para verme bonita solo atinó a decirme, sin voltear a mirarme, que la belleza duele.

Esa misma noche subí a la terraza y vi el amanecer. Los colores asomándose por el horizonte, y el agudo cantar de los pájaros. Vi los edificios iluminarse en tonalidades azules, vi el sol abrazar las calles, vi las nubes separarse como párpados revelando aún más claridad. Vi al mundo despertar adolorido, indefenso, confundido. Los domingos saben a licor amargo y dolores de cabeza. Los domingos son días para aprender a amar. Los domingos, decía mi madre, Dios le recuerda a todas sus criaturas que están vivas, abraza a sus almas y calma sus penas. Y ese domingo, recordé que lo bello duele.

Nada me duele más que vivir. El saber que camino sobre calles pavimentadas por el dolor de la historia, que bebo del agua que un día fue tormenta, que me irá tan fácil como vine, que me olvidarán, que olvidaré, que me lastimarán, que lastimaré, que causaré dolor y tendré que vivir con culpas que no puede ser expiadas, que no siempre podré decir adiós, que no siempre podré decir algo, que este mundo que me recibió con brazos abiertos y fugaces momentos, se llevará lo mejor de mí, día a día, me golpeará y me levantará esperando a que me sienta agradecida, que clavará sus angustias en mi mente, sus miedos en mi corazón, su furia en mis palabras, sus injusticias en mi vivir, el mundo me hará daño y encontrará forma de hacerme sentir culpable. Porque soy culpable. Al pensar que estaba hecho para mi felicidad, cuando yo estuve hecha para su entretenimiento. Pero no puedo negarle, que fue un gusto conocer sus cielos a fuego vivo, su leve lluvia de medianoche, el dulce aroma de sus magnolias y sus velos de novia, sus magnificentes cascadas y sus prominentes montañas, el amor de los que lloran por mí y de los que hice llorar, la esperanza de alcanzar la gloria, la ilusión de alcanzar la felicidad, el arte de las almas perdidas, el canto de los desesperados, las palabras de los sabios, y el ingenio de los astutos. Oh, el mundo es bello. Pero

lo bello duele. Y saber que duele, es saber que estoy despierta.

Luis Meneses

(Perú / Alemania)

ELLA LO LLAMÓ CINCO VECES

A su mirada de permanente ansiedad se le agregaba ahora un brillo desesperado. Había envejecido de repente y la ciática y la artrosis lo castigaban sin piedad. Era mediodía y regresaba de comprar, depositó lentamente lo que traía en el suelo y no sin dificultad dio con el truco de la llave.

La suerte estuvo de su parte cuando al regresar al país encontró la vieja casa en alquiler, sin dudar la tomó de inmediato. A no ser por la ausencia de muebles era exactamente la misma, el hogar de sus primeros años, las losetas un poco descoloridas, quiñadas aquí y allá pero las mismas, las puertas en cambio aunque pintadas hablaban mal del paso del tiempo. Solo, en esa casa vacía y hurgando en el tiempo escuchó la voz de su madre llamándolos a almorzar a él y a su hermana, se encontró de pronto tirado en el suelo jugando a los carritos sobre las gastadas losetas del pasadizo con ese diseño lineal que le servía de carretera. Súbitamente el recuerdo de sus veintiún años arañó su estructura más íntima y sintió en ese instante las mismas ganas locas de volar de entonces, los mismos febriles deseos de lo ilimitado y se refociló largamente en ese sentimiento.

Temboroso pero con renovado ímpetu se dirigió a la amplia y ahora desolada sala, tomó la silla de mimbre que había comprado, se sentó frente a la puerta y esperó, esperó con el "sí" en la punta de los dedos y con la convicción absoluta en el "hoy si tengo todo el tiempo del mundo para ti". Esperó sentado allí no sabe cuánto y mientras esperó, recordó. Recordó la primera vez que contestó a su llamada, cuando abrió la puerta y la vio movediza e inasible como el viento en las mañanas, ilimitada y libre como el océano acariciando las playas al mediodía. Recordó con absoluta vividez como casi sintió sobre su rostro la fragancia de sus días, la fuerza de su callada presencia, la inobjetable verdad de su canto. Fue una seducción total, pero aquella vez cerró los ojos húmedos, apretó los puños, ahogó el corazón, le dijo que no, que no tenía tiempo, tenía que estudiar, los estudios eran la seguridad del porvenir, él tenía que ser algo en la vida.

A la siguiente llamada la encontró igualmente misteriosa y bella, estaba tan impresionantemente seductora que no pudo ocultar el miedo de perderse, no obstante le dijo que no, que estaba de novio, que se iba a casar, tenía que formar un hogar y que de ahora en adelante tendría que ser responsable de su

mujer y de los hijos que vendrían.

La tercera vez que tocó a su puerta ocupaba ya un importante cargo en una empresa privada productora de telas de araña. Quiso esta vez deliberadamente parecer inmune e inalcanzable a su mágico influjo y a su embeleso. La recibió en el vestíbulo y le dijo, simulando convicción, que no tenía tiempo, que bajo su dirección estaban 1,234 operarias y la producción de 108 toneladas anuales de telas de araña y que evidentemente este era un asunto de la más absoluta seriedad. Recordó la cuarta llamada. Era para entonces ya un político de prestigio, su fama se extendía casi a través de todo el país. En esta ocasión le mandó decir, por intermedio de la Secretaría General de Relaciones Intimas y Afines, que no tenía tiempo para atenderla y que en verdad no estaba para malgastarlo en juegos y aventuras sin propósitos definidos. Él era una persona seria, de mucha responsabilidad, que de él dependía la suerte de poblaciones enteras y que esos vitales asuntos no le dejaban margen para locuras de juventud.

Sin quitar la mirada de la puerta, empuñando nerviosamente el asa de su bastón, el viejo siguió esperando. Las cosas habían quedado atrás, todo había pasado, todo, y todo tan de prisa. Hacía sólo unos momentos caminando por el malecón se había sentido él mismo como un vehículo, al que en determinado momento abordaron, pusieron en marcha y condujeron sin parar, nunca supo quiénes ni adónde y al que hoy, ya viejo e improductivo, lo hubieran abandonado en mitad de cualquier parte. –¡Fui utilizado! –gritó en un intento de descargarse de la propia responsabilidad–. Volteó en un rápido giro como buscándolos y sólo escuchó el sordo rugir de cientos, miles de vehículos que rodaban a cual más veloz en el acostumbrado ir y venir interminable. Detuvo sus pesados pasos cuando una niña se paró frente a él, ambos se miraron y un estimulante hormigueo le recorrió la sangre, "Lo están llamando" –dijo una fina vocecita–. Lo supo inmediatamente, era ella otra vez. No sólo se le nubló la vista, la emoción le humedeció el alma. Insuflado por una fuerza interna descontrolada enrumbó hacia la casa cuando ya el olor a infinito de su presencia le golpeaba el recuerdo... el olor... ¡ah! ese aroma y esa serena transparencia de su canto, poseído llegó y se sentó en la mitad de la sala a esperar.

Esperó con el "sí" en la punta de los dedos y con la convicción absoluta en el "hoy si tengo todo el tiempo del mundo para ti". Esperó no sabe cuánto, hasta que por fin escuchó el familiar llamado, ese sonido que era más un palpitir profundo, sordo. El viejo se incorporó de su asiento y sobreponiéndose se dirigió hacia la puerta. Allí estaba, única, era la misma, eran los mismos ojos de mirada inmensa. El cuerpo del viejo se inclinó irrefrenablemente hacia adelante y....

–¡Pero qué pasa! –exclamó.

–¡Eres la misma, pero al mismo tiempo eres otra! Sí, ¡eres otra! –repitió

más calmo sin dejar de observarla-. Pero eres tú. Eres tú, la de siempre... -Y dando un paso hacia atrás gritó aterrorizado:- ¡Eres otra!, ¿qué ha pasado?

-Sí, la misma -contestó ella-. La de siempre, la de siempre-siempre... y a la vez otra, distinta, siempre diferente. Pero ahora soy yo la que no tiene tiempo. ¡Vamos!

Margarita Iguina Bravo

(Puerto Rico)

MANDALA

Observo la piel que reposa sobre la mesa del comedor. Hace apenas dos semanas la recobré de las manos del artista que pudo desprenderla con pericia del cuerpo del ser que tanto amé. No había intentado extenderla, pero hoy al tocarla, me sentí como si hubiera alcanzado la apoteosis. Glorificado. Algún día, estoy seguro, podré esculpirla.

Aquel artista tibetano logró rescatar una obra de arte. Valió la pena el tiempo invertido para recuperar la esencia de aquella mujer inolvidable. Sé que ella estará satisfecha.

Visité varias veces la región del Himalaya para cerciorarme del avance del artífice. Aunque viajé solo, pude respirar de nuevo el mismo aire. Era como volver a estar con ella bajo aquel sol oculto tras una pléyade de nubes que se deslizaba como si escuchara alguna melodía de Vivaldi. Me parecía que aquel Tíbet milenario, el techo del mundo, aguardaba por nosotros.

Cuando nos conocimos se convirtió en costumbre visitar lugares destacados en diferentes partes del mundo, pero el Tíbet, fue para nosotros una región especial. Pensaba que viajábamos a los umbrales del tiempo como la primera pareja del planeta. Algunas veces ella visitaba algún monasterio lleno **del espíritu y la magia del lugar**. Mientras, en el hotel, yo dibujaba algún boceto que luego esculpiría.

Pirene y yo nos reuníamos a menudo a conversar con el artista, experto en tatuajes. Luego del accidente en el Everest, donde aquel alud con una fuerza titánica nos sorprendiera y la arrancara de mi lado, tuve que recurrir a mis contactos. Tendría que inventar algún recurso que en aquel lugar extraño fuera posible realizar y poder complacerla. Y una idea un poco barroca como mis gustos surgió dentro de mi desesperación. Y el artista tibetano fue mi cómplice.

Sus restos convertidos en cenizas descansarían en las tierras montañosas que ella tanto amó: bajo las frías y blancas mesetas del Tíbet y en aquel complejo montañoso creado por Hércules: los Pirineos, donde reposa una de sus amadas. Pero yo retendría para siempre la piel de mi Pirene... y sus secretos.

Nada de lo que haga me ayudará a recuperar el pasado.

Todo es tan fugaz.

Solo quedan los recuerdos.

Da gusto mirar esa obra exquisita. La cuido como si fuera un objeto sagrado. Allí aparecen en un gran círculo los dibujos que marcaron los lugares que visitamos mientras duró nuestro idilio. Ese trozo de piel es lo único que queda como testigo de aquellos días cuando recorrimos el mundo acompañados siempre de la música que ella interpretaba con maestría. Las notas musicales se escuchaban día y noche mientras se deslizaban sobre la cubierta de un barco o en los pasillos de un ferrocarril al viajar dejando atrás paralelos hasta alcanzar la cúspide del planeta.

Doy una vuelta alrededor de la mesa mientras escucho unos aires de Bach. Los armónicos sonidos del violín inundan la habitación. La atmósfera invita a recordar... y cierro la ventana.

Un dragón rojo rodea el espacio de lo que fue su seno izquierdo. Ese tatuaje pudo estamparse luego de caminar por la Muralla China hasta encontrar a un experto tatuador. Durante horas estuvimos deleitándonos al encontrar templos y pagodas que aparecían ante nosotros como cariatides milenarias.

De la piel del seno que recibió el impacto de la caída solo pudo recuperarse la cabeza triangular de un áspid. Durante el viaje a Egipto, luego de respirar las tibias arenas del Sahara, visitamos a un especialista en el arte del tatuaje. "Quiero parecerme a Cleopatra", repetía entusiasmada al escoger entre las muestras de reptiles exhibidas. La música sutil del encantador de serpientes se escuchaba creando el ambiente propicio para plasmar un áspid alrededor del seno. Quizás ese tatuaje marcaría la senda del final de su existencia.

Quizás.

Múltiples recuerdos llegan en tropel. Entre la base del cuello y los senos aparece **un león rosado, réplica de aquellos que vimos en una antigua iglesia en los Pirineos alrededor de un Cristo. Brilla como si fuera mármol.**

Justo en el centro del círculo, donde estuvo localizado el ombligo, reposa un olifante, el instrumento medieval de viento elaborado con un colmillo de elefante, copia del que usaba el caballero franco, Roldán, para llamar como señal de peligro. Otro hubiera sido su cantar si lo hubiera tocado a tiempo.

En esa visita al museo nos conocimos en aquel imborrable viaje a los Pirineos. Tan pronto ella vio ese instrumento de marfil quiso aprender a tocarlo. En un mercado al aire libre, en Loubressac, le conseguí un olifante tallado en esta época. Así comencé a enamorarla. Luego el romance floreció al pasear por las calles de aquel pueblo medieval con callejuelas plagadas de casitas de piedra con grandes tejados puntiagudos donde brotaron confidencias y me enteré de su trabajo en la Interpol.

Al mirar los detalles del tatuaje con escudos heráldicos y figuras bizantinas creo escuchar las notas del instrumento. ¿Pero qué es esto? Noto algo diferente. Una serie de números tallados sobre franjas del olifante sobresale como si

fuera un mensaje codificado. Por fin entiendo sus razones al exigirme que me hiciera cargo de los restos si su vida finalizara de repente. "Júralo", me pedía.

Me sirvo una copa de Pinot Noir, nuestro vino preferido... y me detengo para observar otras pinceladas en su piel. Un entretejido de ramas de abeto y flores donde reposan múltiples pájaros de diferentes partes del mundo completa el círculo: un miná del Himalaya, un búho, un mirlo, un petirrojo, un pinzón... Son tan reales que me parece escuchar sus trinos. Hago la oración acostumbrada y me retiro a mi habitación.

Cuando al día siguiente regreso al comedor me confundo. Todo ha cambiado. Un sonido musical inunda la habitación. La ventana está abierta y el suelo arropado por hojas verdes de abeto y pétalos de flores. Plumas variopintas reposan sobre las sillas.

Observo con temor la mesa. Debo estar soñando. Los animales desaparecieron y la piel está vacía.

Sin embargo escucho la música tan conocida de continuo.

Busco con insistencia el instrumento, pero no logro encontrar el olifante.

Tarcisio García

(Venezuela)

OMNIPRESENTE

Cuando la invidencia lo aprisionó, la estética que lo rodeaba lo abandonó. Perdió entonces los límites pero no se detuvo, entre mil divagancias elevó el listón de sus propósitos y, en medio de estos nuevos horizontes, pudo encontrarse; pues en el conocerse se encuentra la perfección y la belleza ronda esos lares.

Al perder la capacidad de comparación solo pudo vislumbrar evocaciones temporoespaciales, quedó así distanciado de la realidad sobre la belleza. En tiempos mucho más acá de su existencia, ésta estaba regida por las proporciones entre las partes, llegándose al extremo de buscar la perfección en la proporción divina, sin embargo esa armonía no encontraba asidero cuando las proporciones eran idénticas entre los elementos comparados. Surgía de esta manera la indecisión al momento de determinar qué persona era más bella, privaba la subjetividad. Aturdido, pero con su capacidad innata de recordar intacta, hizo un viaje imaginario a la época victoriana e hizo comparaciones de la concepción de la belleza de aquellos tiempos con los cánones actuales. Quedó entendido que la belleza no está en las cosas, tampoco depende de nosotros, sino que se origina y muta acorde a criterios hijos de la época, la cultura imperante, nivel de impregnación religiosa, el desarrollo del arte y hasta por intereses mercantiles de terceros, como los de los medios de comunicación; los cuales imponen sus criterios.

Es así como se ha estetizado el quehacer cotidiano, fenómeno del cual no están exentos: la educación, la política, la religión y el deporte, entre otros tantos ámbitos. Todo esto con el objetivo de “vender belleza” o un concepto de la misma, convirtiendo lo sublime en simple mercancía. Un concurso puede establecer los cánones de la belleza nacional e internacional. Él entendió que esto era absurdo, que la belleza no era medible, que es un asunto de percepción.

Buscó la paz del viejo guerrero al soslayarse de la sociedad de consumo. En el camino que trazó en procura de alcanzar la belleza, concluyó que esta debía estar de la mano del goce, de la felicidad; es así atraído por el hedonismo. Este paso en primera instancia le pareció adecuado, pero poco a poco

cayó en la perversión, sus procuras espirituales se fueron por atajos de instintos desatados, de bestialidad, personas en procura de placer sin importarles los medios. Esto estaba fuera de los preceptos de su cultura, de su visión, rompía la subjetividad devenida de las instituciones que lo forjaron. Ya nada le genera reacción estética. Por ello buscó las raíces de la palabra y encuentra que esta es sensibilidad, percepción. Volcándose a la espiritualidad, busca la belleza en los ruidos del silencio, en su oscuridad, las inflexiones de la palabra percibida, la irradiación energética de cuanto lo rodea.

En su mundo de oscuridad comenzaron a nacer rostros, tomó caminos que creyó inexistentes, dio paso a la creencia en existencias múltiples. Para este renacer debe reconocer su identidad, no desandar caminos equívocos, debe hurgar senderos olvidados a los que nunca dio importancia porque vivió siempre en contingencia. De ahí la premisa que las cosas pueden ser de otra manera y siempre buscó el cambio; porque lo que el hombre establece o simboliza al final lo deriva, él mismo es otro a cada instante. Ya Heráclito postuló: "Nadie se baña dos veces en el mismo río". En efecto, a cada instante somos otro, por eso no quiso buscar su identidad como una certeza sino como una interrogante: ¿Quién va siendo? Para así rehacerse y poder enfrentar los molinos de viento que lo dispersan tratando de hacer de él no lo que quiere ser sino lo que necesitan que sea.

En la búsqueda de su identidad se desliza al origen de la palabra latina *idem*, y si esta significa lo que se repite o no cambia, entonces se encuentra en la encrucijada de los cuatro vientos porque ya ha concientizado que todo cambia. Entonces, para responder a su identidad según este significado, debe poseer algo inmutable. Por lo tanto se aboca a buscarla en la esencia, pero estas son profundidades abisales y prefiere pasar tangencialmente por el pragmatismo y seguir haciendo uso del pensamiento cotidiano, dejar el cómo y el por qué para momentos reflexivos, aquel que le indica la utilidad y practicidad de las cosas. Entonces acepta el conjunto de variables que lo definen: estilo, peinado, barba, detalles que aun siendo circunstanciales le dan un mínimo de identidad. Para certificarse aún más se envuelve en el nombre, elemento cultural que le permite saber quién es cuando lo llaman. En los vaivenes de su nuevo navegar quiere seguir avanzando, salvando escollos, evitando los extremos, buscando los puntos medios, es decir, los convenientes no sólo para él.

Hizo una inmersión para buscar los sueños que nunca tuvo, también aquellos que el ciclón de su andar dispersó y tratar de asir lo que el viento se llevó. Quiere engullir los conocimientos que sólo rumiaba, pero los resortes de la razón le indican que saberlo todo no necesariamente será positivo, esto podría causarle tedio y le hará perder el sentido de la vida. Discierne sobre si la incertidumbre es la razón de la existencia del hombre y recuerda que alguien dijo que "la duda es la única forma para avanzar".

Entiende que está globalizado, atrapado en las redes de su cultura y su tiempo; estas ataduras lo enmarcan y, para no convertirse en los grises de ese cuadro, se infringe cautividad amarrándose al mástil como Odiseo, para evitar sucumbir ante los cantos de las sirenas de la perversión y con estas cadenas éticas y morales progresar a grandes pasos por los senderos de su nueva existencia, calibrando sus energías, sus vestigios ancestrales de rebeldía que lo hacían actuar como un ariete que quería romper hasta la palabra imposible porque aún no era lo que él quería hacer. Con esta modulación en su andar, en los escombros de un viejo texto, encuentra la belleza sobre la vida cuando alguien le lee que ella es el camino para hacer posible todo lo posible.

Alcides Rojas Gil

(Venezuela)

PAVESA

Me perturba ver y sentirme vendado, pierdo el tiempo, lloro a mi gusto. Rememoro aquella canción “para adorarte toda rasga tu velo azul”, cubre tus rasgos de cadáver, la magia que irradia lo que redefine la muerte. Trato de rasgarlo, con él caen mis ojos; mi intransigencia echa raíces. Eso me dio la vida, ojos diáfanos para rebosarlos de lágrimas, una risa risueña para transformarla en rictus; es magnífico sentir las caricias y los golpes de Dios.

Abro la boca para que me poseione lo que sea que hay en el aire, escucho reiteradamente lo que nadie dice; miren aquellas alas de luz, es un ángel; miren aquellas alas de fuego, es un demonio. Traduje una mirada perdida; al final no apreciamos el mundo ni medianamente, todo lo que nos toca en suerte es un regalo que tiramos sin abrir, una copa que arrojamos para luego despreciar los restos. Mis manos no saben asir lo sublime; todo se hace añicos en ellas, desemboca en una decepción.

Percibo la petrificación de los sentimientos más nobles. Una súplica que tiene como base un tono inolvidable, una prerrogativa antepuesta a un helor que queda sin explicar, las ondas sonoras antes del golpe y el golpe que no emite ruido alguno; un ruego, una confesión, un sacrificio, un desinterés, un dar. Es una lista larga y mientras más hermosa sea cada palabra, con más premura llegan a mí la crueldad y el odio; es la belleza de equilibrio, el Yin y el Yang. En las noches de soledad, ante mi conciencia, pienso que mi risa es demasiado cínica para merecer que le presten atención, las sublimaciones no merecen mis pobres sarcasmos. Por ello asumo en secreto que mi llanto trata de ahogar a los demonios o apagar la chispa que en mí lega el mal, el infierno que forja mi pecho mientras que la pavesa de un verano ruega “presérvame”.

Entonces golpeo mi pecho y lloro la letanía de mi culpa y pienso que quizá mi palabra no debió existir para no convertirse en óbice. Mi llanto da frutos y parece limpiarme los ojos del alma, llega una visión distinta de las cosas, soy testigo asombrado de una epifanía. Para alcanzar este sueño tengo los ojos bien abiertos, es probable que el simple gesto de desear ya sea un regalo.

Mi perseverancia me ha permitido acceder al alma de las cosas, en ese preciso momento la fantasía brota de cristales rotos, como plasma, como el humo del tabaco, como una chimenea que hoy exhala más humo del usual, como el polvo de las telarañas que contraen el techo de zinc, como los recuerdos que verdaderamente nos estremecen, como las hadas, como los fantasmas, como los sueños, como el terror, como la fantasía, como la vida y la muerte, como un desprendimiento, como los fuegos fatuos, como los duendes.

Si pudiera hablarle a lo que hace precioso al mundo, a lo que hace que haya elementos que irradian luces celestes y nos pasmen, le diría que me dejara en algunas de las paradas de un hermoso sueño. Una vez una posesa me dijo: "Pretendo que corras como si no existieras", y yo no he corrido, no he hecho caso al eco que pretende guiarme, por ello siento que me he enlistado en la compañía de los muertos que entierran a sus muertos.

Ante lo indescriptible cada amanecer ondula, los instantes abarrotan el espacio de otra manera, otra gota colgante, la mejor y más efímera joya; otra gota precipitada al principio, una inenarrable pérgola que enreda fantasías, una extraña luna que se distorsiona en las ramas que enmarañan el cielo. Gritan los elementos invisibles que acarician los ojos del espíritu y anidan sin que lo sepamos en nuestros oídos.

No es fácil aplastar la belleza, tiene escabeles en la cola y cítaras en los dientes y es más sublime cuando caen las hojas secas. Es en mi memoria la hija pródiga de una casa que se desmorona. No tienes la más mínima idea de lo que he tenido que atravesar para conocerte.

Si pretendes ubicar su indescriptible rostro, debes saber que estos son los ríos donde se baña y estas las noches donde abre los ojos y se oye su llanto y temblamos ante su risa.

Camina ella detrás del hombre sin hermanos, detrás de lo inalcanzable y lo alcanza. Por esa razón cada vez que tañen sus campanas se perpetúa un eco y se abren los soles de otro mundo para iluminarle el rostro.

Es una terrible visión en la que se encuentran la Mona Lisa y el Cristo de Corcovado; ella toca las nubes y El bebe agua de mar. Es el alba, es el crepúsculo, su presencia signa el umbral del los días. ¿No la ven, es invisible? Entonces son ciegos, se les ocultan sus frutos: un nuevo brote, un esqueje de lo sublime, un atajo al futuro.

No aprecié lo que la vida me dio, lo que trajeron los duendes de mis sueños, lo que me mostraron. No me satisfizo lo que vi y lo maldije, ese gesto dijo que lo horrible habita también en la belleza y que esta, en última instancia, nunca nos pertenece. Esta flor me ha cegado, se abre con lascivia, pulula entre hojas como de plástico.

Saldaré una cuenta para poder lavar mis ojos, ella está pero yo no sé mirar. ¿Cuál es mi mayor deseo? Estar allí cuando la belleza amamante a sus críos,

ser partero de sus abortos, lamer el rocío que exhala por sudor, beber su calostro como un cachorro, besar el pecho de los seres que paren borregos para el sacrificio.

Es una eterna fuga, evocación que se ata al presente para hacerlo pasado y nos deja nostalgia de futuro, como una visión, una aproximación, una profecía, yo puedo indicar exactamente dónde se halla. Miren, allí está, es una pequeña flama sobre el palo mayor de la zozobra.

Y ahora que nada queda tomemos esta flor y lloremos desconsoladamente sobre sus mustios pétalos.

Índice

Introducción / LA BELLEZA ES..., :

- Armando José Sequera (Venezuela) / Nubes en El Cielo, 9
Javier Ignacio Cortés Echeverría (Chile) / El cuarto tono de la nieve, 12
Trinidad Pinazo (España) / Piratas del Caribe, 15
Salvador Robles Miras (España) / La Calle de la Metáfora, 18
Benito Pastoriza Iyodo (Puerto Rico), Colorado corinto carmesí, 21
Fernanda Rodríguez Briz (Argentina) / Una belleza única, 24
Andrea Halaby Fernández (Colombia) / Hermosura perpetua, 27
Mariana Enriqueta Pérez Pérez (Cuba) / Sueños de café, 30
Alba Castellano Cáceres (España) / El explorador que encontró su momia
de ositos rosas y amarillos, 33
Norberto Rubén Calul (Argentina) / Simbiosis, 35
Clara Gonorowsky (Argentina) / Detrás de la ventana, 37
Rosa Mionis (Argentina) / Desde el andén, 40
Alejandro Martín Otero Polo (Argentina) / Los fantasmas y sus recuerdos, 43
Elsa Teresa Pohl (Argentina) / La sirena, 45
Luis Alberto Portugal Durán (Bolivia / España) / Sendero, 48
Isabel Hernández (Chile) / El desconcierto de Clara, 50
Andrés Felipe Herrera Almanza (Colombia) / Su rostro dormido una mañana
de domingo, 53
Ericka Amador Gómez (Costa Rica) / Recuerdos, 56
Juan Miguel Cruz Suárez (Cuba) / La voz, 59
Isolda Anta Fuentes (España) / El vuelo de esos pájaros negros, 62
Juan Pedro Carrasco García (España) / Solos, 64
Antonio M. Castrillo Villamañán (España) / Entre el río y el canal, 67
Ana García Paniego (España) / Bello viaje de regreso, 70
José Ricardo García Suárez (España) / Entre las ortigas y los jazmines, 73
Celia Gómez Yepes (España) / Matías Felpeto y el arco infinito, 75
Patricia Haro Guerrero (España) / Eva, 78
Rubén Moratalla Mayo (España) / Dime, hermano, 81

Laura Moreno Escobar (España) / Naufragio, 83
Juan José Nieto Lobato (España) / El fruto de un instante, 86
Alberto Palacios Santos (España) / La primera vez que Liss
fue a la casa amarilla, 89
Alejandra Ramis Parera (España) / Belleza: dame el nombre
de todas las cosas, 92
Francisco José Segovia Ramos (España) / El cuervo, 95
Mireia Torralba Erruz (España) / La ilusión más bella, 98
Francisco Vinuesa Caro (España) / La flor del almendro, 101
María Rosaura Tamayo Ochoa (México) / Estaciones, 104
Lyssete Bueno Murga (Perú) / Despierta, 106
Luis Meneses (Perú / Alemania) / Ella lo llamó cinco veces, 108
Margarita Iguina Bravo (Puerto Rico) / Mandala, 111
Tarcisio García (Venezuela) / Omnipresente, 114
Alcides Rojas Gil (Venezuela) / Pavana, 117



RE LA BELLEZA:
A VEZ ÚNICA.
PLAR Y PLURAL.
ACÉTICA, DISÍMIL,
AN FUGAZ
PERDURABLE,
INFINITA.

Presencias de la belleza,
una, otra, otra belleza,
en textos con 1000 palabras
de escritores de 12 países

Francisco Garzón Céspedes (Cuba/España) y José Víctor Martínez Gil (México) son dos creadores que, además de los cuentos leídos, han escuchado miles en tres continentes, narraciones llegadas a lo oral desde procedencias de unas y otras épocas; a la par que han conocido otras muy disímiles creaciones en prosa o en verso. Ellos residen en Madrid y de algún modo en el mundo por donde viajan con sus historias: escritores (y, mucho, de narrativa), profesores de oralidad y comunicación, conferenciantes, narradores orales escénicos, directores de escena, entre más, son los principales responsables de Ediciones COMOARTES, y recientemente han constituido, junto a Mayda Bustamante Fontes (Cuba/España) y María Amada Heras Herrera (México), el Jurado de su Concurso denominado: “La belleza en mil palabras”, para textos en prosa de diferentes características, responsabilizándose ellos dos finalmente de la edición de esta impar, bellísima, arrasadora Antología que recoge los textos premiados y finalistas: 40, llegados de doce países de América y Europa, seleccionados por el Jurado de entre cientos y cientos de las más diversas procedencias, fondos y formas. Entre los textos elegidos, el de un autor cumbre, así como prosas de escritores reconocidos junto a otras de nuevos escritores; autores comprendidos entre la veintena de años y los 84 de edad. La convocatoria de “La belleza en mil palabras” no tuvo como premisa el que las creaciones trataran sobre la belleza (sin excluir que esto ocurriera), sino que se participara con un texto que resultara bello por una u otra u otra razón. Ediciones COMOARTES considera que pocos libros como esta Antología contienen un conjunto de textos tan hermosos y a la par tan rotundos, tan inscriptos en la belleza: que tanto depende en cada ocasión de la apreciación de cada quien, de alguien que tal vez un segundo después tendrá otra valoración; una belleza que aún en su fugacidad es de permanencia infinita.